E.T.A. HOFFMANN

CUENTOS FANTÁSTICOS

Los *Cuentos Fantásticos* (cuatro volúmenes publicados entre 1814 y 1815, de los que aquí se incluye una selección), llevaban un prefacio de Jean Paul, el famoso autor de *Los sueños* y popularizador del romanticismo. Están escritos a la manera de «Los Marchen», bajo la influencia de Novalis. Son la obra más completa de Hoffmann y tuvieron un enorme éxito a partir de la composición de Offenbach. En estos cuentos «von Callots Manier», Hoffmann se plantea su obsesión primordial, la posibilidad de dominar los dos principios antagonistas del arte: el sueño y la realidad.

E. T. A. Hoffmann

Cuentos fantásticos

ePub r1.3
Titivillus 09.11.2019

Título original: *Phantasiestücke in Callots manier*
E. T. A. Hoffmann, 1815
Traducción: Josep Lleonart
Retoque de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

MADEMOISELLE DE SCUDÉRY

En la calle de Saint Honoré se levantaba la casita en que vivía Magdalena de Scudéry, conocida por sus versos llenos de donaire y por la consideración que mereció de Luis XIV y de la Maintenon.

Ya avanzada la noche —en el otoño de 1680— se oyeron en la puerta recios y vehementes golpes que resonaron en todo el vestíbulo. Bautista, que en el reducido tren de casa de la señorita ejercía a la vez de cocinero, criado y portero, había ido al campo con permiso de su ama para asistir a la boda de una hermana, de manera que la única que velaba en la casa aquella noche era la Martiniére, la camarera de la señorita. Oyó las repetidas llamadas, y se le ocurrió en seguida que, ausente Bautista, quedaba en la casa con la señorita sin auxilio ninguno. Se agolpaban en su mente los casos de violencia, de asalto de morada, los robos y los homicidios que en aquel entonces sufría París, y dio por cierto que algún grupo de perturbadores, enterados de las circunstancias de la casa, era el que alborotaba y esperaban solamente que la puerta se abriera para llevar a cabo algún intento perverso contra su dueña. Temblorosa, atemorizada y maldiciendo a Bautista, a su hermana y a la boda, se quedó quieta en su habitación, mientras continuaban resonando los golpes dados a la puerta, y en medio de ellos le pareció oír llamar una voz:

—¡Abrid! ¡Os lo pido por Cristo! ¡Abrid!

Con creciente temor se apresuró la Martiniére a coger el candelabro, con la vela encendida y se precipitó al vestíbulo. La voz del que llamaba se hizo más inteligible:

—¡Por el amor de Cristo, abridme!

—Es evidente que un bandolero no habla de este modo —pensó la Martiniére—. Es tal vez una persona que busca refugio en la casa de mi señorita, a quien sabe inclinada a hacer buenas obras. Pero seamos precavidas.

Abrió una ventana y preguntó al que estaba abajo quién era el que en plena noche se atrevía a llamar tan ruidosamente, despertando a todos; hizo las preguntas ahuecando la voz y dándole el tono más varonil posible. Al resplandor de los rayos de la Luna, que rasgaban ahora unas nubes obscuras, descubrió la presencia de una figura alta, envuelta en una capa de color gris claro, y con el ala del sombrero al nivel de los ojos.

—¡Bautista, Claudio, Pedro! —empezó a llamar la Martiniére, para que el que estaba abajo se enterara—. ¡Levantaos y ved al mentecato que va a hundirnos la puerta! Pero el de abajo respondió con una voz blanda, casi suplicante:

—¡Ay, Martiniére, amada señora, bien la conozco, por más que se esmere en fingir otra voz! Sé que Bautista está en el campo y que ha quedado sola en la casa con la señorita. No tema nada. Ábrame confiadamente. He de hablar con su señorita sin perder un minuto.

—¿Pero, se figura —replicó la camarera— que va a darle audiencia sin más ni más, en plena noche? Usted ignora que está durmiendo hace rato y que por nada la despertaré del primer sueño, que es el más dulce, y el que tanto necesita a su edad.

—Estoy enterado —replicó el que estaba abajo— de que su ama acaba de dejar en estos momentos el manuscrito de su novela llamada «Celia», en el que trabaja tan afanosamente, y que ahora está escribiendo unos versos que se propone leer mañana en el círculo de la marquesa de Maintenon. La conjuro, señora Martiniére, a que tenga compasión y me abra la puerta. Sepa que de ello depende el salvar de la perdición a un desgraciado; que dependen de este momento en que me es preciso hablar con su ama el honor, la libertad y la misma vida de un hombre. Piense que la cólera de su ama pesaría eternamente sobre usted si se enterara de que fue usted la que echó tan sin razón al desgraciado que venía a pedirle asistencia.

—Pero —dijo la camarera— ¿por qué venir a hablar de la misericordia de mi señorita a una hora tan intempestiva? Volved mañana por la mañana.

El que abajo esperaba replicó en estos términos:

—¿Qué le importan al destino, devastador y pronto como la luz del rayo, el día ni la hora? ¿Es lícito aplazar la misericordia cuando la salvación depende del instante? Deme entrada y nada tema del mísero que, sin amparo, abandonado de todos, perseguido, acosado por un destino singular, viene a mendigar a su señora que le salve del peligro.

Martiniére oyó cómo su interlocutor, al pronunciar estas palabras sollozaba con profunda pena; su acento era el de un joven, que dulcemente se filtraba en el corazón. Y la camarera se sintió tan conmovida, que sin más vacilaciones fue a buscar las llaves.

Apenas hubo abierto, la figura envuelta en su capa gris se precipitó al interior y atravesó el vestíbulo, instando con voz desgarradora a la Martiniére:

—¡Lléveme a su señora!

Atemorizada, la camarera levantó el candelero, cuyo resplandor se proyectó sobre la cara del joven, lívida como la de un muerto. Presa del terror, la Martiniére estuvo a punto de dar con su cuerpo en el suelo, cuando el forastero abrió la capa y de entre los pliegues del vestido a la altura del pecho sacó un puñal. El hombre la miraba con ojos centelleantes y repetía cada vez con mayor vehemencia:

—¡Lléveme a su señorita, le digo!

La Martiniére vio entonces todo el peligro que corría aquélla a quien honraba a la vez como dueña y como segunda madre fiel y abnegada; y esta idea despertó en su ánimo una energía de la que ella misma no se había creído capaz. Cerró rápidamente la puerta de la habitación, que su señora había dejado entreabierta, y poniéndose delante dijo con enérgica decisión:

—Realmente, su conducta desalmada en este hogar desmiente el tono suplicante con que ahora mismo se lamentaba. Tengo un desengaño al ver que no es usted merecedor de la compasión que en mala hora ha despertado en mí. Ahora mi señorita

no puede recibirle y no lo hará. Si no le mueve una intención malvada, la luz del día no debe avergonzarle; por lo tanto, vuelva usted mañana y exponga su demanda. Ahora salga usted de esta casa.

El hombre lanzó un gemido, miró fijamente a la Martiniére con expresión trágica, y echó mano al puñal. En lo más íntimo, la camarera encomendó su alma al Señor, pero permaneció firme mirándole a los ojos y apretó más la espalda contra la puerta que daba acceso a las habitaciones de su ama.

—¡Déjeme hablar con su señora, le digo! —insistió el visitante.

—Haga lo que quiera —replicó la Martiniére— que yo no abandonaré mi sitio. Puede llevar a cabo el delito que ha empezado, pero encontrará la muerte afrentosa en la plaza de la Gréve, como sus malvados camaradas.

—¡Ah! —gritó el joven—. Tenéis razón, la Martiniére: mi aspecto y mis armas son de un ladrón y un asesino. ¡Pero, mis camaradas no han sido juzgados; no lo han sido! —y diciendo esto le centelleaban los ojos, y apretando el puñal se acercó a la pobre mujer, poseída por un miedo mortal.

—¡Jesús! exclamó, esperando el golpe fatal. Pero en el mismo instante se oyó en la calle un rumor de armas y herraduras, que anunciaban la proximidad de la ronda montada.

—¡La ronda!… ¡La ronda! ¡Socorro! ¡Socorro! —gritó la Martiniére.

—Mujer perversa, quieres mi perdición… Todo se acabó… Todo… Toma: entrega esto a la señorita, hoy mismo, mañana si quieres —mientras murmuraba esto en voz baja, el intruso había arrebatado el candelero de manos de la camarera, matado la luz y le había puesto en las manos un cofrecito—. ¡Por la salud de tu alma da este cofrecillo a la señorita! —le dijo, y salió corriendo de la casa.

La Martiniére se había desplomado; levantóse a duras penas, y anduvo a tientas hacia su aposento, en el que extenuada, incapaz de pronunciar ni una palabra, se dejó caer en un sillón. Oyó luego el ruido de la llave que había dejado en la cerradura de la puerta de la calle. Acababan de cerrarla y se oyeron unos pasos leves e inseguros que se acercaban a la habitación. Inmóvil en un rincón, sin fuerzas para levantarse esperaba lo peor; pero cuál fue su sorpresa cuando al abrirse la puerta, reconoció al resplandor de la lámpara al honrado Bautista. El color de su rostro era cadavérico, parecía completamente desencajado.

—Por todos los santos del cielo, señora Martiniére, dígame, ¿qué ha pasado en esta casa? ¡Qué miedo! ¡Qué espanto! No sé lo que fue, pero lo cierto es que algo poderoso me arrancó a mí de la fiesta de la boda. Llego a la calle, pensando: La señora Martiniére tiene el sueño ligero y me oirá si llamo a la puerta suavemente y me abrirá. Y de pronto veo que se acerca una numerosa patrulla, gente a pie y a caballo, armados hasta los dientes, y me detienen, y no quieren soltarme. Pero, por suerte mía, Desgrais, el teniente de la «Maréchaussée», que bien me conoce, figura entre ellos, y exclama al tiempo que me ponen la linterna bajo las narices:

—¡Vaya! ¿Adónde vas a estas horas de la noche, Bautista? Anda a tu casa y guárdala tan bien como puedas. Aquí no estás seguro. Esta misma noche pensamos hacer una buena presa.

No puede figurarse, señora Martiniére, cómo me han llegado al corazón estas palabras. Y luego, llego al umbral, y un hombre embozado sale precipitadamente de la casa, en el mismo instante que entraba yo, con un puñal desenvainado en la mano, me empuja y echa a correr… y la puerta de entrada está abierta, con la llave en la cerradura… ¿Qué significa todo eso?

Ya libre del terror, la Martiniére contó a Bautista lo sucedido. Juntos se fueron al vestíbulo y hallaron el candelabro en el suelo, tal como quedó cuando el forastero lo arrojó en su huida.

—Me parece clarísimo que se preparaba un robo y quién sabe si el asesinato de nuestra señorita —dijo Bautista—. Según me cuenta usted, el hombre sabía que estaban solas usted y la señorita y que ella estaba todavía escribiendo. Seguramente era uno de los bribones malditos que se introducen en las casas astutamente para informar a los otros de lo que pueda ser útil a sus planes diabólicos. En cuanto al cofrecito, señora Martiniére, entiendo que es conveniente echarlo al Sena, donde el agua sea más profunda. ¿Quién nos responde de que al abrirlo no suceda a nuestra buena señorita algún percance en que le vaya la vida? Dios sabe si caería muerta como sucedió al viejo marqués de Tournay al abrir una carta que le entregara un desconocido.

Después de larga deliberación acordaron aquellos leales servidores contar a *Mademoiselle* de Scudéry, cuando se levantara, todo lo sucedido y también darle el misterioso cofrecito para que lo abriera con todas las precauciones. Analizadas las circunstancias de la aparición del sospechoso forastero, creyeron que podía andar en el juego algún singular misterio, que ellos no eran quién para juzgar, antes bien estaban obligados a confiar a su ama lo sucedido y dejar que ella descubriera la verdad.

* * *

No carecían de fundamento las sospechas de Bautista. En aquel tiempo París era escenario de las más pavorosas fechorías, y el más diabólico de los descubrimientos venía a facilitar los medios para ejecutarlas.

Glaser, un boticario alemán, el mejor químico de su tiempo, se ocupaba —como es frecuente entre los de su ciencia— en experimentos de alquimia. Se proponía hallar la piedra filosofal. Se asoció con él un italiano llamado Exili. Pero, a éste la alquimia le servía de pretexto: lo que le interesaba y aprendió con celo fue a combinar, cocer y sublimar las materias venenosas que con tan buenas esperanzas manejaba Glaser, y logró al fin la preparación de un veneno sutil, sin olor ni sabor, que podía matar en el acto, o bien matando lentamente no dejaba rastro en el cuerpo

humano, y burlaba todo el conocimiento de los médicos, los cuales, no sospechando el veneno, tenían que atribuir la muerte a una causa natural. A pesar de sus precauciones, Exili no pudo evitar el hacerse sospechoso de la venta de venenos, y le llevaron a la Bastilla. Encerraron después en el mismo cuarto al capitán Godin de Sainte-Croix, el cual había vivido largo tiempo con la marquesa de Brinvilliers en relaciones que fueron la vergüenza de la familia, y finalmente, como sea que el marido se mostrara insensible al delito de su esposa, el padre de ésta, Dreux d'Aubray, que ocupaba un cargo importante en París, consiguió separar a la pareja delincuente por medio de un mandato de arresto contra el Capitán. Pasional él, sin carácter, con una piedad ficticia, e inclinado desde joven a toda especie de vicios; envidioso, vengativo hasta la fiereza, nada podía servir mejor al Capitán que el diabólico secreto de Exili, que le daba el poder de aniquilar a sus enemigos. Sainte-Croix se convirtió en el más aplicado discípulo de Exili y no tardó en igualarle; de manera que al salir de la Bastilla se hallaba capacitado para continuar trabajando solo.

La Brinvilliers, una mujer degenerada, se transformó en monstruo por obra de Sainte-Croix. Instigada por él, envenenó a su padre, al que en la vejez prodigaba malvadamente hipócritas cuidados; envenenó luego a sus dos hermanos, y por fin a su hermana. Al padre con ánimo vengativo y a los otros en perspectiva de la rica herencia. La historia de toda una serie de envenenamientos nos da el ejemplo de cómo crímenes de esta clase llegan a ser una pasión irresistible. Sin otra finalidad que la satisfacción de un apetito, como el químico que hace experimentos, las víctimas fueron a menudo personas cuya vida o cuya muerte eran indiferentes al envenenador. La muerte repentina de una serie de pobres asilados en el Hótel-Dieu despertó más tarde la sospecha de que los panes que la Brinvilliers, bajo capa de misericordia, solía repartir allí todas las semanas, encerraban un veneno. Y es cosa probada que contenían veneno los pasteles de pichón que ofrecía a sus invitados. Víctimas de esos diabólicos banquetes perecieron el caballero Du Guet, y otras personas. Sainte-Croix, su asistente La Chaussée y la Brinvilliers lograron envolver largo tiempo bajo impenetrables velos sus escalofriantes delitos. Pero el eterno poder determinó que los delincuentes, por mañas que emplearan, fueran juzgados ya en la tierra.

Eran tan sutiles los venenos que preparaba Sainte-Croix, que si durante su manipulación el polvo —*poudre de succession* lo llamaban los parisienses— quedaba al descubierto, una sola aspiración bastaba para caer muerto al instante. Contra este riesgo, Sainte-Croix usaba una máscara de delgado cristal durante sus operaciones químicas. Un día se le cayó la máscara cuando se disponía a agitar el polvo transvasado en un frasco, y al aspirarlo se desplomó en una muerte instantánea. No conociéndosele herederos los tribunales se apresuraron a sellar sus bienes. Encerrado en una caja se halló todo el diabólico instrumental de que disponía el malvado Sainte-Croix, y además las cartas de la Brinvilliers, que no dejaban duda acerca de sus delitos. Se refugió ésta en Lieja, bajo el techo de un convento. Allí se presentó un día

Desgrais, agente de la «Maréchaussée», bajo el disfraz de sacerdote. Logró entrar en relación con aquel ser horrible, la Brinvilliers le dio cita en un jardín solitario de los alrededores, y apenas apareció, los esbirros de Desgrais la rodearon, y el disfrazado enamorador se transformó de pronto en el agente de la «Maréchaussée», la obligó a subir a un coche que esperaba junto al jardín, y el coche, rodeado de los esbirros, salió directamente hacia París. La Chaussée ya había sido decapitado anteriormente y la Brinvilliers tuvo igual muerte. Después de la ejecución fue quemado su cadáver y aventadas las cenizas.

Los parisinos respiraron. El monstruo que dirigía el arma homicida impunemente contra enemigos o amigos no era ya de este mundo. Pero pronto se descubrió que el ingenio malvado de Sainte-Croix había caído en manos de unos sucesores. Como un invisible fantasma, se introdujo el crimen en los círculos más íntimos como sólo pueden formarlos el parentesco, el amor y la amistad, y escogía rápido y seguro sus desdichadas víctimas. El que hoy gozaba de buena salud, vacilaba al día siguiente, débil y enfermo, y no podía salvarle de la muerte toda la ciencia de los médicos. La riqueza, un cargo ventajoso, una mujer hermosa o tal vez demasiado joven bastaban para que el afortunado fuera perseguido a muerte. La más horrible desconfianza rompía los lazos sagrados. Temblaba el marido ante la esposa, y el padre ante el hijo, y la hermana temía al hermano. Quedaban intactos encima de la mesa el guisado o el vino ofrecidos por el amigo a los amigos, y donde reinaban antes la alegría y el placer, se cruzaban ahora miradas enfurecidas en busca del asesino disimulado. Veíanse padres de familia ansiosos, comprando víveres en sitios apartados, y guisándolos ellos mismos en cualquier bodegón, temerosos de alguna traición diabólica que recelaban en el hogar. Así y todo, resultaban a veces inútiles las más escrupulosas precauciones.

Para encauzar el desorden que ganaba más terreno cada día, el Rey nombró un tribunal especial, exclusivamente destinado a la investigación y al juicio de aquellos misteriosos delitos. Era la llamada «Cámara Ardiente», que celebraba sus sesiones no lejos de la Bastilla, bajo la presidencia de La Regnie. Durante mucho tiempo, por celo que pusieran en el asunto, sus afanes resultaron estériles. Fue reservado a Desgrais el descubrimiento de los más recónditos rincones del crimen. Vivía en el suburbio de Saint Germain una anciana llamada Voisin, dedicada a los conjuros y a la adivinación de la suerte. Asistida por sus compañeros Le Sage y Le Vigouréx, logró meter el miedo en el cuerpo aun a personas que no podríamos llamar débiles ni crédulas. Pero, iba más lejos. Discípula de Exili, como Sainte-Croix, elaboraba al igual que aquél el sutil veneno que no dejaba rastro, prestando apoyo en esta forma a hijos malvados, ávidos del patrimonio o a mujeres destacadas que codiciaban otro esposo más joven. Desgrais penetró en el secreto, la mujer confesó su culpa, y la «Cámara Ardiente» la condenó a la hoguera en la plaza de la Gréve. Se encontró en su domicilio una lista de todas las personas que se habían acogido a sus servicios, y de aquí que no sólo se sucedieran las ejecuciones, sino que crecieran también las graves sospechas acerca de

personas de alto rango. Así, corrió la voz de estar en tratos con la diabólica mujer, la duquesa de Bouillon y la condesa de Soissons, cuyos nombres constaban en la lista; y no escapó a igual acusación el mismo Francisco Enrique de Montmorency y Boudebelle, duque de Luxemburgo, par y mariscal del reino. También a éste persiguió la temible «Cámara Ardiente». Se presentó por propia iniciativa para ser arrestado en las prisiones de la Bastilla, donde el odio de Louvois y de la Regnie le tuvo encerrado en una mazmorra de seis pies de ancho. Pasaron meses antes no se puso en claro que el único delito del Duque se limitaba a haberse prestado una vez a que Le Sage hiciera su horóscopo.

No se puede negar que la ciega oficiosidad del presidente La Regnie llevó a alardes de fuerza abusivos y a ciertas atrocidades. El tribunal se convirtió en un instrumento de terror. La más leve sospecha acarreaba severos encarcelamientos, y a menudo era la arbitrariedad la que decidía la condena de un hombre a muerte. El aspecto antipático y el ánimo maligno de La Regnie contribuyeron a que pronto le odiaran aquellos mismos que él debía amparar o vengar. Al ser preguntada en un juicio la duquesa de Bouillon si había visto al diablo, respondió:

—¡En este momento me parece verle!

Mientras la sangre de culpables y sospechosos chorreaba en la plaza de la Gréve, y por fin se hacían cada día más raros los envenenamientos, se presentó una desdicha en otra forma que sembró una vez más el pánico. Una banda de criminales parecía haberse propuesto acaparar todas las joyas. La rica alhaja recién comprada desaparecía pronto de modo incomprensible, por bien guardada que estuviera. Pero lo peor era que cualquiera que con ella se adornara no podía salir de noche si no estaba dispuesto a correr el riesgo de que en una encrucijada, o al adentrarse en una calle mal iluminada, le robaran, o tal vez le asesinaran. Los que víctimas de una agresión escapaban con vida aseguraban que habían caído sin sentidos bajo un súbito golpe en la cabeza, y que al volver en sí se había dado cuenta del robo y de que se hallaban en un sitio distinto de aquél en que habían sido agredidos. Las víctimas sin vida que se descubrían casi todas las mañanas en la vía pública o en los interiores presentaban la misma herida; una puñalada en el corazón, de la que el agredido caía sin poder dar un paso más ni pronunciar una sílaba siquiera.

Como si estuvieran conjurados con los espíritus, conocían los bribones el sitio, la hora y las circunstancias con toda precisión. A menudo un desventurado no llegaba a la casa donde le esperaban, y otras veces caía en el mismo umbral de la mansión de la amada, que tropezaba horrorizada horas después con el cadáver ensangrentado.

En vano Argenson, director de Seguridad, ordenaba arrestos bajo la menor sospecha y La Regnie rabiaba en busca de confesiones que le aclararan el asunto. El rastro de los criminales no aparecía. Sólo tenía alguna eficacia la precaución de salir armado hasta los dientes y de hacerse acompañar con luces; así y todo, en algunos casos, mientras el criado era acosado o herido, el señor caía asesinado y las joyas desaparecían.

Es digno de notar que a pesar de las muchas investigaciones en las tiendas de joyería, recorridas barrio por barrio, no se recobrara ni una sola de las alhajas robadas, ni se lograra orientación ninguna.

Llegaba al colmo la cólera de Desgrais al ver que sus astucias no podían nada. El barrio de la ciudad donde él se hallaba parecía estar a salvo, mientras en los restantes el robo y el homicidio estaban al acecho de preciosas víctimas.

Desgrais tuvo la idea genial de multiplicarse en varías figuras; esas varias personificaciones de Desgrais eran tan semejantes en el andar, el ademán, el habla, la figura y el rostro, que ni los mismos esbirros hubieran sabido puntualizar cuál de aquellos Desgrais era el auténtico. Él, entre tanto, con riesgo de la vida se introducía, sin nadie que le acompañara, en las madrigueras más inverosímiles, y seguía de lejos a aquél o al otro de quienes sospechaba que podían llevar una joya. Pero aquél a quien él vigilaba no era atacado. Al parecer los criminales se habían enterado de tales medidas, y Desgrais estaba desesperado.

Una mañana se presentó Desgrais al jefe de Seguridad La Regnie, pálido, descompuesto, fuera de sí.

—¿Qué pasa? ¿Qué noticias hay? ¿Están sobre la pista? —le preguntó, sin darle tiempo a hablar.

—¡Ah, señor mío! —empieza Desgrais, balbuceando de ira—. ¡Ah, señor mío! Ayer por la noche cerca del Louvre, el marqués de La Fare fue asaltado en mi presencia.

—¡Cielos y tierra! —gritaba gozoso La Regnie—. ¡Ya es nuestro!

—Déjeme concluir —le interrumpe Desgrais con una sonrisa amarga—. Permítame que puntualice lo que pasó… Yo, de pie, junto al Louvre… Siento en el pecho las penas del infierno. Y los diablos se burlan de mí… Descubro cerca de mí la figura de un transeúnte; su paso es vacilante, y vuelve la cabeza como para ver si alguien le sigue. No se da cuenta de mi presencia. A la luz de la luna reconozco al marqués de La Fare. No era cosa inesperada verle pasar por allí; yo sabía hacia dónde se escurría… Apenas se ha alejado de mí diez, doce pasos, salta otra figura, como si brotara del suelo, que derriba al Marqués y se precipita inmediatamente sobre el cuerpo tendido. Instintivamente, en medio de la sorpresa del instante, que pone en mis manos la suerte del homicida, doy un grito, intento salir del escondrijo, pero me enredo en la capa y doy en tierra. En éstas, el hombre se ha escabullido en alas del viento y yo porfío, me levanto, corro detrás de él, y en medio de mi carrera doy el toque de alarma… Oigo en la lejanía los silbatos de la ronda al contestarme y pronto se anima el cuadro: tintineo de armas, fragor de herraduras a los cuatro vientos.«¡Aquí! ¡Aquí!… ¡Desgrais!… ¡Desgrais!…» —resuenan las voces por las calles… Y mis ojos no cesan de perseguir al que corre delante de mí a la luz de la luna y que, para despistarme, corre ora en una dirección ora en otra. Al llegar a la calle Nicasie parece que ha perdido fuerzas, y yo templo las mías y redoblo la velocidad… Sólo me aventaja de unos quince pasos.

—¡Ya es suyo! —prorrumpe La Regnie—. Le echa la mano… Llegan los esbirros —grita La Regnie entusiasmado, con los ojos centelleantes, mientras coge el brazo de Desgrais como si fuera el del mismo asesino.

—¡Quince pasos! —prosigue Desgrais con la voz velada y el aliento cortado—. A quince pasos de mí brinca aquel hombre, y propiamente desaparece en las sombras como si el muro se abriera de pronto para darle paso y se cerrara de nuevo.

—¿Desaparece a través de una pared? ¡Está usted loco! —grita La Regnie, retrocediendo dos pasos—. Puede usted llamarme loco —continúa Desgrais, pasándose la mano por la frente, como para ahuyentar malos pensamientos—. Puede llamarme su señoría desatinado y visionario, pero ha sucedido tal como le cuento. Yo quedo como petrificado al pie de la pared… Pero llega una ronda sin aliento y con ella el marqués de La Fare, que vuelve a estar allí, en pie, con la espada en la mano. Encendemos las antorchas, palpamos la pared en todos sentidos ni un vestigio de puerta o de ventana, ni la menor rendija, sólo un sólido muro de piedra del palacio, que se apoya en el de una casa en la que viven inquilinos, sobre los que no pesa la menor sospecha. Ya ve usted con qué exactitud me han quedado grabados los detalles. Es el mismo diablo el que hace burla de nosotros.

Circuló por todo París la historia de Desgrais. Las cabezas estaban atiborradas de magia, conjuros y pactos con el diablo, encarnados en la anciana Voisin, Le Vigoureux y el tan discutido sacerdote Le Sage. Y como está en nuestra naturaleza, persistente a través de las edades, que la inclinación a lo sobrenatural, a lo prodigioso, llegue a vencer sobre el juicio, se prestó fe nada menos que a la idea de que, tal como lo había dicho Desgrais —por más que lo dijera en el calor de la iracundia— el diablo protegía en realidad a los malvados que le habían vendido sus almas. Como puede suponerse, era bastante lo que bordaban encima de la historia de Desgrais. Se imprimió y divulgó a todo viento la narración, encabezada con un grabado al boj, en el que aparecía una horripilante figura del diablo sumergiéndose en la tierra a los pies del atemorizado Desgrais. No hacía falta más para intimidar a la gente y descorazonar a los esbirros, que salían ahora temblando para sus rondas nocturnas, no sin llevar colgados al cuello unos amuletos, y rociados de agua bendita.

Argenson que vio el fracaso de la «Cámara Ardiente», se presentó ante el Rey para proponerle la creación de un tribunal que con más amplias atribuciones siguiera el rastro de los delincuentes y les castigara. El Rey, persuadido de que ya eran amplios en demasía los poderes otorgados a la «Cámara Ardiente» y conmovido por el horror de las innumerables ejecuciones llevadas a cabo bajo la influencia de La Regnie, se desentendió del plan. Se escogió otro medio para interesar al Rey. En las estancias de la Maintenon, donde el Rey solía pasar las tardes y algunas veces trabajaba rodeado de los ministros hasta muy avanzada la noche, le fue entregada una poesía en nombre de los galanes amenazados, en la que se lamentaban de que al intentar poner en práctica lo que dicta la galantería, haciendo presente a la amada de unos regalos obligados, corrieran el riesgo de pagarlo con la vida. Es honor y placer

dar la sangre por la amada en la lucha entre caballeros, pero una cosa muy distinta es verse expuesto a la acometida solapada del asesino, contra la cual no hay armas que valgan. Que Luis, estrella polar de todo amor y galanía, se dignara con su luz rasgar la noche obscura y desenmascarar el negro misterio que se amparaba en ella. El divino héroe que había derribado a sus enemigos no se negaría ahora a desnudar el acero resplandeciente, y nuevo Hércules contra la hidra de Lerna, nuevo Teseo en lucha con el Minotauro, vencería al monstruo temible que devoraba tal placer amoroso y teñía siniestramente toda alegría convirtiéndola en pena profunda y en luto sin consuelo. Si bien se trataba de un asunto muy serio, no escaseaban en la poesía presentada a Luis XIV las galas narrativas al describir el camino del enamorado hacía la amada, y cómo el miedo mata en germen el placer de la más bella aventura galante. Además de la gracia particular de los giros, el final se desplegaba en ampuloso panegírico en honor de Luis XIV. Todo esto era infalible para que el monarca leyera con visible complacencia la poesía. Sin quitar los ojos del papel, se volvió del lado donde estaba la Maintenon, leyó una vez más en voz alta, y le preguntó luego con la sonrisa en los labios, qué opinaba de los deseos de los arriesgados amantes. La Maintenon, fiel a su seriedad, y tiñéndose como siempre de un cierto tono pacato, opinaba que tales devaneos y aventuras no eran dignos de particular salvaguardia, sin que eso obstara a que los abominables delincuentes fueran merecedores de medidas especiales con vistas a su total desaparición. No quedó contento el Rey con esta ambigua respuesta; dobló el papel, y se disponía a entrar en el cuarto inmediato, donde trabajaba el secretario de Estado, cuando volvió al azar la mirada hacia *Mademoiselle* de Scudéry, que se había sentado en una butaca no lejos de la Maintenon. A ella se dirigió el Rey, dejando asomar de nuevo en su boca y mejillas la sonrisa que se había apagado, y desplegando de nuevo el manuscrito, dijo en un tono de voz suave:

—La Marquesa parece ignorar las galanterías de nuestros enamorados y esquiva la respuesta. Pero usted, señorita, ¿qué opina de esta súplica poética?

La Scudéry se levantó respetuosamente y mientras un pasajero rubor, como púrpura vespertina, cubría sus mejillas de ordinario pálidas, dijo con una leve inclinación y bajando los ojos:

> Un amant qui craint les voleurs
> n’est point digne d’amour.

El Rey, sorprendido del espíritu caballeresco de estas breves palabras, que echaban al suelo todo aquel poema, exclamó con resolución:

—¡Por San Dionisio, que tiene razón, señorita! No dictaré ninguna disposición ciega que caiga sobre los inocentes como sobre los culpables para proteger la cobardía. Que Argenson y La Regnie hagan lo suyo.

* * *

Todos los horrores de la época parecían hablar por boca de la Martiniére cuando, a la mañana siguiente, narraba con vivos colores a su señorita lo que había acontecido aquella noche y ponía en sus manos, temblorosa y vacilante, el cofrecito misterioso. Tanto ella como Bautista, el cual, desde un rincón, muy pálido, desfogaba sus temores y su encogimiento atormentando al gorro de noche entre los dedos, encarecieron a la señorita que, por toda la corte celestial, no abriera el cofrecillo, a no ser con todas las precauciones debidas. La Scudéry, sospesando y observando en la mano el enigmático presente, dijo sonriendo:

—¡Veis fantasmas los dos! Los malvados asesinos que corren por ahí fuera y que, como decís vosotros mismos, espían el interior de las casas, saben tan bien como yo y como vosotros que no soy una mujer rica, que no hay en mi casa tesoro ninguno por el que valga la pena matar. Si de mi vida se trata, ¿qué puede importarle a nadie la muerte de una persona de setenta y tres años que nunca ha perseguido a nadie, a no ser a los picaros y agitadores que ella misma creó en sus novelas? ¡Una persona que compone versos mediocres, incapaces de despertar la envidia, y que no dejará en el mundo otro bien que el ajuar de una vieja soltera que visita la corte de tarde en tarde, y un par de docenas de libros bien encuadernados con sus entalladuras doradas! Y tú, Martiniére, ya puedes cargar la mano en la descripción del intruso, que yo no creeré nunca que viniera con malos fines.

—Entonces…

La Martiniére había dado tres pasos atrás y Bautista caía casi de rodillas, con un ¡ay! ahogado, al tiempo que la señorita apretaba un botón de acero y que la tapa del cofrecito se levantaba ruidosamente. ¡Y cuál no sería la sorpresa de la Scudéry! Centelleaban dentro del cofrecito dos brazaletes de oro con rica pedrería y una gargantilla. Sacó el aderezo del cofrecito, y mientras ponderaba la admirable labor de la gargantilla, la Martiniére ojeaba los ricos brazaletes y no se cansaba de decir que ni la misma Montespán poseía joyas semejantes.

—¿Pero qué significa esto? ¿A qué viene? —decía *Mademoiselle* de Secudéry.

Inmediatamente se dio cuenta de una hojita de papel en el fondo del cofrecillo, que seguramente descifraría el enigma. Dirigió al cielo sus ojos y se dejó caer casi desvanecida en el sillón. La Martiniére y Bautista corrieron asustados a socorrerla.

—¡Qué ignominia! —exclamaba ella con una voz que el llanto ahogaba—. ¡Qué vergüenza! ¡Que tenga que ocurrirme esto a mi edad! ¿Es que cometí el pecado de obrar con tanta ligereza como si fuera una chiquilla irreflexiva? ¿Es posible, Dios mío, que unas palabras dichas medio en broma hagan caer en la sospecha de un pacto nefando a la que ha sido fiel a la virtud y a sus creencias desde la infancia?

Apretándose los ojos con el pañuelo sollozaba y gemía de tal manera que la Martiniére y Bautista, desconcertados, no sabían cómo consolar en aquel trance a su buena ama.

La Martiniére había recogido del suelo la hojita, cuyo texto era éste:

«Un amant qui craint les voleurs
n'est point digne d'amour».

Vuestro espíritu agudo, señora, ha salvado de una fiera persecución a los que, usando del derecho del más fuerte, nos apoderamos de unos tesoros destinados a ser ignominiosamente disipados. Aceptad, por favor, en prueba de nuestro agradecimiento, estas joyas. Son lo más valioso que de mucho tiempo acá hemos podido obtener, y si bien sois merecedora, honorable dama, de joyas mucho más preciosas, os las ofrecemos suplicando que nos otorguéis vuestra amistad y un amable recuerdo.

«Los Invisibles»

—¿Cómo es posible —exclamó *Mademoiselle* de Scudéry, ya medio recobrado el ánimo— llevar a tal punto la desfachatez y la provocación?

Un sol esplendoroso animaba el rosa subido de las cortinas de seda de la ventana, y teñía de rojo las luces de los brillantes puestos al lado del cofrecillo abierto. La dama se cubrió la cara horrorizada para evitar la vista de aquel aderezo quizá húmedo de la sangre de las víctimas, y ordenó a la Martiniére que lo retirara. Ésta metió en el cofrecillo los brazaletes y la gargantilla, y después de cerrarlo pensó que lo más acertado sería entregar aquellas joyas al jefe de Seguridad y exponerle puntualmente la escena de la angustiosa aparición del joven, y cómo le hizo llegar a manos el cofrecillo.

Mademoiselle de Scudéry se puso en pie y empezó a andar lentamente por la habitación, coordinando las ideas para resolver el asunto. Mandó luego a Bautista que fuera por una silla de manos, y a la Martiniére que la vistiera. Estaba decidida a visitar sin perder tiempo a la marquesa de Maintenon, que a tales horas sabía ella que estaba sola en sus habitaciones, y salió llevando el cofrecillo que contenía las joyas.

La Marquesa no pudo disimular su pasmo al ver tan pálida, descompuesta y con paso alterado a la que, a pesar de su edad, era la encarnación del aplomo, el donaire y la amabilidad.

—Dígame por Dios, ¿qué sucede? —fueron sus primeras palabras a la dama, que, angustiada, fuera de sí, lograba apenas tenerse en pie.

La hizo sentar la Marquesa, y por fin, dueña otra vez de su voz, refirió la Scudéry qué consecuencias había tenido la insana agudeza con que se le ocurrió corresponder a la súplica de los arriesgados amantes. Cuando la Marquesa se hubo enterado punto por punto del suceso, dio su opinión: *Mademoiselle* de Scudéry se había dejado impresionar excesivamente por la singularidad del caso. El oprobio de una ralea semejante no podía nunca caer sobre un ánimo sano y noble. Formulado este juicio pidió a la dama que le permitiera ver las joyas. Le dio Scudéry el cofrecillo abierto, y la Marquesa no pudo reprimir, al verlas, una exclamación de admiración. Sacó del

cofrecillo la gargantilla y los brazaletes y acercándose a la ventana se recreaba en ver jugar en ellas la luz del día, o poniéndolas más cerca de los ojos no se cansaba de alabar la preciosa labor del orfebre en sus más finos detalles.

—¿No cree usted, señorita —dijo, volviéndose de pronto a la dama—, que estos brazaletes y esta gargantilla sólo es capaz de labrarlos Rene Cardillac?

Era entonces Rene Cardillac el orfebre parisino que sabía más de su oficio, a la vez que uno de los hombres más ingeniosos y la criatura más singular de su tiempo. De talla más bien pequeña, ancho de espaldas y fuerte de músculos, pasaba de los cincuenta años, pero su fuerza y agilidad eran las de un joven. De aquel vigor que bien podríamos llamar excepcional daban también señal su pelo rojizo, naturalmente rizado y su rostro enjuto. Si no hubiera sido conocido en todo París como hombre desinteresado y sin doblez, siempre pronto a prestar ayuda, la singular expresión de sus ojos verdes, pequeños y hundidos, pudiera haberle hecho sospechoso de astucia y malquerencia. Como queda dicho, era Cardillac en su oficio el más hábil, no solamente en París, sino tal vez entre todos sus contemporáneos. Conocedor a fondo de la naturaleza de las piedras preciosas, sabía tratarlas y combinarlas de manera que una gema que había parecido insignificante resultaba magnífica al salir del taller de Cardillac. Recibía los encargos con manifiesto entusiasmo, y eran ventajosos sus precios hasta lo inverosímil si consideramos lo valioso de su trabajo. Una vez encargada la joya, no tenía punto de reposo y se le veía trabajar de día y buena parte de la noche en su taller. Algunas veces, ya terminada casi la labor, le desagradaba la forma, le entraban dudas acerca de la disposición de los materiales, o a propósito de un detalle insignificante, y hallaba motivo en ello para echar en el crisol todo lo labrado y fundirlo de nuevo. Así cada joya se convertía en la más depurada obra maestra, que dejaba pasmado al cliente. Pero era difícil obtener la entrega; recurría a cien pretextos para hacer esperar una semana tras otra, un mes tras otro, al que había dado el encargo, y en esta situación de nada servía ofrecerle el doble de lo pactado. Cuando al fin no tenía más remedio que ceder a la presión del cliente y entregar la alhaja, no podía reprimir las señales exteriores de la más honda aflicción y aun de la cólera que hervía en su ánimo. Si por acaso la obra era excepcional, y su coste subía a millares por lo rico de la pedrería o por el refinamiento en el labrado del oro, era capaz de correr de un lado a otro como un demente, maldiciendo su trabajo y todo lo que le rodeaba; pero bastaba que alguien fuera a su encuentro gritando:

—¡Por Dios, Rene Cardillac, no se negará a hacer una gargantilla para mi prometida; algo no visto!

O bien:

—Necesito unas pulseras… —y Cardillac se detenía, le brillaban los ojillos y preguntaba, frotándose las manos:

—Vamos a ver.

El cliente señalaba una cajita:

—Tengo aquí unas piedras, nada de particular, pero en sus manos…

Cardillac no le daba tiempo de terminar la frase, le quitaba la cajita de las manos, sacaba la pedrería que, realmente, no valía mucho, la exponía a la luz y exclamaba entusiasmado:

—¿A eso llama cosa ordinaria? ¡De ninguna manera! Déjelo en mis manos. ¡Qué preciosidad! Y si no le viene de un puñado de luises, voy a añadir un par de piedrecitas que le alegrarán los ojos como la luz del mismo Sol.

—A usted le confío todo, maestro Rene —decía el cliente— y pago lo que me pida por su labor.

Sin hacer distinción entre un ciudadano del común o un señor de la corte, maese Rene le echaba los brazos al cuello sin rodeos, le estrujaba, en un abrazo, se declaraba dichoso y prometía tener a punto su obra dentro de ocho días; precipitábase luego en su taller, y se ponía al trabajo con verdadera furia, y a los ocho días la obra de arte estaba terminada. Pero he aquí que al comparecer el que la había encargado, gozoso y dispuesto a pagar la joya al precio fijado, nunca muy caro, y llevársela, Cardillac se manifestaba disgustado y le trataba rudamente, casi provocativo.

—Recuerde, maestro, que mañana es mi boda.

—¿Y qué me importa a mí su boda? Vuelva dentro de un par de semanas.

— Pero ¿no está aquí la joya? La pago y he de llevármela.

—Pues yo le dijo que no la doy por terminada a mi gusto y no puedo entregársela hoy.

—Y yo le digo que si no me la da hoy mismo, a pesar de que estoy dispuesto a pagarle el doble de lo concertado, no debe extrañarle que acuda a Argenson para que le mande sus esbirros.

—¡Así le atormente Satanás con un centenar de tenazas candentes, y cargue sobre la gargantilla tres quintales para que se ahogue la novia!

Y con semejantes amenazas Cardillac hundía la joya en la faltriquera del novio, le agarraba por un brazo y le echaba con tal ímpetu que le hacía rodar escalera abajo, y reía luego con una risa diabólica al ver por la ventana al pobre joven que salía a la calle cojeando y sangrando por la nariz.

Otra cosa incomprensible era que no pocas veces, en medio del entusiasmo de un nuevo encargo, miraba de pronto al cliente, dando muestras de auténtica excitación, conjurándole entre sollozos y ruegos conmovedores, y en nombre de la Virgen y de todos los santos, a que le permitiera abandonar la labor encomendada. Algunas personas muy bien vistas en la corte, y merecedoras de la pública consideración, habían ofrecido en vano elevadas sumas para poseer siquiera la más sencilla muestra del talento de Cardillac. Éste, alguna vez, se postraba a las plantas del Rey y le suplicaba que le permitiera negarse a la petición. Con la misma actitud evitaba un encargo cualquiera que le llegara de la Maintenon, y con muestras de abominación y de terror soslayó el encargo de la misma consistente en una sortija adornada con los emblemas del arte, que destinaba a Racine.

—Apostaría —dijo la Maintenon— a que si mando llamar a Cardillac para averiguar a quién fue destinado el aderezo, saldrá con una excusa cualquiera para no comparecer. Tal vez tema un encargo y no esté dispuesto a trabajar para mí. Sin embargo de algún tiempo acá parece haberse enmendado de su extravagancia y su testarudez; oigo decir que trabaja con más ahínco que nunca y que entrega la labor sin demora, aunque disgustado y sin mirar la cara.

La Scudéry, a quien interesaba también mucho que aquellas joyas pasaran a manos de su dueño legítimo, opinó que era acertado llamar inmediatamente a aquel hombre raro, diciéndole que no se trataba de un encargo, sino para que diera su juicio sobre unas joyas. Dando curso a la idea, la Marquesa mandó buscar a Cardillac, y como si éste estuviera ya en camino, a los pocos momentos entraba en la estancia.

Al notar la presencia de la Scudéry dio muestras de confusión, y como hombre a quien lo inesperado sorprende y olvida las conveniencias sociales, se inclinó profundamente delante de la honorable dama, y no se le ocurrió hasta después saludar a la Marquesa. Ésta, señalando el cofrecillo, que resplandecía encima de la mesa cubierta de un tapete verde obscuro, le preguntó si aquellas joyas eran obra suya. Cardillac las miró apenas, y mientras fijaba sus ojos en la Marquesa se apresuró a colocar en el cofrecillo las pulseras y la gargantilla y lo apartó luego impetuoso.

—En verdad —dijo, mientras resbalaba por su cara rubicunda una sonrisa de rencor—, es preciso reconocer muy mal el trabajo de Rene Cardillac para creer que algún otro orfebre sea capaz de labrar joyas como éstas. ¡Claro que son obra mía!

—Entonces —prosiguió la Marquesa— digo, ¿a quién iban destinadas?

—A mí solo —repuso Cardillac—. Podrá parecer raro —continuó, mientras las dos damas le miraban asombradas, la Marquesa recelosa, y angustiada *Mademoiselle* de Scudéry—, podrá parecerle raro, señora marquesa, pero así es. Seleccioné mis mejores piedras únicamente por amor a la belleza de la obra y trabajé lleno de gozo con más cuidado que nunca. Hace poco tiempo que el aderezo desapareció de mi taller de un modo incomprensible.

—Demos gracias a Dios —exclamó la de Scudéry, brillando en sus ojos la alegría; y levantándose del sillón con la prontitud y la agilidad de una muchacha, se acercó a Cardillac y le puso las manos sobre los hombros—. Maestro Rene —le dijo —, recobre lo que le pertenece y le fue robado por unos malvados.

Y a continuación le describió todo lo sucedido con aquellas joyas. Cardillac oyó el relato con los ojos bajos, sin una frase, limitándose a monosílabos de exclamación, ora con los brazos en la espalda, ora acariciándose la barbilla y las mejillas.

Cuando la Scudéry dio por terminado el relato, luchando con los pensamientos que había despertado en él, sin que diera con la solución, Cardillac se frotó la frente, suspiró, se pasó la palma de la mano por los ojos como para retener las lágrimas, y cogiendo el cofrecillo que la dama le presentaba, puso lentamente una rodilla en el suelo y dijo:

—A usted, noble y digna dama, destinó la suerte este aderezo. Ahora me doy cuenta de que al labrarlo pensaba en usted, que trabajaba para usted. No se niegue a aceptar y a llevar esas joyas como lo mejor que ha salido de mis manos de mucho tiempo acá.

—Ea, maestro Rene —exclamó la de Scudéry, ya en tono de broma—. ¿Sienta bien a mi avanzada edad adornarme con piedras preciosas? ¡Cómo pudo ocurrírsele obsequiarme con un aderezo tan costoso! ¡Vaya, vaya, maestro! Si fuera yo hermosa como la marquesa de Fontanges y persona rica no lo rehusaría; pero no sientan estas pompas a unos brazos marchitos, no ese brillante aderezo a una garganta tapada.

Entre tanto Cardillac se había puesto en pie y hablaba como fuera de sí, con los ojos extraviados, y forzando a la Scudéry a tomar el cofrecillo:

—Sea bondadosa conmigo, señorita, y acepte las joyas. ¡Usted no sabe qué profunda veneración profeso a su virtud y a sus relevantes méritos! Acepte mi modesto regalo como muestra del anhelo que me mueve a probarle mi respeto.

La marquesa de Maintenon, venciendo las vacilaciones de la señorita Scudéry, tomó el cofrecillo de las manos de Cardillac.

—¡Por Dios, señorita! No hace usted más que hablar de lo avanzado de su edad. ¿Qué tienen que ver los años y su peso con nosotras: usted y yo? ¿No procede usted por ventura como una joven fácil al rubor, que de buena gana alargaría la mano para tomar la dulce fruta que le ofrecen si las manos y los dedos pudieran ignorarlo? No desdeñe la ofrenda que le hace el experto maestro Rene, y que otros mil no pueden obtener con todo el oro y todas las súplicas.

La Maintenon consiguió que *Mademoiselle* de Scudéry se hiciera cargo del cofrecillo. Cardillac se postró una vez más, y besó la orla del vestido y las manos de la Scudéry, gimiendo, suspirando y llorando. Dio un salto, y salió precipitadamente, como loco, dando con las sillas y la mesa, haciendo vibrar a su paso las porcelanas y los cristales.

—Por Dios, ¿qué le sucede al buen hombre? —exclamó *Mademoiselle* de Scudéry al ver una escena tan chocante.

Pero la Marquesa soltó una risa clara.

—Es evidente, señorita —dijo—, que el maestro Rene está locamente enamorado de usted y, como es de protocolo en la galantería, comienza a poner sitio a su corazón con ricos presentes.

Y forzando la broma pidió a su amiga que no se mostrara cruel con el desesperado amante; y ésta, dando suelta al buen humor que había despertado halló motivo para extenderse en un sinfín de agudas ocurrencias. Pretendió que, si las cosas llegaban a tal punto, se daría por vencida y no tendría más remedio que dar al mundo el inaudito ejemplo de una novia de setenta y tres años, de abolengo irreprochable, que se casa con un orfebre. La Maintenon se declaraba dispuesta a ser ella quien trenzara la corona de la novia, y la aleccionara sobre los deberes de una ama hacendosa.

Como *Mademoiselle* de Scudéry se levantara para despedirse de la Marquesa, dejando ahora las bromas, dijo muy seria al coger el cofrecillo:

—Le aseguro, señora marquesa, que no me adornaré nunca con esas joyas. Sean cuales fueren las circunstancias, es una realidad el hecho de que estuvieron en manos de aquellos malhechores diabólicos, que atrevidos como el mismo demonio, roban y asedian tal vez en alianza con él. Me horroriza la sangre que parece brillar en esas joyas deslumbrantes. Además, he de confesar que la conducta de Cardillac tiene para mí una ambigüedad rara y angustiosa. Me parece sospechoso. No puedo evitar el presentimiento siniestro de que detrás de todo eso se esconde un secreto terrible y abominable, y cuando repaso los hechos escena por escena me pierdo buscándolo en vano, y no acierto a ver cómo sea posible que acto tan perverso tenga relación con el honrado maestro Rene, que es modelo de buenos y religiosos cuidados. En fin, no me atreveré, como he dicho, a ponerme estas joyas.

La Marquesa la trató de escrupulosa en extremo; pero al pedirle su amiga que, profundizando en la conciencia, respondiera sinceramente qué haría ella en un caso semejante, respondió la Marquesa, formal y convencida:

—Antes que ponerme esas joyas las echaría al Sena.

El caso del maestro Rene dio el tema a la de Scudéry para unos versos llenos de gracia que leyó al Rey en la velada siguiente, en las habitaciones de la Maintenon. A costa de maese Rene, y venciendo el escalofrío del terror, supo pintar con vivos colores en aquella poesía el cuadro regocijante de la setentona novia del orfebre. Baste decir que el Rey no cesaba de reír, juraba que Boileau-Despreaux había sido superado y que la poesía de *Mademoiselle* de Scudéry era la más chispeante de cuantas jamás se hubieran escrito.

Habían pasado unos meses cuando quiso el azar que la Scudéry atravesara el Pont-Neuf en el coche de cristales de la duquesa de Montansier. El estilo de los graciosos coches de cristales era todavía una novedad, tanto que, al aparecer por las calles uno de ellos, los transeúntes se arremolinaban a su alrededor. Así sucedió con los mirones del Pont-Neuf, que rodearon el coche en que iba la Scudéry, haciendo difícil el trote de los caballos. De pronto, la dama oyó injurias y blasfemias y se dio cuenta de que un hombre se abría paso bruscamente repartiendo codazos y puñadas hasta llegar a la portezuela del coche, que abrió con impetuosa decisión. Echó un papel en el regazo de la dama, y repartiendo de nuevo golpes y empujones, y no sin recibirlos a su vez, desapareció lo mismo que había venido. La Martiniére, que acompañaba a su dueña, dio un grito de espanto al ver al hombre en la portezuela, y cayó desvanecida contra el respaldo del asiento. En vano tiró la dama del cordón para llamar la atención del cochero, el cual fustigó como un endemoniado los caballos, que se encabritaban con la espuma en la boca, y por fin hacían retumbar el puente en un trote nervioso. La Scudéry sacó el frasquito de las sales en socorro de la camarera, que acabó abriendo los ojos, y con el cuerpo tembloroso y crispados los brazos,

asiéndose a los de su ama, murmuraba, reflejando en su pálido rostro el temor y la angustia:

—¡Virgen santa!, ¿qué pretendería ese hombre siniestro? ¡Era él! ¡Sí, el mismo que en aquella noche de espanto le entregó el cofrecillo!

La dama calmó a su pobre camarera, diciéndole que no había sucedido nada malo, y que lo que importaba ahora era saber lo que contenía el papel. Lo desplegó y el texto era como sigue:

> «¡Un azar funesto, que usted podría remediar, me empuja al borde de un abismo! La conjuro a usted como un hijo a su madre, a quien está unido por los lazos del más tierno amor, para que envíe a maese Rene Cardillac, con cualquier pretexto, por ejemplo para recomponerlas, las pulseras y la gargantilla que recibió por mi mediación; considere que de ello dependen el bien o tal vez la vida de usted. Si no lo cumple dentro del día de mañana entraré en su casa, y me suicidaré delante de usted».

—Ahora tengo la seguridad —dijo la dama— de que si bien ese hombre misterioso pertenece a la partida de malvados ladrones y asesinos, no me desea en particular ningún daño. Si aquella noche hubiera podido hablar conmigo quién sabe qué siniestra relación de circunstancias se me hubiera aclarado, de la que no puedo tener ahora la menor idea. Sea como sea, yo cumpliré lo que se me pide en esta hoja, siquiera sea para desprenderme de esas joyas, que me parecen un talismán del propio diablo. Cardillac, fiel a su inveterada costumbre, no las soltará de nuevo tan fácilmente.

Decidió presentarse al día siguiente en el taller del orfebre con el cofrecillo; pero no parecía sino que todos los talentos de París se hubieran conjurado aquella mañana para asediarla con versos, obras de teatro y anécdotas. Apenas La Capelle acababa de dar fin a una escena dramática, y aseguraba con aires de zorro que eclipsaría a Racine, cuando apareció éste y le revolcó con un patético período, hasta que Boileau proyectó sus focos sobre el obscuro cielo de lo trágico, ya cansado de oír hablar eternamente de la columnata del Louvre, por donde intentaba llevarle el arquitectónico doctor Perrault.

En esto, dieron las doce del día. La Scudéry estaba citada por la duquesa de Montansier y se vio forzada a aplazar para el día siguiente la visita al maestro Rene Cardillac. Un singular desasosiego la apenaba. Continuamente la perseguía la figura de aquel joven y parecía pugnar para cobrar forma en su espíritu un velado recuerdo. Aquel rostro, aquellos rasgos los había visto ya antes. En su ligero sueño la turbaron angustiosas visiones, y le remordía haber obrado con indiferencia casi delictiva al no tender la mano al desdichado que bordeaba el abismo y le pedía auxilio. Como si hubiera estado en su mano desviar un acontecimiento terrible, un crimen irremediable, a la mañana siguiente ordenó que la vistieran y salió en coche provista del cofrecillo. En dirección a la calle Nicaise, donde habitaba Cardillac, había una

insólita afluencia de gente, que entre gritos y alboroto se agolpaba frente a la casa del orfebre. Contenidos a duras penas por la guardia montada, intentaban forzar el paso y unas voces airadas clamaban:

—¡Amarradle! ¡Hacedle pedazos a ese maldito asesino!

De pronto aparece Desgrais, rodeado de numerosos agentes, que le abren camino entre la compacta multitud. Salta la puerta y ante el populacho indignado aparece un hombre encadenado. No bien la dama ha tenido tiempo de hacerse cargo del cuadro, llega a sus oídos un grito de desesperación.

—¡Adelante! ¡Adelante! —grita al cochero, fuera de tino.

Éste hace dar una vuelta habilidosa y rápida a los caballos, se abre paso entre los grupos y se para delante del portal de la casa de Cardillac. Aquí la Scudéry ve a los pies de Desgrais a una joven hermosa como la luz del día. Despeinada y a medio vestir, con un miedo terrible y la aflicción en el rostro, rodea con ambos brazos sus rodillas.

—¡Es inocente! Os digo que es inocente —clama en el tono desgarrador que nace del sufrimiento mortal. Desgrais y sus esbirros porfían en vano para arrancarla de allí.

Un muchacho rudo y robusto agarra con sus manos groseras a la desdichada, arrebatándola de las rodillas de Desgrais, y la suelta con tal fuerza, que la infeliz criatura rueda por los escalones y da con su cuerpo como muerto en la calle. La Scudéry ya no puede contenerse más:

—Decidme, en nombre de Dios, ¿qué ha sucedido, qué significa todo eso? —les increpa, abriendo la portezuela del coche, y apeándose en medio del grupo.

La gente cede respetuosamente paso a la digna dama. Al ver cómo un par de mujeres compasivas levantan a la joven, la obligan a sentarse y le frotan la frente con un líquido balsámico, la dama se acerca a Desgrais, y repite con energía su pregunta.

—¡Un horror! —le responde Desgrais—. Han hallado a Rene Cardillac muerto de una puñalada esta mañana. Oliverio Brusson, su oficial, es el asesino; le han llevado a la cárcel ahora mismo.

—¿Y la joven? —preguntó la Scudéry.

—Es Madelon, la hija de Cardillac. El asesino era su novio. De aquí su llanto, sus continuos gemidos y sus protestas de que Oliverio es del todo inocente. En el fondo está enterada del asunto, y he de mandarla también a la «Conciergerie».

Al decir esto, Desgrais lanzó a la joven una mirada de malvado regocijo que hizo estremecer a la Scudéry. Recobraba el aliento la muchacha, pero incapaz de hablar o de hacer el menor movimiento, permanecía tendida en el suelo, con los ojos cerrados, y no acertaba nadie en si era preferible llevarla a la casa o asistirla allí mismo hasta que abriera los ojos. La Scudéry, profundamente conmovida, miraba con ojos arrasados de lágrimas a la angelical criatura y consideraba con horror a Desgrais y a sus agentes.

Se oyeron sordos rumores en la escalera. Bajaban el cadáver de Cardillac. La dama, decidida, exclamó:

—Me llevo conmigo a la muchacha, y usted, Desgrais, ya cuidará de lo demás.

Un rumor de aprobación recorrió el gentío. Las mujeres levantaron del suelo a la joven, y cien manos se tendieron para ayudarlas; como flotando en el espacio fue llevada al coche, mientras brotaban de los labios las bendiciones dirigidas a la digna señora que arrebataba la inocencia al tribunal del crimen.

Serons, el médico más famoso de París, fue el que consiguió con sus cuidados sacar a Madelon de la modorra y la inmovilidad en que había permanecido varias horas. *Mademoiselle* de Scudéry completó lo que el médico había comenzado, proyectando las luces benignas de la esperanza en el alma de la muchacha, hasta que la impetuosa corriente de las lágrimas la hubo aliviado. A intervalos, cuando lograba dominar su dolor lacerante, contó la joven, entre hondos sollozos, el caso tal como había sucedido:

A media noche la había despertado un suave llamar a la puerta de su habitación y la voz de Oliverio que la instaba a levantarse en seguida, porque su padre estaba muñéndose. Había saltado de la cama y abierto la puerta, azorada. Oliverio pálido y descompuesto el semblante, andaba delante ella, llevando una luz y andando con paso inseguro. En el taller estaba tendido el padre, con los ojos inmóviles, en el estertor de la agonía. Madelon se había abrazado a él, y fue entonces cuando se dio cuenta de la camisa ensangrentada. Cariñosamente, Oliverio la había apartado del moribundo, para lavar con un bálsamo la herida de la parte izquierda del pecho. Momentáneamente, Cardillac pareció reanimarse un poco; había cesado el estertor y miró a su hija y luego a Oliverio con el alma en los ojos, cogió la mano de la muchacha, la juntó con la de Oliverio, y así unidos las estrechó entre las suyas. Callaban ambos de rodillas junto a la cama del padre, y éste se incorporó, dando una voz aguda, para caer de nuevo de espaldas y entregar su alma a Dios con un hondo suspiro.

Ambos rompieron en sollozos y lamentos, y Oliverio refirió cómo, a instancias de su patrón, le había acompañado en un paseo nocturno, durante el cual éste había sido agredido en su presencia, y dijo que él mismo, con gran esfuerzo, había llevado el pesado cuerpo a casa, sin sospechar que la herida fuera mortal. Al romper el día, los vecinos, alarmados por el ruido y el llanto de la noche, habían visto el cadáver, y de rodillas junto a él a Madelon y Oliverio, desolados. Cundieron los rumores, y al cabo de poco penetró en la casa la «Maréchaussée», y se llevaron a la cárcel a Oliverio, como autor de la muerte de su amo.

En este punto del relato, Madelon describió de un modo emocionante la virtud, la lealtad y la religiosidad de su amado Oliverio, y cómo había honrado siempre a su maestro cual si fuera su propio hijo, y cómo Cardillac le había correspondido con creces, y estaba dispuesto, a pesar de su pobreza, a hacer de él su yerno, reconociendo su habilidad y su lealtad. Todo esto rebosaba del alma de Madelon, y como resumen afirmó que aun cuando Oliverio hubiera apuñalado a Cardillac ante sus ojos, ella lo

atribuyera más bien a una alucinación satánica que a un hecho real, porque no podía ser capaz Oliverio de un delito tan horrible.

Conmovida la dama en lo más íntimo por los pesares de Madelon, inclinada a creer a ciegas en la inocencia del desdichado Oliverio, apeló a todas las pruebas, y se confirmó lo que la muchacha había relatado acerca de las relaciones domésticas entre maestro y oficial. Los inquilinos y la gente del vecindario estaban conformes en que Oliverio había sido modelo de moralidad, religiosidad y laboriosa conducta, y en que nadie conocía de él nada malo; pero, al referirse al terrible suceso se encogían de hombros, conviniendo en que algo incomprensible había en ello.

Ante la «Cámara Ardiente» Oliverio negó —así lo supo *Mademoiselle* de Scudéry — con la más sincera firmeza y franqueza evidente, asegurando que su maestro había sido atacado en la calle, en su presencia, y había sido apuñalado, pero que él le había llevado todavía vivo a casa, donde expiró al cabo de poco, todo lo cual coincidía con el relato de Madelon.

La Scudéry quiso oír una y otra vez hasta las más detalladas circunstancias del fatal suceso. Escrutaba escrupulosamente acerca de la posibilidad de alguna riña entre el maestro y su oficial, o si tal vez éste no era del todo ajeno a los arranques de cólera que a veces acometen como una locura ciega aun a los más apacibles, provocando actos que parecen excluir todo libre albedrío. Pero bastábale oír con qué entusiasmo hablaba Madelon de la felicidad doméstica en que los tres vivían para ahuyentar de su mente cualquier sombra de sospecha sobre el culpado de homicidio. Examinándolo todo minuciosamente y partiendo del supuesto de que Oliverio fuera el asesino de Cardillac a pesar de que todo hablaba a favor de su inocencia, la Scudéry no hallaba en el reino de lo posible ningún móvil que hubiera podido inducirle a tal acción, que sólo tendía a destruir su felicidad.

—Es pobre, pero hábil en su oficio —se decía—. Se ha captado la simpatía del más famoso maestro; ama a su hija y el maestro favorece esta inclinación; las perspectivas de bienestar, de felicidad, para toda una vida no pueden ser más risueñas. Pero, aun aceptando que excitado a la ira por Dios sabe qué motivos llegara a agredir mortalmente a su bienhechor, a su padre, sería incomprensible la hipocresía con que se condujo realmente después.

Convencida de la inculpabilidad de Oliverio, *Mademoiselle* de Scudéry se propuso salvar al inocente muchacho al precio que fuera.

Le pareció lo más aconsejable, antes de acudir a pedir gracia al mismo Rey, dirigirse al jefe de Policía La Regnie, exponerle todas las circunstancias que abonaban la inocencia de Oliverio, y suscitar así en su alma un íntimo convencimiento favorable al acusado, que hallaría en los jueces un eco bienhechor.

La Regnie recibió a la dama con las altas atenciones a que le daba derecho el ser honrada por el mismo Rey. Oyó con calma todo lo que le manifestaba a propósito de las circunstancias abominables del crimen, así como las de la vida de Oliverio y de su carácter. Una sonrisa fina, casi maliciosa, fue la única manifestación aparente de que

no hacía oídos sordos a las protestas rociadas de lágrimas, al encarecimiento de que el juez, lejos de ser el enemigo del acusado, prestase atención a todo lo que pudiera alegarse en su favor. Cuando calló *Mademoiselle* de Scudéry, secando sus últimas lágrimas, ya exhausta, tomó la palabra La Regnie.

—Dice muy bien con su nobleza de alma, señorita, que, impresionada por el llanto de una joven enamorada, crea usted todo lo que ella le expone, al punto de hacérsele imposible concebir la idea de semejante crimen, pero otro cantar es el del juez, acostumbrado a arrancar el antifaz de la osada hipocresía. No entra en mis obligaciones el informar a cualquiera que me lo pida de la marcha de un proceso criminal. Señorita, yo cumplo mi deber y me importa porque la «Cámara Ardiente» no conoce más castigo que la sangre y el fuego. Pero no quisiera, señora mía, que usted me viera como a un monstruo de dureza y de crueldad; permítame, pues, que, en pocas palabras, le ponga claramente ante los ojos el delito sangriento del joven maleante que —gracias sean dadas al cielo— ha caído en manos de la justicia. Su mismo espíritu perspicaz será luego el que renuncie a una benevolencia que la honra a usted, y que a mí no me sentaría bien. Veamos con calma. Una mañana Rene Cardillac aparece asesinado de una puñalada. No tiene más compañía que la de su oficial Oliverio Brusson y la de una hija. En el cuarto de Oliverio se encuentra, entre otros objetos, un puñal teñido de una sangre reciente, que se adapta perfectamente a la herida.

Oliverio dice:

—Cardillac ha sido agredido en mi presencia por la noche.

—¿Será que intentaban robarle?

—No sé.

—¿Ibas con él y no has podido defenderle del ataque del asesino, ni agarrar a éste, ni pedir socorro?

—El maestro andaba a unos veinte pasos delante de mí y yo le seguía.

—Pero ¿por qué razón a tanta distancia?

—Así lo quería el maestro.

—¿Qué es lo que le llamaba a la calle a tales horas?

—No podría decirlo. Él no acostumbraba salir después de las nueve de la noche.

En este punto Oliverio enmudece, se inmuta, estalla en sollozos, y se hace firme, invocando lo más sagrado, en que Cardillac salió aquella noche, como ha dicho y que encontró en ella la muerte. Y ahora fíjese usted bien, señorita, se ha demostrado hasta llegar a la más completa convicción, que Cardillac no salió de casa aquella noche. Lo que pretende Oliverio, de que salió con él, es una impostura descarada. La puerta de la casa tiene una sólida cerradura, que hace un ruido inconfundible al abrir o al cerrar, y el ala de la puerta rechina escandalosamente en sus goznes, circunstancia que hemos comprobado experimentalmente, convenciéndonos de que el ruido se oye desde el piso más alto de la casa. Hay más; en el piso bajo, inmediato a la puerta de la calle, vive el anciano Claudio Patru con una sirvienta, una persona de unos ochenta

años, pero sana y dispuesta. Oyeron ambos cómo Cardillac, fiel a su costumbre bajaba la escalera aquella noche, al punto de las nueve, cerraba la puerta y ponía la barra muy ruidosamente, y cómo subía luego, rezaba en voz alta la oración de la noche y finalmente cerraba la puerta de su dormitorio. El nombrado Claudio padece del insomnio propio de la ancianidad. Tampoco lograba conciliar el sueño aquella noche. Alrededor de las nueve y media la anciana sirvienta encendió la luz y se sentó a la mesa cerca de su amo, con un viejo libro que leía mientras el viejo, abismado en sus pensamientos, tan pronto se sentaba en el sillón como se levantaba y daba unos pasos, esperando con el cansancio cobrar el sueño. Hasta ese punto todo había permanecido tranquilo. Pero, un poco más tarde de las doce se oyeron pasos precipitados, el golpe de un cuerpo pesado que caía, y unos gemidos ahogados inmediatamente después. Ambos fueron presa de un extraño miedo. El terror del acto horrible que acababa de cometerse invadió la estancia. Y la luz de la mañana aclaró lo que había comenzado en las tinieblas…

—Pero, por lo más santo —le interrumpió la Scudéry— ¿cómo puede usted imaginar, después de las circunstancias que ampliamente le he expuesto, una acto infernal tan fuera de juicio?

La Regnie carraspeó, y luego repuso:

—Cardillac no era pobre… Poseía piedras preciosas de gran valor…

—Pero, todo esto ¿no pasaba a la hija? —observó la Scudéry—. ¿Ha olvidado usted que Oliverio iba a ser yerno de Cardillac?

—Tenía tal vez el compromiso de repartirse el botín o asesinaba por cuenta de otros… —dijo La Regnie.

—¿Repartir?… ¿Asesinar?… —interrogó la dama asombrada.

—Sepa, señora mía —prosiguió el jefe de Seguridad— que Oliverio ya hubiera regado con su sangre la plaza de la Gréve si su acto fuera independiente del tenebroso secreto que hasta hoy flota amenazador sobre París. Es evidente que Oliverio pertenece a la pandilla siniestra que, burlando todas las investigaciones de la justicia, todos sus afanes, ha logrado cometer tantas fechorías con seguridad y escapado al castigo. A través de él todo se aclarará, es preciso que se aclare. La herida de Cardillac es idéntica a la de todos los que han sido asesinados y robados por las calles o en sus moradas. Pero lo más significativo es que desde que Oliverio está en la cárcel han cesado los asesinatos y los robos. Hay la misma seguridad de noche que de día en las calles. Prueba suficiente para inferir que Oliverio capitaneaba tal vez a los asesinos. No quiere declarar todavía, pero existen medios para hacerle hablar forzando su voluntad.

—¡Y Madelon! —exclamó la dama—. ¡La más leal, la más inocente de las criaturas!…

—¿Quién me asegura —dijo La Regnie con una sonrisa venenosa— que no tiene parte en la banda? No son para su padre las lágrimas, sino para el bribón que ha entrado en el juego.

—¿Cómo puede hablar así?…

—¡Bah! —prosiguió La Regnie—. Recuerde el caso de la Brinvilliers. Tendrá usted que perdonar si tal vez dentro de poco tiempo me veo obligado a apoderarme de su pupila y conducirla a la «Conciergerie».

La Scudéry sintió un escalofrío al oír esa sospecha horrible. Le parecía como si delante de aquel hombre temible no pudieran quedar en pie ni la lealtad ni virtud ninguna, y como si espiara el homicidio en el fondo de los pensamientos más recónditos. Se levantó.

—Sea usted humano —fueron las únicas palabras que logró sacar de la garganta.

Respiraba con fatiga y sentía el corazón oprimido. Al bajar la escalera, hasta la que la había acompañado el jefe de Seguridad, con ceremoniosa gentileza, se le ocurrió una idea singular, sin ella misma explicárselo:

—¿Me sería permitido ver al desdichado Oliverio Brusson?

El jefe la observó algo desconcertado de pronto; pero, recobrando luego aquella sonrisa repelente tan suya, dijo:

—Si puede más en usted, señora mía, la voz del sentimiento que lo que nuestros ojos han comprobado, si no le es odioso el cuadro de todos los grados de la abyección, se le abrirán dentro de unas horas las puertas de la «Conciergerie», y verá cara a cara a ese Oliverio, cuyo destino tanto le interesa.

Mademoiselle de Scudéry no podía verdaderamente convencerse de la culpabilidad del joven. Todo le iba en contra y ningún juez en la tierra hubiera obrado de otro modo que La Regnie ante tan decisivas realidades. Pero el cuadro de una felicidad doméstica, tal como Madelon lo había pintado con los más vivos colores ante sus ojos borraba cualquier sospecha de maldad, de modo que la Scudéry prefería aceptar un enigma inexplicable a creer en algo que repugnaba a su conciencia.

Tomó la resolución de oír de nuevo por el mismo Oliverio todo lo sucedido en aquella noche fatal, y penetrar en lo posible el secreto que tal vez quedaba oculto a los jueces, porque el ocuparse de ello les parecía de poca importancia. En llegando a la «Conciergerie» la acompañaron a un aposento grande e iluminado, y poco después oyó un tintinear de cadenas. Oliverio Brusson fue conducido allí. No bien le vio encuadrado en el marco de la puerta, la Scudéry desfalleció, y al recobrar el sentido Oliverio había desaparecido. Exigió con vehemencia que la acompañaran inmediatamente al coche. No soportaría estar un momento más entre aquellas paredes, morada de la infamia. A la primera ojeada había reconocido en Oliverio al joven que en el Pont-Neuf le echó por la portezuela del coche la carta suplicante, el mismo que le había traído el cofrecillo de las joyas. No había duda: la sospecha horrible de La Regnie se confirmaba. Oliverio Brusson formaba parte de la pandilla de criminales y seguramente había matado también al maestro.

¿Y Madelon? *Mademoiselle* de Scudéry, como nunca afligida bajo la garra del poder demoníaco en que antes no creía, llegó a dudar de toda apariencia de verdad y dio curso a la horrible sospecha de la complicidad de Madelon y de su participación

en aquel delito sangriento. Como suele suceder en nuestro espíritu cuando surge ante él una imagen y busca ansiosamente los colores más vivos para pintarla, la Scudéry encontró en las circunstancias del hecho abundante materia para mantener aquella sospecha. Muchos indicios que hasta ahora había apreciado como pruebas de la inocencia y de la pureza, los veía como síntomas ciertos de criminalidad y de estudiada hipocresía. Aquella pena desgarradora y aun las lágrimas podían proceder no precisamente del miedo a ver derramar la sangre del amado, sino del temor de caer ella bajo la mano del verdugo. Con el propósito de librarse de la serpiente que hasta entonces había abrigado en su seno, bajó del coche y entró en la casa. Madelon se echó a sus pies. Un ángel del Señor no hubiera levantado sus ojos celestes con mayor sinceridad, ni juntado más piadosamente las manos sobre el pecho inquieto para implorar auxilio y consuelo. Poniendo en la voz toda la gravedad y la calma de que era capaz, le dijo la dama:

—Anda. No llores por el asesino al que espera el justo castigo por sus abominaciones. Y que la Virgen Santa te guarde de sentir sobre ti misma el peso de un homicidio.

—¡Ahora veo que todo está perdido! —gritó Madelon, y con un alarido desesperado rodó al suelo. La dama la dejó al cuidado de su camarera y se retiró.

Con el alma herida, aislada de todo lo terrenal, hubiera querido no vivir ya en un mundo amasado con el engaño infernal. Acusaba al destino de haberse befado de ella, manteniendo y robusteciendo su fe en la virtud y la lealtad, para aniquilar ahora, en su vejez, la bella ilusión que había sido luz de su existencia.

Oyó cómo la Martiniére se llevaba a Madelon, que se lamentaba entre suspiros:

—¡Ah, ella también! Los infames la engañan… ¡Miserable de mí! ¡Desgraciado Oliverio!

Esos acentos movieron el corazón de *Mademoiselle* de Scudéry y renacieron en su interior la fe ciega en la inculpabilidad de Oliverio y la esperanza de vislumbrar algún secreto. Movida por los más encontrados sentimientos, fuera de sí, exclamaba:

—¿Qué espíritu infernal me ha enzarzado en esa historia abominable que acabará con mi vida?

En este momento entraba en la habitación Bautista, pálido y aterrado, anunciando la visita de Desgrais. Desde el repugnante proceso de la Voisin, se consideraba la presencia de Desgrais en una casa como presagio de una acusación. De aquí el terror de Bautista.

—¿Qué te pasa? —le preguntó la dama—. ¿No es cierto que el nombre Scudéry constaba en la lista de la Voisin?

—¡Jesús Dios! —respondió Bautista, temblando—. ¿Por qué decís tales cosas señora? ¡Pero, Desgrais, ese terrible Desgrais, no sabe esperar y dice que la ha de ver ahora mismo!

—Bien —dijo la dama—. Que ese hombre tan temido entre en seguida, que yo no le temo.

—El jefe de Seguridad —dijo Desgrais apenas traspasado el umbral—, el Presidente La Regnie me delega, señora mía, para hacerle una petición, que no le haría si no le fueran conocidos su virtud y sus ánimos, y si no estuviera en manos de usted el medio último para sacar a la luz del día un enojoso delito de sangre, y si usted misma no hubiera ya participado en ese proceso que la «Cámara Ardiente» ha visto, y que a todos nos corta el aliento. Oliverio Brusson está medio loco desde que la vio a usted en la «Conciergerie». Así como parecía dispuesto a reconocer su culpa, vuelve ahora a jurar por lo más sagrado que es totalmente inocente del asesinato de Cardillac, aunque está dispuesto a sufrir la muerte, si la mereciera. Observe, señora, que esta última afirmación se refiere sin duda a otros delitos que tiene sobre la conciencia. Pero no se le puede arrancar ni una palabra más, y ni siquiera la amenaza de la tortura ha tenido la menor eficacia. Nos ruega con vehemencia que le permitamos tener una conversación con usted. Sólo a usted está dispuesto a hacer una confesión. Dígnese, pues, ver a Brusson, señora, para oír lo que declare.

—¡Cómo! —exclamó ella, indignada—. ¿He de ser yo quien sirva de instrumento al tribunal? ¿Pretenden que profane la confianza de ese desgraciado para llevarle al patíbulo? ¡No, Desgrais! Ni aunque Brusson fuera un malvado asesino, ¿cómo podría yo jamás engañarle tan vilmente? Su secreto, en confesión, quedaría encerrado en mi pecho como un sagrado depósito.

—Tal vez —replicó Desgrais, con una sutil sonrisa— mudará usted de opinión una vez haya escuchado al reo. Un día aconsejó usted al jefe de Seguridad que procediera humanamente. Ahora él da muestras de esa humanidad, accediendo al capricho de Brusson, como último recurso, sin apelar a la tortura, para la cual el reo está más que en sazón.

La Scudéry se estremeció, y Desgrais siguió diciendo:

—Tenga en consideración, señora mía, que evitaremos entrar de nuevo en aquella mansión que tan mal impresionada la dejó. Sin turbar el silencio de la noche, Oliverio Brusson, como cualquier persona en libertad, será conducido a presencia de usted. Sin que le espíen, aunque vigilado, podrá hablar con usted sin reservas. De que la seguridad de usted queda garantizada y nada ha de temer, respondo yo con mi vida. Habla de usted con verdadera devoción. Jura que lo que le precipita a la muerte es el destino funesto que ha decidido que no pudiera hablar anteriormente con usted. Una vez le haya hablado, de usted depende declarar lo que usted quiera de lo que Brusson le confíe. ¿Quién podría obligarla a más?

Meditabunda, con la mirada puesta en el suelo, sintiéndose obligada a obedecer a un más alto poder que le confiaba la confesión de un secreto terrible, y como prisionera de los lazos mágicos en los cuales había caído, se decidió de pronto, y dijo dignamente:

—Dios me concederá el tino y la firmeza que necesito… Traed a Brusson. Estoy decidida a hablar con él.

Como tiempo atrás al presentársele Brusson con el cofrecillo, se oyó llamar a la puerta de la casa de *Mademoiselle* de Scudéry. Abrió Bautista, ya enterado de aquella visita nocturna. La dama se estremeció al oír los pasos leves y el sordo rumor que le permitieron colegir que los guardias que habían traído a Brusson se repartían por los corredores de la casa.

Por fin se entreabrió la puerta del cuarto. Entró Desgrais y detrás de él Oliverio Brusson. No llevaba grilletes ni ataduras, y vestía correctamente.

—Éste es Oliverio Brusson, señora —dijo Desgrais inclinándose respetuosamente y salió de la habitación.

Brusson se arrodilló delante de la dama, y levantó ambas manos en actitud suplicante. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Pálida y sin articular una palabra, le miraba la dama y en las facciones y el dolor, resplandecía una expresión pura de lealtad y sinceridad de ánimo. Cuanto más detenía la mirada en el rostro de Brusson, más vivamente evocaba la dama el recuerdo borroso de alguna persona muy querida, y olvidaba toda sospecha de que el que estaba de rodillas delante de ella pudiera ser el asesino de Cardillac.

—Bien, Brusson. Dígame lo que sea —le pidió en un tono de la más piadosa benevolencia.

Sin levantarse, suspiró él en lo más hondo de sus tristezas, dijo luego:

—¡Noble y venerable señora! ¿Tan totalmente se ha borrado de su alma mi recuerdo?

Observándole con más empeño, la Scudéry le respondió que, en efecto, descubría en sus rasgos un parecido con alguna persona amada, y que únicamente a este parecido debía agradecer que ella hubiera vencido la repulsión por el criminal y le escuchara con calma en aquellos momentos. Brusson, herido por estas palabras, se puso rápidamente en pie, y mirando sombríamente al suelo, retrocedió un paso y dijo con voz velada:

—¿Ha olvidado usted completamente a Ana Guiot y a su hijo Oliverio, el niño que tantas veces meció sobre las rodillas?

—¡Dios todopoderoso! —exclamó *Mademoiselle* de Scudéry cubriéndose la cara con ambas manos y echando atrás la cabeza sobre el sillón.

Motivos tenía para sentirse turbada. Ana Guiot, hija de un hombre de la clase media venido a menos, se había criado en casa de la Scudéry, la cual le había prodigado cuidados maternales. Ya mayor, tuvo un pretendiente llamado Claudio Brusson. Era el joven un experto relojero, que se ganaba holgadamente la vida en París, y Ana sintió por él un afecto sincero que mereció la aprobación franca de la que la cuidó de niña. Supo entenderse la joven pareja y vivían felices en la calma doméstica, felicidad que vino a afirmar todavía más el nacimiento de un muchacho precioso, vivo retrato de su madre.

Mademoiselle de Scudéry hizo del pequeño Oliverio un ídolo y horas, hasta días enteros, se lo quitaba a la madre para acariciarle y cuidarle, de tal manera que el

pequeño se acostumbró a ella con quien se encontraba tan bien como con su propia madre. Habían pasado tres años del nacimiento cuando la envidia profesional de sus colegas determinó que el trabajo del buen relojero decreciera cada día más, y llegó a un punto que apenas le producía para alimentarse él y los suyos. Le entró la nostalgia de su bella Ginebra natal, y la familia salió para aquella ciudad sin hacer caso del incondicional apoyo que la Scudéry les garantizaba. Ana escribió todavía un par de cartas a la que tantos cuidados le había prodigado, y luego vino el silencio, lo que hizo suponer a *Mademoiselle* de Scudéry que tal vez las dichas del hogar de Brusson habían borrado el recuerdo de tiempos pasados.

Veintitrés años se cumplían ahora desde que Brusson había salido de París.

—¡Qué horror! —exclamó la dama, ya recobrado el ánimo—. ¿Eres tú, Oliverio? ¡El hijo de mi Ana!…

Dueño de sí mismo, tranquilamente, Oliverio respondió:

—¡Claro está, señora mía, que no podía imaginar usted nunca que aquel niño que usted acariciaba como la más tierna de las madres, aquel niño a quien mecía y regalaba con golosinas prodigándole los nombres más cariñosos, tendría que verse, una vez llegado a la juventud, en presencia de usted, acusado de un crimen horrible! No soy irreprochable; la «Cámara Ardiente» podría acusarme legalmente de algún delito, pero, tan cierto como he de morir bien con Dios, aunque fuera a manos del verdugo, ni yo maté al desdichado Cardillac, ni tuve parte en su muerte.

Al decir esas palabras Oliverio experimentaba una conmoción como si la tierra se hundiera a sus pies. Silenciosamente, *Mademoiselle* de Scudéry le señaló un sillón, sobre el cual, con gesto cansado, se sentó Oliverio.

Y dijo:

—No me ha faltado tiempo para prepararme a esta entrevista, que considero como el último favor del cielo que se reconcilia conmigo, y captar toda la calma y la presencia de espíritu necesarias para narrarle la historia de mi terrible, de mi inaudita desgracia. Otórgueme la piedad de escucharme tranquilamente, por mucho que el descubrimiento de un secreto, que seguramente no pudo sospechar, la sorprenda y llegue a horrorizarla… ¡Ojalá mi pobre padre no hubiera salido nunca de París! En mi recuerdo borroso de Ginebra veo a mis padres y me veo a mí en el llanto, oigo sus lamentaciones, y me doy muy bien cuenta de cómo más tarde viví los azares de nuestra miseria. Mi padre se vio burlado en todas sus esperanzas. Apesadumbrado, murió al punto en que había logrado verme como aprendiz en un taller de orfebrería. Mi madre hablaba mucho de usted en aquel entonces y estaba dispuesta a referirle todas sus cuitas, pero le faltó el ánimo como suele suceder a los que viven en la indigencia. La falsa vergüenza, que tantas veces roe el alma de los desheredados, le impidió dar curso a su propósito. Pocos meses después de la muerte de mi padre murió también ella.

—¡Mi pobre Ana! —exclamó la de Scudéry dominada por el pesar.

—¡Doy gracias a Dios de que no haya de presenciar la muerte de su hijo querido a manos del verdugo, cubierto de ignominia!

Estas palabras las dijo Oliverio en voz muy clara y fijando en la altura los ojos extraviados. Afuera se oyeron rumores de inquietud y pasos en diversas direcciones.

—¡Oh, oh! —dijo Oliverio con una sonrisa amarga—. ¡Desgrais despierta a su gente como si yo pudiera escapar de aquí!… Prosigamos. Mi maestro me trataba con severidad, sin tener en cuenta que yo trabajaba como ninguno y mi labor acabó por superar la suya. Sucedió un día, que un cliente vino a nuestro taller para adquirir un aderezo. Yo estaba trabajando en una gargantilla preciosa y el cliente, con rostro amable, golpeándome la espalda y resiguiendo con la mirada mi trabajo, me dijo: «Amigo, es una labor excelente. En realidad, no sé quién pudiera mejorarla a no ser Rene Cardillac, que es sin duda alguna el mejor orfebre del mundo. Junto a él tendrías que trabajar; te recibiría con palmas en su taller, porque sólo tú puedes ponerte a su lado y únicamente de él puedes todavía aprender algo». Estas afirmaciones no cayeron en saco roto. Yo no aguanté más en Ginebra: parecía que me empujaban hacia fuera. Logré desentenderme de mi amo y llegué a París. Rene Cardillac me recibió fríamente, casi diría con rudeza. Yo insistí hasta lograr que me confiara un encargo de poca monta; era una sortija. Cuando le presenté la obra fijó en los míos sus ojos pequeños y centelleantes, como si quisiera penetrar en mis intenciones más profundas.«Eres un oficial listo, bien dispuesto —me dijo—. Te pagaré bien; confío en que quedarás contento de mí».Y Cardillac hizo honor a su promesa. Pasé un tiempo cerca de él sin haber visto a Madelon, que estaba en el campo según creo, en casa de una tía de Cardillac. Volvió al fin. ¡Poder eterno del cielo qué cambio se hizo en mí al ver su figura angelical! ¿Ha existido nunca un ser que haya amado como yo?… Y ahora… ¡Oh, Madelon!

Cortó sus palabras la pesadumbre, y tapándose la cara con ambas manos, prosiguió una vez vencidos los sollozos:

—Madelon me miraba con buenos ojos. Entraba a menudo en el taller y yo adivinaba su afecto. Por mucho que el padre vigilara, nuestros furtivos apretones de mano eras señales de un pacto que Cardillac parecía ignorar. Mi intención era captarme ante todo su favor, llegar a la maestría en mi oficio y pedir entonces la mano de Madelon. Una mañana, al ir a ponerme a mi labor, Cardillac se enfrentó conmigo, luciéndole en los ojos sombríos la cólera y el desprecio: «Ya no necesito de tu arte —comenzó—. Sal de la casa ahora mismo y que no te vea nunca más. ¡No te debo explicaciones, pero has de saber que está puesta demasiado alta la dulce fruta que pretendes alcanzar, pobre arrapiezo!». Quise hablar, pero él me cogió con mano dura y me obligó a pasar la puerta de un empujón, dando con mi cuerpo en el suelo, e hiriéndome en la cabeza y en un brazo.

Abandoné la casa furioso, con el alma desgarrada, hasta que en un suburbio lejano de París, el de Saint Martín, encontré a un conocido que me acogió en su buhardilla. Pero no hallaba reposo. Salía de noche y me escurría, rondando la casa de

Cardillac, forjándome la idea de que Madelon oiría no sé cómo mis quejas y suspiros y que encontraría manera de asomarse a la ventana para hablarme en secreto. En mi cerebro se cruzaban los más desesperados planes, de cuya realización esperaba convencerla. Junto a la casa de Cardillac, en la calle Nicaise, se levanta una pared alta con una hornacina y una estatua medio destruida, empotrada en ella. Junto a esta estatua me encontraba yo una noche, mirando hacia arriba, acechando las ventanas de la casa que dan al patio que la pared encierra. De pronto, me doy cuenta de que hay luz encendida en el taller de Cardillac. Son las doce de la noche. Cardillac no solía velar nunca a esta hora; se acostaba puntualmente a las nueve. Siento los latidos de mi corazón. Presiento algún mal, pero tengo la esperanza de poder entrar. Desaparece la luz. Me arrimo a la estatua dentro de la hornacina. De pronto doy un salto atemorizado, porque he sentido que la estatua se mueve como si tuviera vida. Al reflejo pálido de la noche me doy cuenta de que la piedra gira lentamente sobre su base, y detrás de ella se escurre una obscura forma humana, que empieza a andar calle abajo con paso ligero. Me acerco de un brinco a la escultura. Vuelve a estar en su sitio de antes, formando parte de la pared. Instintivamente, como impelido por una fuerza interior, voy siguiendo las pisadas del que se aleja. Al pasar bajo una capillita de la Virgen, aquella forma humana vuelve la cabeza, y el reflejo de la luz de la lámpara se proyecta sobre su rostro. Es Cardillac. No sabría describir el miedo, el horror, ni el irresistible hechizo que me empuja hacia su figura espectral de sonámbulo. No tengo por tal al maestro, sin contar con que no estamos en luna llena, época en que semejante hechizo suele privar del sueño. Desaparece por fin Cardillac en las sombras, pero al oír un carraspeo breve, que no puede ser más que el suyo, conozco que ha entrado en un determinado soportal. ¿Qué significa todo eso? ¿Qué designio le mueve? —me pregunto, lleno de estupor, mientras me oculto a favor de la sombra de las casas. Al cabo de un rato veo acercarse a un hombre que anda canturreando, tocado de un flamante penacho y con tintineantes espuelas en los tacones. Como el tigre sobre su presa se precipita Cardillac desde su rincón encima del hombre, que se desploma instantáneamente con el estertor de la muerte en la garganta. Salto, dando un alarido de terror hasta donde está Cardillac. «¿Qué es esto, maestro?» —gritó yo—. «¡Maldito!» —ruge Cardillac—. Y echa a correr y desaparece con la rapidez del rayo. Sin tino, andando a duras penas, me acerco al que está tendido en el suelo y me arrodillo junto a él, por si hay esperanza de salvarle; pero todo indicio de vida ha desaparecido. Sobrecogido de mortal terror, apenas me he dado cuenta de que la «Maréchaussée» me rodea. Alguien da voces:«¡Ea, muchacho!, ¿qué estás haciendo? ¡Otro que ha caído!… ¿Serías tú también de la pandilla?… ¡Anda! ¡Anda!…». Mientras se cruzan esas exclamaciones, me sujetan y yo casi no acierto a balbucear que está lejos de mí cometer un acto semejante, y que me dejen en paz. Uno de los de la ronda me acerca a la cara la linterna y dice soltando la risa:«¡Pero si es Oliverio Brusson, el que trabaja con el honrado maestro Cardillac…! ¡Cómo va a matar hombres por esas calles!… ¡Vaya ocurrencia! ¿Es

propio de asesinos lamentarse sobre el cadáver y entretenerse para dejarse prender?… ¿Cómo ha sido, mozo?… Cuenta sin temor».Y cumplí lo que me pedían.«Muy cerca de mí —dije— saltó un hombre encima del que allí está tendido, le dio el golpe mortal y al oír mis gritos emprendió la fuga, rápido como el rayo. Y yo me inclinaba ahora sobre el caído por si había esperanzas de salvarle».«No hijo, mío —dice uno de los que han levantado el cuerpo—. La herida, como de ordinario, es una puñalada al corazón».«¡Demonio! —dice otro—. Lo mismo que el caso de anteayer. Llegamos tarde». Y se alejaron llevándose el cadáver.

No sabría explicar mis sensaciones; era como el despertar de un sueño fatídico, o como si fuera a salir del sueño para asombrarme de la fantasmagoría… ¡Cardillac, el padre de mi Madelon, un malvado asesino!… Sin fuerzas caí sobre las gradas de un soportal. Alboreaba. Un sombrero de oficial ornado de un penacho precioso, yacía sobre el pavimento. El delito sangriento de Cardillac cometido a mi vista, en el sitio que ahora ocupaba yo, medio echado en el suelo, me parecía evidente, claro, como la nueva luz de la mañana. Y huí de aquel sitio, horrorizado.

Vuelto a mi buhardilla, aturdido, como demente, oigo abrir la puerta. Es Rene Cardillac. «En nombre de Cristo ¿qué quiere de mí?» —le grité. Sin dar importancia a mi actitud ni a mis palabras, anda unos pasos hacia mí, con una sonrisa reposada y afable que acrecienta mi íntima repulsión. Coge un taburete medio roto y se sienta a mi lado. Yo no tengo ánimos ni para incorporarme en la yacija sobre la cual me he dejado caer. «Ea, Oliverio —comienza—, ¿cómo te va?… ¡Pobre muchacho!… Me precipité torpemente cuando te mandé salir de mi casa. Te echo de menos muchas veces. Precisamente estos días voy a ponerme a un trabajo que no podré realizar sin tu ayuda. ¿Qué me dices de venir a trabajar de nuevo en mi taller? ¡Callas! Sí; bien lo sé. Te ofendí. Quise darte a entender que estaba airado contigo a propósito de tus ambiciones respecto a mi Madelon. Pero luego ha madurado en mí la idea y estoy convencido de que con tu destreza, tu laboriosidad y tu lealtad, no puedo desear en el mundo mejor yerno que tú. Ven, pues, conmigo y procura merecer como esposa a Madelon».

Las palabras de Cardillac me desgarraban el corazón y su maldad me hacía temblar. No acerté a formular una respuesta. «¿Titubeas? —prosiguió él en un tono áspero, mientras me perforaba con sus ojillos centelleantes—, ¿titubeas?… No te digo que sea hoy mismo; tal vez tienes otras cosas que te ocupen. Tal vez… una visita a Desgrais. ¿O quizá quieres ser presentado a Argenson o a La Regnie? Cuidado, muchacho, que las garras que pretendes echar contra otros no te prendan a ti mismo y te despedacen».

En este punto mi ánimo sublevado no puede menos que desahogarse de pronto en palabras, y replico que aquellos que tengan algo común con los nombres que acaba de pronunciar, a causa de las atrocidades que hayan cometido, se entiendan con ellos. Yo no tengo nada que ver con eso. Y Cardillac prosigue: «Hablando con propiedad, Oliverio, el trabajar en mi taller te honrará. Soy reputado el más famoso orfebre de la

época, y considerado en todas partes, tanto por mis dotes artísticas como por mi lealtad e intachable conducta. Cuenta que cualquier calumnia contra mí caería de rechazo sobre la cabeza del calumniador. Y por lo que se refiere a Madelon, puedo asegurarte que a ella sola debes agradecer mi condescendencia. Te ama con una vehemencia que no hubiera sospechado en un ser delicado como es ella. No bien saliste de mi casa se echó a mis pies, abrazó mis rodillas y me confesó entre lágrimas que no podía vivir sin ti. Yo pensé que todo era imaginación, como suele suceder a las muchachas inexpertas que darían la vida por la primera cara simpática que les mira sonriendo. Pero en mi Madelon es una realidad. Languidecía, estaba enferma, y si yo quería disuadirla de sus quimeras no hacía más que repetir tu nombre. ¿Qué tenía yo que hacer si no quería dejarla en la desesperación? Ayer noche le dije que le daba mi consentimiento y que te llamaría hoy. En una noche parece haber florecido como una rosa y te espera transportada de amor».

Que el eterno poder celestial me perdone, pero ni yo mismo podría decir cómo me encontré de pronto en casa de Cardillac, en presencia de Madelon, que sollozaba, y estrechándome en sus brazos repetía mi nombre y hacía protestas de su afecto, mientras yo, en el colmo del embeleso, juraba por la Virgen y todos los santos no separarme de ella nunca más.

Conmovido al recuerdo de este momento decisivo, Oliverio se vio obligado a hacer una pausa. *Mademoiselle* de Scudéry, horrorizada por la criminalidad de un hombre que ella había considerado hasta entonces como encarnación de la virtud y la honradez, exclamó:

—¡Qué espanto! ¡Así, pues, Rene Cardillac formaba parte de la pandilla de asesinos y ladrones que hace de la ciudad una madriguera inmunda!

—No se hable de pandilla, señorita —dijo Oliverio—. No existe tal pandilla. Era Cardillac, él solo, quien escogía las víctimas y caía encima de ellas con una asiduidad malvada. A esta circunstancia, la de no tener compañeros, es debida la impunidad con que logró llevar a cabo sus fechorías, y la dificultad en seguir una pista… Pero, permita que acabe y sabrá los secretos del que fue a la vez el más malvado y el más desdichado de los hombres… Desde aquel día, cualquiera puede imaginar la situación en que me hallaba respecto a mi maestro. El paso estaba dado y no era posible retroceder. A menudo me parecía ser cómplice de los asesinatos de Cardillac, y únicamente el amor de Madelon me hacía olvidar la íntima congoja que me torturaba. En mis horas de trabajo en el taller, al lado del viejo, no podía mirarle a la cara, y casi no pronunciaba ni una palabra en presencia de aquel hombre abominable, que de día parecía poseer todas las virtudes de un padre cariñoso y de un buen ciudadano, y se envolvía en los velos de la noche para llevar a cabo sus crímenes; Madelon, la criatura piadosa, limpia de conciencia como un ángel, le profesaba una verdadera devoción. Me sentía traspasado el corazón al pensar que cuando el malvado fuera descubierto, ella, despertada a la realidad, sufriría la más cruel desesperación, víctima

inocente de las infernales astucias de su padre, y esto bastaba para hacerme enmudecer aunque para ello tuviera que sufrir la pena que merecía el criminal.

Si bien me enteraba de los sucesos por las conversaciones de la gente, el móvil de los delitos de Cardillac y el modo de realizarlos eran para mí un enigma. La solución no se hizo esperar. Un día noté en Cardillac, que generalmente y excitando mi repugnancia solía bromear y reír mientras trabajaba, una seriedad y un retraimiento que empañaban su ordinario buen humor. De pronto echó a un lado la joya en la que estaba trabajando con tal violencia que las perlas rodaron sobre la mesa, se puso en pie y me habló con vehemencia: «Oliverio —me dijo—, entre nosotros dos las cosas no pueden quedar así; la posición es insostenible. Lo que escapó a la fina astucia de Desgrais y de sus esbirros, el azar lo ha puesto en tus manos. Me has visto en mis actividades nocturnas, a las que mi nefasto destino me empuja, sin que yo pueda resistir. Y también a ti la mala estrella te impulsó a seguir mis pasos, te escondió en las sombras y dio a tus pisadas una tal ligereza silenciosa, que yo mismo, que en la noche más obscura veo tan bien como si tuviera ojos de tigre y percibo el menor ruido, incluso el volar de un mosquito, no me di cuenta de tu presencia aquella noche. Tu mala estrella te ha hecho volver a mi lado. En tu situación ya no puedes traicionarme. Has de saberlo todo». «¡Nunca seré tu compañero, hipócrita, malvado!». Estas palabras estuve a punto de replicarle, lleno de ira y repugnancia, pero la misma indignación que en mí promovían sus palabras me agarrotaba la garganta, y un sonido inarticulado fue mi sola contestación. Cardillac volvió a sentarse en su sitio de trabajo; se secó el sudor de la frente, y como si le conmoviera un recuerdo del pasado, comenzó: «Hay sabios que dan gran importancia a las raras impresiones a que están sujetas las mujeres encinta, y hablan del asombroso influjo de esas impresiones vivas e involuntarias en el que va a nacer. De mi madre me contaron una singular historia. En el primer mes del embarazo de que yo debía nacer contemplaba junto con otras mujeres una brillante fiesta cortesana que se dio en el Trianon. Se le fueron los ojos hacia un caballero vestido a la española, con una joya radiante colgada del cuello. Como fascinada por el brillo de la alhaja, mi madre no acertaba a quitar de ella la mirada. Todo su ser codiciaba aquella piedra irisada que le parecía un bien más que terrenal. Ya unos años antes, siendo mi madre todavía soltera, aquel caballero había puesto sitio a su virtud, pero fue rechazado con horror. Mi madre le reconoció, pero esta vez le pareció que el resplandor de la pedrería convertía al caballero en un ser de la más elevada naturaleza y un compendio de toda hermosura. Diose cuenta el caballero de las miradas de fuego de mi madre, y figurándose que esta vez sería más afortunado que antaño, buscó la ocasión de alternar con ella y logró apartarla de los conocidos y llevarla a un sitio desierto, y allí por la fuerza, la estrechó vehementemente entre sus brazos. Entretanto mi madre se había apoderado de la joya que el caballero llevaba colgada sobre el pecho, pero en el mismo instante, el caballero, arrastrando a mi madre en la caída, se desplomó exánime. Probó en vano mi madre de desprenderse de los brazos crispados del

cadáver, que fijaba en ella los ojos que ya no veían, y al reclamo de sus agudos gritos acudieron los paseantes y la arrancaron de los brazos del pérfido caballero. Esas impresiones postraron a mi madre en el lecho. Se temió por su vida y por la mía; pero se restableció y el parto fue lo feliz que cabía esperar. Pero los terrores de aquel momento aciago recayeron sobre mí. Había asomado mi mala estrella y sus destellos prendieron en mi ser, poseído desde el vientre de mi madre de una de las pasiones más insanas. Ya en la niñez estimaba por encima de todo los diamantes y el oro. Esta inclinación fue considerada como un capricho de niño, pero pronto se manifestó con mayor trascendencia y de niño aún robaba oro o joyas donde las viera al alcance de la mano. Distinguía instintivamente, como el más experto, lo que era falso y lo que era de ley. Mi codicia innata tuvo que doblegarse bajo los castigos severos de mi padre. Escogí la profesión de orfebre para poder vivir en medio de los objetos de oro y las piedras preciosas. Sólo esto me atraía. Trabajaba con pasión y fui pronto el primero en el oficio. Siguió a éste un período, en el cual mi pasión innata, tanto tiempo sofocada, surgió en todo su vigor, devorándolo todo. Apenas había terminado y entregado una obra, caía en una inquietud, que se cebaba en mi sueño, en mi salud y en el goce de vivir. Día y noche la persona para la cual había trabajado se presentaba ante mis ojos, adornada con mis joyas y una voz susurraba a mis oídos: “Esta joya es tuya. Tómala, recóbrala… ¿De qué le sirven a un muerto los diamantes?”. Me di por fin a las artes del robo. Tenía entrada en la mansión de los poderosos y no tardé en sacar provecho de cada oportunidad; no había cerradura que resistiera a mi ingeniosidad y pronto volvía a ser mía la joya salida de mis manos… Pero no se calmaba con esto el desasosiego. Aquella misma voz fatal se dejaba oír, provocándome: “¡Ah! ¡Ah!… ¡Un muerto luce tu joya!”. Un odio inexplicable se proyectaba de mí hacia aquéllos para quienes había labrado una joya. Sí. Se agitaba en el fondo de mis entrañas un furor homicida contra ellos que me hacía temblar a mí mismo… En medio de estas circunstancias, compré la casa donde vivo. Cerramos tratos con el propietario en este mismo cuarto, y para celebrarlo descorchamos una botella sentados en esta misma habitación. Ya muy avanzada la noche, a punto de despedirme, el vendedor me habló en estos términos: “Maestro Rene, es hora de que le ponga en el secreto de un detalle de esta casa”. Acercándose a un armario empotrado en la pared, empujó la tabla del fondo, penetró en un cuarto, y se agachó para levantar una trampa. De allí, bajando por una escalerilla estrecha y empinada, llegamos frente a una portezuela, que el dueño abrió, y salimos al patio. Empujó entonces un hierro que había en un punto determinado de la pared y una parte de ésta giró inmediatamente sobre sí misma, dejando un hueco a través del cual un cuerpo humano podía escurrirse cómodamente hasta la calle. “Oliverio —me dijo en aquel punto el maestro—, cuando quieras te enseñaré esta obra de ingenio, que seguramente idearon los frailes del convento que antiguamente hubo aquí para entrar y salir secretamente. Se trata de una plancha de madera revocada por fuera, a la cual se adapta una columna estatuaria también de madera, pero que imita la piedra, y el

conjunto gira sobre unos goznes ocultos”.

No sé qué siniestras ideas me embargaron a la vista de aquella instalación, como premeditada para ocultar unos hechos que eran todavía un misterio para mí. Había entregado, no hacía mucho tiempo, un aderezo precioso a un caballero de la corte, aderezo que yo sabía que iba destinado a una bailarina de la Ópera. Me sentía atormentado, por doquiera me acompañaba el espectro de la muerte, y Satán murmuraba algo a mi oído. Volví a entrar en la casa y sudando de angustia me revolvía en la cama; imaginaba al caballero que en posesión de la joya, iba a ofrecérsela a la bailarina. Salté furiosamente de la casa, me embocé en la capa y bajé por la escalerilla secreta, atravesé el muro que sale a la calle Nicaise… Veo acercarse aquel caballero… Es él… Le salto encima; él da un grito, pero, agarrándole fuerte por la espalda, le hundo el puñal en el corazón… ¡La joya es mía!… Consumado el hecho experimenté un descanso, una satisfacción como nunca hubiera sentido. El espectro había desaparecido y callaba la voz de Satán. ¡Ahora sabía lo que mi mala estrella exigía de mí, y me era forzoso ceder o perecer!… ¿Comprendes ahora mi proceder y mi ansia, Oliverio? No porque me vea arrastrado a hacer lo inevitable debes creer que haya renunciado a los sentimientos de piedad, de compasión, que están en la naturaleza del hombre. Tú sabes la violencia que he de hacerme para entregar un trabajo y cómo me niego a trabajar para aquéllos cuya muerte no quiero. Pero como si el espectro que me acongoja exigiera sangre, he de usar el puñal contra el poseedor de la joya, y ésta vuelve a mis manos».

Una vez terminado este largo relato de su vida, maese Cardillac me llevó al sótano y me brindó el espectáculo de la colección de sus joyas, ante las cuales desmerecerían las del mismo Rey. Cada alhaja llevaba su etiqueta, en la cual constaba el nombre del que hizo el encargo y en qué fecha había sido recobrada por medio del homicidio, hurto o robo. «El día de tu boda, Oliverio —me dijo a continuación— prestarás juramento puesta la mano sobre la imagen de Cristo crucificado de que a mi muerte toda esta riqueza será aniquilada, convertida en polvo, por los medios que a su hora te daré a conocer. No quiero que ninguna criatura humana, y menos aún Madelon y tú, entre en posesión de lo que fue adquirido por medio del crimen».

Preso en el laberinto de los delitos, roído por el amor y la repugnancia, por el gozo y el horror, se me podía comparar en aquellos momentos al condenado a quien un ángel llama hacia arriba con una dulce sonrisa, al mismo tiempo que Satán le tiene fuertemente asido entre las garras candentes, convirtiéndose así la amorosa sonrisa del ángel, reflejo de la bienaventuranza, en la más cruel de sus torturas. Pensé en la huida, en el homicidio… ¡Pero, Madelon!… Censúreme, noble dama, condene mi flaqueza, mi incapacidad para vencer la pasión que me atenaza a la delincuencia. ¿No voy a pagarlo con una muerte afrentosa?

Un día volvió Cardillac a su casa de un humor excepcionalmente alegre. Acarició a su hija, me dedicó las más amables sonrisas, bebió durante la comida una botella de vino añejo, lujo que únicamente se permitía en las festividades o celebraciones, y no

cesaba de cantar o de reír. Su hija nos había dejado solos, y me disponía yo a entrar en el taller, pero Cardillac se opuso: «¡Quita, muchacho! No se hable hoy de trabajo y bebamos un sorbo más a la salud de la dama que descuella entre todas las de París por sus bondades». Después de chocar los vasos y él vaciar el suyo, me dijo: «Dime, Oliverio, ¿no te gustan estos versos?»:

> Un amant qui craint les voleurs
> n'est point digne d'amour.

Y me contó lo que en las habitaciones de la Maintenon había sucedido entre usted y el Rey, y aseguró también que a nadie había venerado tanto como a usted y que las altas virtudes que la adornaban eran capaces de eclipsar su mala estrella, de tal modo que, aun viéndola lucir una de sus joyas, el espectro maligno, sugeridor de pensamientos delictivos, no podría ya nada en él. «Oye, Oliverio —me dijo— la decisión que he tomado. Me comprometí hace mucho tiempo a labrar y engastar las piedras de mi colección para unos brazaletes y una gargantilla destinados a Enriqueta de Inglaterra. Es una de mis labores más perfectas y me desgarraba el corazón pensar que me había de separar de mi obra predilecta.

No dudo de que estás enterado de la desgraciada muerte de esa princesa, asesinada. La alhaja quedó en mis manos y quiero ofrecerla como prueba de respeto y gratitud, en nombre de la perseguida banda, a *Mademoiselle* de Scudéry. Así presento al mismo tiempo la prueba elocuente de su triunfo a *Mademoiselle* de Scudéry, y avergüenzo a Desgrais y a los que le asisten… Y serás tú quien le llevarás este regalo». Al pronunciar Cardillac el nombre de usted, señorita, me pareció que se descorrían unos velos negros y aparecía el cuadro feliz y ricamente colorido de mi infancia. Sentía el alma bañada de consuelo y veía un rayo de esperanza que ahuyentaba los espíritus de las tinieblas. Cardillac debió darse cuenta de la impresión que me habían causado sus palabras y debió interpretarlo a su manera. «Mi plan parece ser de tu agrado —me dijo—. Puedo asegurarte que en lo más hondo de mi alma se levanta una voz muy distinta de la que exige víctimas y convierte a uno en animal de presa nunca satisfecho. ¡Cuántas veces me he extrañado de mí mismo! Un miedo íntimo, el temor de un algo realmente espantoso, cuyos escalofríos llegan a un pasado remoto, me sobrecoge con violencia. Entonces me parece como si lo que mi mala estrella lleva a cabo no pudiera tenérsele en cuenta a mi alma inmortal, que no participa en ello. En un estado de ánimo semejante decidí labrar una preciosa corona engastada de diamantes para la Virgen de la iglesia de San Eustaquio; pero cada vez que me ponía a la obra me asaltaba con más fuerza aquel temor incomprensible. Ahora me parece como si hiciera devotamente la ofrenda a la misma virtud, a la misma santidad, pidiéndole su poderosa intercesión, en la persona de *Mademoiselle* de Scudéry, a la que ofrezco la joya de mayor belleza que haya labrado en toda mi vida».

Una vez enterado del orden doméstico de usted, me instruyó Cardillac de la hora y de la forma en que debía poner en sus manos el aderezo, que encerró en un rico cofrecillo. Yo me sentía lleno de dicha, ya que el cielo me señalaba, por mediación del criminal Cardillac, el camino para salvarme del infierno en que estaba sufriendo una horrible tortura. Contra el parecer de Cardillac, me proponía presentarme a usted, decidido a echarme a sus pies en calidad de hijo de Ana Brusson, y de pupilo de usted cuando niño, y descubrirle todo lo sucedido. Estaba seguro de que, conmovida por la desdicha inconmensurable de la inocente Madelon, guardaría usted el secreto. Su espíritu clarividente hallaría seguramente medios más eficaces, que yo no acertaba a concretar, para salvar a Madelon y salvarme a mí, desviando la maldad de Cardillac. De esto estaba yo seguro en lo más hondo de mi conciencia, con una convicción comparable a la fe en el consolador socorro de la Virgen Santísima. Bien sabe usted, señora, que aquella noche mi propósito fracasó. No perdí la esperanza de ser más afortunado otra vez. En esto cayó Cardillac en un descorazonamiento absoluto. Se escurría de un lado a otro, turbado, con la mirada perdida en el vacío. Murmuraba; sus manos inquietas parecían luchar para deshacerse de alguna fuerza contraria, y su espíritu parecía torturado por contradictorios pensamientos. Le vi una mañana entera en ese estado; por fin se sentó a la mesa de trabajo, se levantó al poco rato con enfado, se acercó a la ventana y como si hablara con el espacio dijo con voz grave y sombría: «¡Quisiera que Enriqueta de Inglaterra hubiera lucido mis joyas!». Estas palabras me aterrorizaron, conociendo que su espíritu errabundo era solicitado una vez más por el espectro abominable del crimen y que la voz de Satán volvía a hablarle al oído. Y vi la vida de usted amenazada. Sólo podría salvarse en el caso de que Cardillac recobrara las joyas. Crecía a cada instante el peligro. Entonces salí a encontrarla a usted en el Pont-Neuf, me acerqué a su coche y le eché por la ventanilla la carta, conjurándola a que devolviera sin demora a Cardillac el aderezo. Usted no compareció, y creció mi temor hasta la desesperación, cuando al día siguiente Cardillac estuvo hablando sin cesar de aquellas joyas preciosas que le habían obsesionado durante la noche. No hay duda de que se refería a las que estaban en manos de usted, y me pareció seguro que meditaba algún crimen para la noche inmediata. Mi deber era salvarla a usted, a toda costa. Cuando, después de la oración de la noche, el maestro se encerró como de costumbre, bajé por una ventana al patio, me escurrí a través de la parte movediza del murallón y me aposté no muy lejos, en el sitio más sombrío. No tardó en aparecer Cardillac, escurriéndose a lo largo de la calle, y yo seguí sus huellas. Iba en dirección a la calle de Saint Honoré… Yo sentía latir mi corazón. De pronto noté que Cardillac había desaparecido. Decidí apostarme a la puerta de su casa. Como otro día, cuando la casualidad me hizo espectador del asesinato cometido por Cardillac, veo ahora acercarse canturreando a un oficial, que pasa cerca, sin darse cuenta de mi presencia. Pero, en el mismo instante, una figura negra de un salto se echa encima de él. Es Cardillac. Intento evitar el crimen, dando voces, al tiempo que me acerco a ellos y me doy cuenta de que no es el oficial sino

Cardillac quien yace en la agonía. El oficial suelta el puñal, desenvaina la espada y se acerca a mí pronto a la lucha, creyéndome cómplice de Cardillac, pero no tarda en convencerse de que, sin hacerle caso, estoy examinando al herido, que tiene todavía un último aliento de vida. Después de apoderarme del puñal, me cargo el cuerpo a la espalda y con dificultad lo llevo hasta el taller, por el corredor secreto. Lo restante ya lo conoce usted, noble señora, y de todo ello puede deducir que mi único delito consiste en no haber delatado al padre de Madelon a los tribunales, dando así fin a sus fechorías… Estoy limpio de todo crimen sangriento y no hay tortura que fuera capaz de hacerme declarar los delitos de Cardillac. No quiero que, a despecho de la voluntad eterna que ha ocultado a la hija los hechos sangrientos del padre, sean éstos vengados revolviendo un cadáver que yace bajo tierra. No. Que la amada de mi alma me llore como caído sin culpa y el tiempo aliviará su pena; ¡pero esta pena sería invencible si ella llegara a enterarse de los actos abominables de un padre tan amado!

Calló Oliverio y brotó de sus ojos un torrente de lágrimas. Postrado delante de la Scudéry, le suplicó:

—Estoy seguro de que reconoce usted mi inocencia. Tenga piedad de mí, y dígame ahora qué es de Madelon.

La dama llamó a la Martiniére y al poco rato Madelon corría hacia Oliverio y le echaba los brazos al cuello.

—Estoy segura de que todo va bien, me lo dice el verte aquí, ya sabía yo que la más noble de las damas te salvaría.

No se cansaba Madelon de repetir estas palabras, y Oliverio olvidaba su desgracia y se sentía libre y venturoso, ajeno a todo lo que antes le amenazaba. Era conmovedor oírles contar lo que habían padecido el uno por el otro. Y volvían a abrazarse y lloraban del prodigio de verse de nuevo reunidos.

Si *Mademoiselle* de Scudéry no hubiera tenido ya antes el convencimiento de la inculpabilidad de Oliverio, se hubiera convencido ahora, al contemplarles en la bienaventuranza, unidas las almas, olvidando el mundo que les rodeaba, sus lástimas y sus penas inenarrables.

—¡No! —se decía—. Únicamente un corazón limpio es capaz de una felicidad tal en el olvido.

Los rayos del alba se quebraban en la ventana. Desgrais dio unos golpecitos a la puerta de la habitación para recordar a Brusson que era tiempo de que saliera con él, ya que a una hora más avanzada se expondrían a la pública curiosidad. Y los enamorados tuvieron que separarse.

Los presentimientos funestos que embargaban el ánimo de *Mademoiselle* de Scudéry desde la primera entrada de Oliverio en su morada, ahora tomaban cuerpo en forma pavorosa. Veía inocente al hijo de su querida Ana, y así y todo envuelto en un asunto a consecuencia del cual no era de pensar que pudiera salvarse de una muerte infamante. Y ella rendía homenaje al heroísmo del joven, que se resignaba a morir bajo el peso de delitos ajenos antes que descubrir un secreto cuya revelación

acarrearía la muerte de su adorada. En todo el reino de lo posible no halló ningún medio para substraer el pobre muchacho al severo tribunal. Tenía conciencia así y todo de que no debía ahorrar ningún sacrificio para evitar la injusticia que clamaba al cielo y estaba a punto de cumplirse. Imaginaba soluciones, planes, que rayaban en la quimera, y los desechaba luego con la misma prontitud con que los había concebido, y cada vez más se desvanecían las últimas sombras de esperanza. Pero la infantil confianza incondicional de Madelon, que la hacía hablar como una iluminada del amado que sería declarado inocente dentro de poco, y la abrazaría como esposa, renovaba la fe de *Mademoiselle* de Scudéry. Para hacer algo positivo escribió una extensa carta a La Regnie, en la que le decía que Oliverio Brusson le había manifestado de un modo que no dejaba lugar a dudas su completa inocencia en la muerte de Cardillac, y que únicamente la decisión heroica de que su secreto fuera enterrado con él le impedía confesar al tribunal lo que no solamente le libraría de la sospecha de que había asesinado a Cardillac, sino también de que perteneciera a la odiosa banda de criminales.

Mademoiselle de Scudéry había puesto en juego todo su caudal de pasión ardiente y de aguda elocuencia para ablandar el duro corazón de La Regnie, quien al cabo de pocas horas respondía a la carta con otra en la que le decía cómo se alegraba de que Oliverio Brusson se hubiera justificado plenamente cerca de su noble protectora. En cuanto a lo que se refería a la heroica decisión de llevarse a la tumba un secreto relacionado con el hecho en cuestión, lamentaba que la «Cámara Ardiente» no pudiera hacer honor a este silencio y antes bien procuraría romperlo con los medios más enérgicos. Así, pues, confiaba en que dentro del plazo de tres días estaría en posesión de dicho secreto, que aclararía los raros sucesos.

Mademoiselle de Scudéry no ignoraba lo que quería significar el terrible La Regnie al mencionar aquellos medios que quebrantarían el heroísmo de Brusson. Ya no cabía duda de que la tortura se celebraría en el desdichado. La Scudéry llegó, en medio de ansias mortales, a la decisión de que para dar tiempo al tiempo lo mejor era consultar a un abogado. A la sazón el más famoso de París era Pierre Arnaud d'Andilly. Sus profundos conocimientos y su perspectiva corrían parejas con su nobleza y su moral. *Mademoiselle* de Scudéry se dirigió a él y le expuso todo lo que era posible sin vulnerar el secreto de Brusson, creyendo que D'Andilly se interesaría por el inocente; pero vio defraudada su esperanza del modo más áspero. D'Andilly la había escuchado del principio al fin con mucha calma, y luego había dicho, con la sonrisa en los labios, plagiando a Boileau: *Le vrai peut quelquejois n'étre pas vraisemblable*.

Quiso demostrar a la Scudéry que las más sorprendentes razones de sospecha contra Brusson abonaban el proceder de La Regnie, quien, lejos de merecer el dictado de cruel y precipitado se portaba con perfecta legalidad; más todavía, no podía obrar de otra manera sin faltar a los deberes de un juez. Y él mismo, D'Andilly, no se arriesgaba, ni con la más brillante defensa, a salvar de la tortura al sospechoso. Esto

únicamente era posible al mismo Brusson, ya confesando sinceramente toda la verdad, ya al menos por medio del detallado informe de las circunstancias que rodeaban al asesinato de Cardillac. Sólo después de esto habría ocasión de intervenir favorablemente.

—Me postraré a los pies del Rey —dijo la de Scudéry—. Imploraré su perdón.

Estaba fuera de sí y el llanto medio ahogaba sus palabras.

—No lo haga —dijo el abogado—. ¡Por Dios no dé este paso, señora! Ahorre este desesperado recurso, pues si fracasara habría usted perdido para siempre el favor del Rey. Éste no indultará nunca a un reo de este tipo. Sería exponerse al más amargo reproche del pueblo. Queda la posibilidad de que Brusson halle manera de hacer olvidar la sospecha, sea descubriendo el secreto, sea en otra forma. Entonces se podría recurrir a la benevolencia real, porque el Rey podría justificar una clemencia razonable. De grado o por fuerza, *Mademoiselle* de Scudéry hubo de aceptar la opinión del experto D'Andilly. Cavilando entre penas y preguntándose en nombre de la Virgen y de los santos qué debía hacer para salvar al desdichado Oliverio, la encontró la noche en su habitación, cuando entró la Martiniére anunciando al conde de Miossens, coronel de la Guardia Real, que deseaba hablarle con urgencia.

—Perdone, señorita —dijo el visitante inclinándose con dignidad militar— si vengo a molestarla tan a destiempo. Nosotros, los soldados, somos así. Con unas pocas palabras me haré perdonar. Es Oliverio Brusson quien me delega.

La Scudéry, en la expectación de lo que le quedaba por saber, exclamó anhelante:

—¡Oliverio Brusson, el más desdichado de los hombres! ¿Qué tiene usted que ver con él?

—Ya sabía yo —dijo Miossens, sin dejar de sonreír— que el nombre de su protegido lograría que usted prestara oído a lo que vengo a decirle. No hay nadie que no esté convencido de la culpabilidad de Brusson. Usted señora, naturalmente, no participa de esta convicción y defiende la opinión contraria, la cual no tiene más apoyo que la protesta misma del acusado. Mi caso es muy distinto. Nadie puede estar enterado como yo de la inocencia de Brusson respecto a la muerte de Cardillac.

—¡Hable, hable pronto! —gritó la de Scudéry con la luz de la esperanza en los ojos.

—Soy yo —dijo Miossens recalcando sus palabras—, yo mismo, quien derribó al viejo orfebre en la calle de Saint Honoré.

—¡Válgame los santos!, ¿usted? ¿Ha dicho que usted mismo? —exclamó la dama.

—Y yo le aseguro, señora —prosiguió Miossens—, que estoy orgulloso de mi acto. Sepa que era Cardillac el malvado, el hipócrita bellaco, que al amparo de la noche asesinaba y robaba sin que nadie pudiera cazarle. Ni yo mismo sabría explicar cómo se despertó en mí la íntima sospecha contra el viejo villano cuando, mostrando una rara inquietud, me entregó el aderezo que le había encargado y quiso saber a quién lo destinaba, y luego sonsacó astutamente a mi ayuda de cámara a qué hora

solía yo hacer mis visitas a una determinada dama… De tiempo acá me había llamado la atención que las desdichadas víctimas de la más repugnante codicia presentaban todas una herida igual. Esto me llevó a la convicción de que al criminal le era familiar el golpe instantáneo y mortal de necesidad, y que contaba con ello. Si le fallaba el golpe, la lucha pasaba a ser de igual a igual, y esto me movió a precaverme en una forma tan sencilla que no comprendo cómo no se les ocurriera antes a otros que, como yo, se hubieran salvado del golpe. Me procuré una cota que me cubría el busto por debajo de la ropa, una coraza de acero. Cardillac me sorprendió por la espalda y me sujetó con una fuerza de titán; pero su bien dirigido puñal resbaló esta vez en el acero y en el mismo instante yo le clavé el puñal de que iba provisto.

—¿Y guardó silencio? ¿No denunció el caso a los tribunales?

—Permítame, señorita, que le haga notar —dijo Miossens— que semejante denuncia, si no me perdía inmediatamente, me hubiera enredado en el más abominable de los procesos. ¿Imagina usted que La Regnie, que husmea en todas partes el delito, me hubiera creído al acusar yo de criminal a Cardillac, considerado como modelo de probidad y de virtudes? ¿Qué hubiera sido de mí si la espada de la justicia se hubiese vuelto contra mi buena intención?

—¡Imposible! —exclamó la de Scudéry—. ¡Una persona de su linaje, de su cargo!…

—¡Ah! —prosiguió Miossens—, acordémonos del mariscal de Luxemburgo, a quien el capricho de hacerse echar el horóscopo por Le Sage le hizo sospechoso de ser envenenador y le llevó a la Bastilla. ¡No, por San Dionisio! No fío ni una hora de libertad ni la punta de mi oreja al fogoso La Regnie, el cual de buena gana nos degollaría a todos.

—Pero, en cambio —le interrumpió *Mademoiselle* de Scudéry—, empujáis hacia el cadalso al inocente Brusson.

— Inocente… —replicó Miossens— ¿llama usted inocente, al compañero del malvado Cardillac? ¿Al que le secundaba en sus fechorías? ¿Al que ha merecido la muerte cien veces? ¡Ah, no! Le aseguro mi noble señora, que su sangre no correrá injustamente. Si ahora le descubro las verdaderas circunstancias del caso es suponiendo que usted, sin ponerme en las manos de la «Cámara Ardiente», sabrá de un modo u otra sacar provecho de mi revelación en favor de su protegido.

Encantada la de Scudéry al ver tan decisivamente confirmado su convencimiento de la inocencia de Brusson, no tuvo reparo en confesar al Conde que ya conocía los crímenes de Cardillac, y todo lo sucedido, y a la vez instarle a que fuera con ella a hacer una visita a D’Andilly, a quien se proponía, bajo juramento de discreción, confesar toda la verdad. D’Andilly aconsejaría lo que convenía hacer.

Una vez la Scudéry hubo narrado los hechos a D’Andilly, éste quiso enterarse de los más insignificantes detalles. Muy en particular preguntó al conde Miossens si fue

Cardillac quien le atacó y si podría reconocer a Oliverio Brusson como al que se llevó a cuestas el herido.

—Además de haber reconocido muy bien al orfebre a la luz de la luna —respondió Miossens—, he visto también el puñal que hirió a Cardillac y que La Regnie tiene en su poder. Es el mío; se distingue por el fino labrado de la cruz. El joven se hallaba solamente a un paso, de modo que pude precisar cada uno de sus rasgos, pues había perdido el sombrero. En fin le reconocería al punto si le viera.

D'Andilly callaba con la mirada fija en el pavimento. Luego dijo:

—Si seguimos los procedimientos legales es evidente que Brusson no podrá escapar de las manos del verdugo. Por respeto a Madelon no quiere delatar a su padre como asesino. Y más vale que no declare, porque aun suponiendo que llegara a probarlo revelando el sitio de la salida secreta, y aunque el tesoro de joyas volviera a las manos que las pagaron, esto mismo le llevaría a la muerte por complicidad. Y sucedería lo mismo si el conde Miossens explicara a los jueces el suceso en que pereció el orfebre.

El conde Miossens —opinó— debe dirigirse a la «Conciergerie», pide una entrevista con Oliverio Brusson y reconoce en él a la persona que se llevó el cuerpo de Cardillac. Va luego a encontrar a La Regnie, y le expone: «En la calle de Saint Honoré vi a un hombre que caía al suelo herido de muerte violenta. Yo estaba en pie muy cerca del cadáver cuando otro hombre acudió de pronto, se inclinó y cargó sobre su espalda el cuerpo, al ver que todavía estaba vivo. He reconocido aquel hombre en Oliverio Brusson». El relato da lugar a un nuevo interrogatorio a Brusson, y a una entrevista con Miossens. Resumiendo, se aplazan las torturas, y siguen las indagaciones. Es la hora oportuna para presentarse al Rey. A la clarividencia de usted, señora, a su agudeza de espíritu queda confiada la realización de esta parte del programa. Yo estimo que sería oportuno descubrir al Rey todo el secreto. La declaración del conde Miossens vendría a reforzar las de Oliverio Brusson. Las investigaciones privadas en la casa de Cardillac no serían tampoco estériles. No una sentencia, sino una decisión del mismo Rey, dictada por una voz interior, ha de constituir la base para que donde el juez debe castigar dicte el fallo la clemencia.

Siguió puntualmente Miossens lo que D'Andilly había aconsejado y sucedió en realidad lo que éste preveía. Ahora llegaba el momento de acudir al Rey, y éste era el punto más difícil, ya que el monarca sentía contra Brusson tal repugnancia, que le consideraba el ladrón y asesino abominable que tanto tiempo tuvo en la angustia a todo París, y en cuanto se le recordaba aquel ruidoso proceso, su cólera no tenía límites. La Maintenon, fiel a su principio de no hablar al Rey de cosas desagradables, se negó a toda mediación, de modo que el destino de Oliverio quedó en manos de *Mademoiselle* de Scudéry. Tras largas meditaciones ésta tomó una decisión. Se puso un vestido de seda negro, se adornó con el rico aderezo labrado por Cardillac, se cubrió con un velo igualmente negro y así se presentó en las habitaciones de la Maintenon, precisamente a la hora en que el Rey solía estar allí. La noble figura de la

dama, a quien todos honraban, era de una majestad que no podía menos que despertar profundo respeto aun entre el público distraído, acostumbrado a frecuentar antesalas. Todos le abrieron paso, y el mismo Rey se levantó admirado y se acercó a ella. Las luces de los ricos diamantes de la gargantilla y de los brazaletes parecían deslumbrarle.

—¡Virgen santa! —exclamó—. ¡Éstas deben ser las joyas de Cardillac!

Y, dirigiéndose luego a la Maintenon, añadió con una sonrisa amable:

—Vea, señora marquesa, lo bien que le sienta a nuestra hermosa novia el luto por su prometido.

—Señor —replicó la Scudéry, como si siguiera la broma—. No le sentaría a una novia apenada un atavío tan brillante. No; nada tengo que ver con el orfebre y no me acordaría más de él, a no ser porque vuelve y vuelve a mi mente la visión horrible de su cuerpo muerto a mano airada.

—¿Cómo?… ¿Vio usted al pobre diablo asesinado?

En pocas palabras la Scudéry describió, sin mencionar para nada a Brusson, cómo la casualidad la había llevado frente a la casa de Cardillac, precisamente a poco de haber sido descubierto el atentado. Habló del dolor loco de Madelon, de la profunda impresión que le produjo la actitud de aquella criatura angelical y cómo salvó a la desdichada de las manos de Desgrais, entre los alaridos de aprobación de la gente. Pintó a lo vivo y con creciente pasión las escenas con La Regnie, con Desgrais, con el mismo Brusson. Transportado por el vigor vital que ardía en la descripción de la Scudéry, el Rey no se acordaba ya de que el tema en cuestión era el odioso proceso del abominable Brusson, y sin contestar palabra alguna sólo desahogaba en exclamaciones entrecortadas su íntima emoción. Y antes de que tuviera tiempo de reflexionar sobre lo inaudito que acababa de escuchar, incapaz de poner en orden las ideas, la Scudéry se había echado ya a sus pies implorando clemencia para Oliverio.

—¡En qué raro asunto se ha metido, señorita! —exclamó el Rey, invitándola a que se sentara—. ¡No salgo de mi sorpresa! ¡Qué horrible historia! ¿Quién puede demostrar la verdad de este espantoso relato de Brusson?…

—¿No bastan —prorrumpió la Scudéry— el relato de Miossens, las indagaciones en la casa de Cardillac, y el íntimo convencimiento y la pureza de alma de Madelon, que han suscitado igual virtud en el desdichado Brusson?

El Rey, que iba a contestar, volvió la cabeza al oír un ruido en la puerta. Louvois, que trabajaba en la sala inmediata, le miró intrigado. El Rey se levantó y siguiendo a Louvois salió de la habitación. La Scudéry y la marquesa de Maintenon consideraron peligrosa esta interrupción porque el Rey podía haber sido sorprendido y se guardaría de caer por segunda vez en la trampa. Pero al cabo de unos minutos compareció de nuevo el Rey, paseó nerviosamente por la sala, y con los brazos cruzados a la espalda se puso delante de la dama y dijo en voz baja, sin mirarla:

—Quisiera ver a Madelon

—… Señor —respondió la de Scudéry—, ¡con qué gracia colmáis a la pobre criatura! Dichosa acudirá a postrarse a vuestros pies.

Y con estas palabras, tan ágil cuanto sus envaradas faldas le permitían, se asomó a la puerta para anunciar que el Rey se dignaba recibir a Madelon Cardillac. Presintiendo esta gracia, *Mademoiselle* de Scudéry había venido con Madelon, que esperaba al lado de la camarera de la Marquesa, con un breve memorial en las manos dictado por D'Andilly. Al poco rato estaba a los pies del Rey. El miedo y la consternación, el tímido respeto, el amor y la pena nacían bullir la sangre en todas las venas de la desdichada y sus mejillas se teñían de púrpura. Como perlas rodaban las lágrimas desde sus sedosas pestañas hasta su pecho terso como los lirios. Ante la imponderable belleza de aquella criatura angelical, el Rey parecía asombrado. La levantó con delicadeza y luego hizo un movimiento como si fuera a besar la mano que tenía entre las suyas. Se apartó y contempló a la graciosa criatura, cuya mirada brillante de lágrimas delataba la más profunda emoción.

—¿No tiene un parecido sorprendente con La Valliére esta muchacha? —susurró la Maintenon al oído de *Mademoiselle* de Scudéry—. El Rey saborea dulces recuerdos. Ha ganado usted la partida.

Por mucho que la Maintenon procurara hablar en voz baja, el Rey pareció haberla oído; la sangre le había subido a la cara, su mirada era vaga, y una vez leída la súplica que Madelon le presentaba dijo en tono benévolo:

—Quiero creer que tú, amable criatura, estás convencida de la inculpabilidad de tu amado, pero no desoigamos lo que opina sobre este punto la «Cámara Ardiente».

Y con un leve movimiento de la mano despidió a la que se deshacía en lágrimas. *Mademoiselle* de Scudéry se dio cuenta con zozobra de que el recuerdo de La Valliére había hecho mella en su juicio, por insignificante que aquel nombre pareciera de pronto en labios de la Maintenon. ¿Sacrificaría en aras de la belleza, o bien le sucedía lo que al despertado bruscamente de un sueño, al ver desvanecidas las formas mágicas que creyó reales? Tal vez no veía ahora a su La Valliére, sino a Sor Luisa de la Misericordia, el nombre nostálgico que ésta llevaba en el convento de carmelitas. Lo único que quedaba a su alcance era esperar con calma las decisiones del Rey.

Entretanto se había hecho pública la declaración del conde Miossens ante la «Cámara Ardiente». Como la gente es propensa a dejarse llevar con facilidad de un extremo a otro, el mismo a quien maldecían como al más temible de los criminales, y al que amenazaban con despedazar antes que llegara al cadalso, era ahora considerado como una víctima inocente de una bárbara justicia. Los vecinos no se acordaban hasta ahora de su conducta virtuosa, de su gran amor a Madelon, de su fidelidad y de su abnegación total para con el viejo orfebre. Agrupábanse con frecuencia al pie del palacio de La Regnie, dando voces:

—¡Devuélvenos a Oliverio Brusson! ¡Es inocente!

Y apedreaban las ventanas, obligando a La Regnie a buscar el amparo de la «Maréchaussée» para que le librara de las iras del pueblo.

Pasaron días sin que la Scudéry tuviera la menor noticia del proceso. Acudió desesperada a la Maintenon, que le dijo que el Rey guardaba silencio sobre el asunto y que no era aconsejable recordárselo. Al preguntar la Maintenon, con una sonrisa singular a la Scudéry qué se había hecho de la Villiére, la dama se convenció de que en lo más íntimo de la orgullosa mujer se agitaba un enojo por determinadas circunstancias que pudieran transportar al sentimental monarca a un terreno en el cual ella no dominaba. No podría contar, pues, con la Maintenon.

Finalmente, con la ayuda de D'Andilly, logró sacar en claro que el Rey había tenido una larga entrevista privada con el conde Miossens y también que, poco después, Bontems, el ayuda de cámara en quien el Rey tenía mayor confianza y en cuyas manos ponía importantes encargos, había estado en la «Conciergerie» para hablar con Brusson y, finalmente, que el mismo Bontems, en compañía de otras personas, había entrado en la casa de Cardillac y permanecido en ella largo rato. Claudio Patru, inquilino del piso bajo, aseguraba que durante toda aquella noche oyó rumores, y que seguramente Oliverio estaba entre los reunidos, pues había reconocido perfectamente su voz. Era evidente que el mismo Rey había ordenado unas investigaciones para coordinar las circunstancias del asunto, pero resultaba incomprensible la tardanza de la decisión. La Regnie procuraría por todos los medios no soltar la presa que tenía entre los dientes, y esta disposición echaba a perder en germen toda esperanza.

Había pasado alrededor de un mes cuando la Maintenon mandó citar a *Mademoiselle* Scudéry, anunciándole que el Rey deseaba verla en sus habitaciones.

La dama sentía hasta la garganta los latidos del corazón, y sabía que iba a decidirse la suerte de Oliverio. Así se lo comunicó a Madelon, que rezaba fervorosamente a la Virgen y a los santos para que se dignaran despertar en el Rey el convencimiento de la inocencia de Oliverio.

Pero el Rey parecía haber olvidado el asunto y, como tantas veces, se entretenía en animados diálogos con la Maintenon y *Mademoiselle* de Scudéry, y no soltaba siquiera una palabra que hiciera referencia al pobre Brusson. Por fin, compareció Bontems, se acercó al Rey y le comunicó algo en voz tan baja que las dos damas no se enteraron de nada. La Scudéry estaba inquieta. El Rey se levantó, se acercó a ella y brillándole los ojos le habló así:

—La felicito, señorita; su protegido, Oliverio Brusson, está en libertad.

Derramando lágrimas, incapaz de formular una frase, *Mademoiselle* de Scudéry quiso echarse a los pies del Rey, que se lo impidió.

—¡Vaya, vaya, señorita! Haría usted buen papel como abogado y me gustaría que patrocinara usted mis pleitos. Por San Dionisio, que nadie en la Tierra resistiría a su elocuencia. Pero —prosiguió con mayor seriedad— ¿quién no saldría sano y salvo de cualquiera acusación ante la «Cámara Ardiente» o ante todos los tribunales del mundo si lo tomase bajo su amparo la virtud personificada?

Por fin *Mademoiselle* de Scudéry recobró el habla y se prodigó en ardientes protestas de gratitud. El Rey la interrumpió para advertirle que en su propia casa la estaba esperando un agradecimiento mayor todavía que el que pudiera exigirle él, ya que seguramente en aquellos momentos el feliz Oliverio estaba abrazando ya a su Madelon.

—Bontems —concluyó el Rey— le dará mil luises, que en mi nombre entregará usted a la muchacha como dote. Que su Brusson, que no merece tanta felicidad, se case con ella; pero luego que abandonen París. Ésta es mi voluntad.

* * *

La Martiniére salió a recibir a su ama con apresurados pasos, y detrás de ella Bautista, radiantes de gozo los dos, y dando voces de júbilo:

—¡Aquí está! ¡Libre! ¡Qué buena pareja!

Oliverio y Madelon se echaron a los pies de *Mademoiselle* de Scudéry.

—Me decía el corazón que usted, y sólo usted, podía salvar a mi novio —exclamaba Madelon.

—La fe en usted, madre mía, estuvo siempre arraigada en mi alma, a pesar de todo —exclamaba Oliverio; y ambos besaban las manos a la dignísima dama derramando cálidas lágrimas. Y volvían a los abrazos y hacían protestas de que el gozo más que terrenal de aquellos momentos les compensaba de las penas indecibles de los días pasados, y juraron no separarse nunca el uno del otro hasta que les llegara la muerte.

Al cabo de pocos días se celebró su unión ante el altar. Aun cuando la voluntad del Rey no hubiera sido ésta, Oliverio había pensado abandonar París, donde todo le recordaba la época horrible de las fechorías de Cardillac y donde una casualidad cualquiera podía revelar el secreto, ahora en poder de varias personas, y malignamente destruir para siempre la felicidad de su vida. Inmediatamente después de la boda salieron para Ginebra, acompañados de las bendiciones de la Scudéry. Allí, ricamente instalado con el dote de Madelon, y poseedor Oliverio de una rara destreza en su oficio, así como de las virtudes que hacen el buen ciudadano, su vida transcurrió felizmente y sin angustias. Vio cumplidas las esperanzas que su padre había visto frustradas, hasta que la muerte le alcanzó.

Al cabo de un año de haber salido Brusson de París, apareció una declaración pública, firmada por Harlay de Chauvelon, arzobispo de París, y por el abogado del Parlamento, Pierre Arnaud d’Andilly. Explicaba su contenido cómo un pecador arrepentido, bajo secreto de confesión, entregaba a la Iglesia un rico tesoro de joyas robadas. Todos aquellos que hasta el fin del año 1680, y señaladamente por medio de asalto criminal en la vía pública, hubieran sido desposeídos de alguna joya, debían presentarse en el despacho de D’Andilly, y en el caso de que la descripción que hicieran del objeto que les había sido robado coincidiera exactamente con la alhaja

recobrada, y si no cabía duda respecto a la legitimidad de la reclamación, le sería devuelta. Muchos que figuraban en la lista de Cardillac no como asesinados, sino aturdidos únicamente por la agresión del alucinado orfebre, se presentaron un día tras otro al abogado del Parlamento, y no sin sorpresa recobraron las joyas que les habían sido robadas. El resto pasó al tesoro de la iglesia de San Eustaquio.

ANTONIA CANTA

Aquella noche, los miembros del regocijado Club Serapion habían comparecido puntualmente en casa de Teodoro. El viento invernal corría en anchas ráfagas, se retorcía en torbellino y con lágrimas de nieve atizaba los cristales mal asegurados en sus ribeteadas emplomaduras. Menos mal que resplandecía en la habitación, debajo del revellín de la vieja chimenea, una ancha solera de brasas; su cálida luz acariciaba con innumerables reflejos los muebles severos de obscuro color que contrastaban con la rebosante alegría de sus dueños. Pronto humean las pipas y los reunidos se colocan, en orden de edad, alrededor de la vasija del ponche de la amistad, lamida por las llamas. No falta nadie. El decano tiene allí a todos sus invitados. La copa de Bohemia se llena y pasa de mano en mano, la conversación agota sus recursos y se renuevan de cabo a cabo de la velada el ponche y las anécdotas, hasta que, exaltadas las imaginaciones, llegan a las zonas más elevadas de la excentricidad.

—Querido Teodoro —exclama de pronto uno de los reunidos, jovial vividor—, la conversación va a decaer si tú no la atizas con una de tus historias, pero algo raro, ¿me entiendes?, algo que sea al mismo tiempo sentimental, fantástico y antinarcótico.

—Brindemos —dice Teodoro— y voy a complaceros. Se trata de una anécdota, no poco chocante, de la vida del consejero Krespel. Ese digno personaje, que ha existido como vosotros y como yo, era, no hay duda, el hombre más singular que en todos los días de mi vida haya visto. Llegaba yo a las aulas de la Universidad de H… con el propósito de cursar Filosofía, cuando corrían de boca en boca por allí las particularidades del consejero Krespel. ¡Qué hombre más desconcertante! Sabed, por otra parte, que el consejero Krespel gozaba en aquella época de una reputación excepcional como sabio jurista y por su destreza como diplomático.

Uno de los pequeños príncipes que reinaban a la sazón en Alemania, hombre cuya vanidad excedía todo límite, le había llamado a su residencia para confiarle la redacción de una memoria con vistas a justificar sus derechos sobre cierto territorio lindante con sus estados que estaba dispuesto a reclamar ante la corte imperial. Tan buen éxito tuvo el asunto que el Príncipe juró, en medio de su regocijo, conceder en recompensa a su favorito lo que más deseara, por exorbitante que fuera. El honrado Krespel, que se había pasado toda la vida lamentándose de no tener casa a su gusto, quiso que le construyeran una a su capricho, pagando el Príncipe, desde luego. El Serenísimo había llevado la generosidad a adquirir también a su costa el terreno que el Consejero indicara. Pero éste se contentó con un jardín, no muy extenso, a las puertas de su residencia, en un sitio de lo más pintoresco.

Desde aquel momento Krespel no descansó; intervino en el acarreo de los materiales de construcción, y él en persona, cubierto de una extravagante

indumentaria de confección propia, un día tras otro desleía la cal, cribaba la arena y ponía en hilera los ladrillos.

Para nada se le ocurrió llamar a un arquitecto, ni parece que se preocupara por tener un plano. Amaneció un día, y el hombre se llegó a la ciudad de M… para elegir un maestro albañil experto, y le rogó que desde el día siguiente mandara a su jardín el número de jornaleros suficiente para construir su casa. El maestro albañil, que intentaba regateos a propósito de la dirección de la mano de obra, veía visiones cuando Krespel le aseguró, muy formal, que holgaban las prevenciones y que todo se arreglaría sin disputa, porque no había dificultad, ni podría haber divergencia ninguna. Cuando el maestro constructor llegó al sitio indicado con sus hombres, vio abierta una zanja en forma de cuadrado regular; y Krespel le dijo:

—Aquí deben echarse los cimientos de mi casa; y luego levantad las cuatro paredes del recinto; levantad hasta que yo os diga: «Basta».

—Pero… ¿sin puertas, ni ventanas, ni tabiques?… ¿Lo ha pensado usted bien? —exclamaba el albañil, mirando a Krespel como se mira a un loco.

—Ea, buen hombre, limítese a cumplir lo que le pido —respondió el Consejero con frialdad—. Cada cosa en su tiempo.

La certeza de que le pagarían generosamente decidió al albañil a emprender la construcción que tan absurda le parecía. Con alegre presteza se pusieron a la tarea los jornaleros, calentándose la garganta a costas del propietario, trabajando incansables día y noche, y comiendo y bebiendo a su sabor a expensas del Consejero, que estaba siempre vigilando. Las cuatro paredes subían, subían, hasta que una mañana Krespel dijo a los obreros: —¡Basta!—. Obedecieron ellos al unísono como verdaderos autómatas, y bajando de los andamios fueron a alinearse en círculo alrededor de Krespel, y se quedaron mirándole con aire zumbón como diciendo: «Y ahora, maestro, ¿qué vamos a hacer?».

—¡Sitio! ¡Dejen pasar! —exclamó el Consejero, al cabo de una pausa de reflexión.

Corrió inmediatamente hacia un extremo del jardín, inclinó la cabeza con gesto de descontento, volvió luego a pasos contados hasta llegar al pie de sus cuatro paredes, y repitió la pantomima a cada lado del recinto hasta que, de improviso, como al empuje de una idea luminosa, agachó la cabeza y se fue hacia un punto de la pared, gritando con todas sus fuerzas:

—¡A mí, a mí, muchachos! ¡Coged los azadones y abridme aquí una puerta!

Y luego se puso a dibujarla con tiza en la pared, en sus exactas dimensiones. Fue cosa de unos momentos. Entró por ella en la casa, y sonreía como encantado de su obra maestra. Pero el patrón albañil le hizo presente que la altura de las paredes no pasaba de la de una casa de dos pisos. Circulaba Krespel, seguido de los trabajadores armados de martillos y azadas. Estaba en todo: medía, calculaba, daba órdenes:

—Aquí una ventana, seis pies de altura, cuatro de ancho… Aquí una muy pequeña; tres pies de alto, dos de ancho…

Y la palabra se convertía inmediatamente en obra.

Ahora bien, amigos míos, en el pleno de este incidente del cual hablaban todos, llegaba yo a H… y en realidad nada he visto tan regocijante como los centenares de mirones que apretaban las narices contra la verja del jardín de Krespel, y que vitoreaban cada vez que se desprendía una piedra o que se abría en la pared, como por ensalmo, otra ventana. Por el mismo estilo fueron ejecutados los trabajos restantes de la famosa construcción, sin que les precediera un plan o un razonamiento, a medida de las corazonadas de maese Krespel. La chispeante singularidad de la empresa, el íntimo convencimiento de que todo saldría a medida de las mejores esperanzas, y por encima de todo la generosidad del consejero Krespel, mantenían despierto el afán de sus obreros, gracias a cuya actividad constante la casa quedó pronto terminada. Por fuera presentaba la más rara irregularidad, ya que ninguna ventana se parecía a la otra y cada uno de sus detalles se desentendía de los restantes; vista por dentro era, en verdad, la más cómoda de todas las habitaciones imaginables, y hube de reconocerlo yo mismo cuando, al cabo de unos días de alternar con él, maese Krespel me hizo los honores de su nueva estancia. Puso remate a su originalidad con un convite de ceremonia, al que únicamente fueron admitidos los varios tipos de obreros que habían colaborado en la edificación. Este convite debió de ofrecer el más original de los cuadros. En él devoraron los platos más rebuscados unas bocas no acostumbradas a apreciar tales refinamientos. De sobremesa, las esposas y las hijas de aquella buena gente improvisaron un baile, en el cual no dejó de participar el señor Krespel. Cuando las piernas empezaron a flaquearle echó mano a un violín, y se divirtió viendo brincar a sus convidados como verdaderos títeres, hasta que lució la aurora.

Un martes, di con el señor Krespel en casa del profesor M… Figura más extraña que la de Krespel aquella noche no creo haberla visto en mi vida. Cada uno de sus movimientos llevaba impreso una torpeza tal, que me tenía con el alma en un hilo, esperando de un momento a otro cualquier percance. Pero según parece los anfitriones ya estaban familiarizados con sus cosas, y el ama de la casa no parecía extrañarse en lo más mínimo al verle tan pronto agitado cerca de un grupo de porcelana china como balanceando las piernas delante de un espejo, como agitando los puños bordados mientras hacía prestidigitación a base de unas piezas de cristal, a las que hacía dar vueltas una tras otra a la luz de las velas. El cuadro cambió durante la cena. Krespel había pasado de la curiosidad a la charla más viva; saltaba sin cesar de una idea a otra, y de todo hablaba, voluble y con una voz alternativamente quejumbrosa, velada, decidida o lánguida. Se habló de música y de un compositor que se había puesto de moda. Krespel sonreía y dijo por fin con un acento sibilante:

—¡Quisiera que cien millones de diablos se llevaran al fondo del infierno a ese musicastro!

Pero de pronto prorrumpió con voz de trueno:

—¡Es un serafín en la armonización! ¡Es el genio del canto!

Al decirlo se le empañaban los ojos de lágrimas furtivas. Para no tacharle de loco, más bien que distraído, convenía recordar que una hora antes había hablado con entusiasmo de una cantante célebre. Al ser servido un plato de liebre, Krespel puso aparte los huesos y reclamó las patas, que la hija del Profesor, una encantadora niña de cinco años, le trajo alegremente al cabo de unos momentos. Los chicos de aquel hogar parecían sentir un gran cariño por el Consejero, y no tardé en descubrir el motivo cuando después de la cena vi a Krespel sacar del bolsillo una caja que contenía un torno de acero, con el cual empezó a moldear los huesos de la liebre en forma de una serie de juguetes minúsculos, que sus amiguitos, rodeándole a tres pasos, se repartieron entre gritos de júbilo.

De pronto, a la sobrina del Profesor se le ocurrió preguntar:

—¿Y qué se ha hecho, querido señor Krespel, de nuestra buena Antonia?

El Consejero puso la misma cara que un goloso que ha mordido en una naranja agria. En una súbita mueca sus facciones se obscurecieron, y tenía un aspecto muy desagradable cuando respondió entre dientes:

—¿Nuestra… nuestra querida Antonia…?

El Profesor, que se dio cuenta del efecto que la desgraciada pregunta había causado, dirigió a su sobrina una mirada de reconvención, y como para distraer al malhumorado Krespel, le preguntó, animadamente:

—¿Cómo van los violines? —al tiempo que estrechaba amistosamente las manos de su invitado.

Desaparecieron las arrugas en el rostro de Krespel:

—Inmejorablemente, querido Profesor. Me he puesto ya a desmontar el célebre Amati, el violín que he adquirido hace poco por una feliz casualidad. Espero que Antonia pondrá lo restante.

—Antonia es una criatura que merece todo cariño —repuso el Profesor.

—Es cierto, ¡como un ángel! —exclamó Krespel, sollozando. Y cogiendo bastón y sombrero salió precipitadamente, con todas las apariencias de un hombre desolado.

Esta rareza me impresionó y pedí al Profesor algunos detalles acerca de la historia del Consejero.

—¡Ah! —me dijo—. ¡Es un hombre muy raro! Es tan diestro en construir un violín como hábil en redactar un escrito. Una vez ha dado el último toque al violín lo prueba durante una hora o dos, arrancando de él una música que deleita el oído; lo cuelga luego al lado de los otros, y allí queda. Si acaso tiene noticia del violín de un ejecutante célebre, lo adquiere, lo toca una sola vez, lo desmonta pieza por pieza y echa los fragmentos en un arca, que ya tiene casi colmada.

—Pero ¿en qué relaciones está con Antonia? —pregunté con impaciencia.

Y el Profesor me respondió con gravedad:

—El Consejero vivía años atrás en una casa aislada de la calle X…, con una anciana ama de llaves. Lo raro de sus costumbres excitó la curiosidad del vecindario, y él, para desmentirlos, podríamos decir, se puso a cultivar el trato de algunos

conocidos, y se le vio en los salones, donde se captó muchas simpatías por su inesperada amabilidad. Le creían soltero, y no hablaba nunca de su familia. Más adelante se ausentó durante unos meses. El día de su regreso se notó en la casa el reflejo de una iluminación insólita, y pronto una voz femenina encantadora mezclaba sus acordes a los del acompañamiento de clavicordio y violín vigorosamente pulsado. Se paraban en la calle los transeúntes, y los vecinos escuchaban asomados a las ventanas aquella música y aquellos cantos que brotaban en el encanto silencioso de la noche. Serían las doce cuando cesó el canto; fue entonces la voz del Consejero la que se impuso, ruda y autoritaria, alternando con otra voz masculina, que parecía hacerle cargos. De vez en cuando interrumpían la discusión los lamentos de una joven. Un grito penetrante de ésta puso fin a la crisis; pero se oyó todavía en la escalera un ruido singular, como de cuerpos que chocan, y salió un joven de la casa, llorando, precipitándose hacia una silla de posta que le esperaba a pocos pasos, y todo volvió a quedar en silencio.

Los curiosos se preguntaban qué secreto se encerraría en aquella dramática escena. Al día siguiente Krespel estaba tranquilo y sereno, como de ordinario, y nadie se atrevía a interrogarle; pero el ama de llaves no pudo resistir a la tentación de decir al oído a quien quisiera escucharla, que el señor Consejero había llegado del viaje con una joven que era una hermosura y se llamaba Antonia. Había más. Un joven perdidamente enamorado de Antonia les había seguido en el viaje y luego hasta la casa, y había sido necesario para echarle que el Consejero pusiera en juego todo su caudal de indignación. En cuanto a las relaciones entre Antonia y el señor Consejero, la anciana las ignoraba. De todos modos no supo callar que el señor Krespel tenía a la joven odiosamente secuestrada, que no cesaba de vigilarla y que ni siquiera le permitía la distracción de cantar acompañándose al clavicordio.

Una sola vez se la había oído cantar, y este recuerdo se convirtió en leyenda del barrio, aureolada de maravilla, pretendiendo que Antonia era una cantante única y que ninguna otra de las que se presentan en escena la superaría jamás.

Me causó tal impresión lo que el Profesor me contaba, imperaba en mis sueños con tal fuerza, que, locamente enamorado, no pensé más que en los recursos de que me valdría para entrar en la casa de Krespel, ver a la misteriosa Antonia, y después de jurarle amor eterno, sustraerla a su tirano. En perjuicio de mi novela, las cosas tomaron un rumbo muy pacífico. Apenas hube hablado un par de veces con el Consejero en casuales encuentros y halagado su manía hablándole de violines, él mismo me invitó a que le hiciera una visita en su casa.

Dios sabe lo que sentí. Fue como si se me abrieran las puertas del cielo. El señor Krespel sometió a mi examen todos y cada uno de sus violines, y me hizo observar los más mínimos detalles. ¡Y los violines eran más de treinta! Había uno de muy vieja hechura, colgado a mayor altura que los otros y adornado de una corona de flores. Me aseguró Krespel que se trataba de la obra maestra de un constructor de nombre

desconocido y que sus notas tenían sobre los sentidos un poder magnético irresistible, obligando al sonámbulo a revelar los más secretos pensamientos.

—No me he sentido nunca con arrestos —me decía— para desmontar ese violín y estudiar su estructura. Es como si encerrara una vida de la cual yo sería como el asesino. Bien pocas veces he tocado en él, y únicamente para mi Antonia, que experimenta al oírlo las más dulces sensaciones.

Recorrió mis venas el escalofrío del misterio, pensando en Antonia.

—Mi buen señor Consejero —le dije, con el acento de la más amable insinuación —, ¿no me haría usted el favor de tocarlo para mí unos instantes?

Krespel se revistió de ironía, y con voz nasal, apoyando en cada sílaba, me respondió:

—No, mi buen señor estudiante.

Su actitud me desconcertó y no supe qué replicarle. Entre tanto Krespel persistía en enseñarme las curiosidades de su colección.

A punto de despedirnos, sacó de un cofrecillo un papel plegado y me lo dio, diciendo en tono casi solemne:

—Joven, es usted amante de las artes; acepte lo que le doy, como precioso recuerdo.

Y sin esperar la respuesta me empujó suavemente en dirección al umbral y me cerró la puerta en las narices. Desplegado el papel, vi que contenía el cabo de una cuerda quinta y esta inscripción: «Fragmento de la cuerda quinta que el divino Stamitz había puesto a su violín cuando dio su último concierto». A pesar de la despedida algo extravagante con que me había obsequiado el Consejero, no supe resistir al deseo de volver a su casa, y estuve acertado; en el momento en que llegué, Antonia, al lado de Krespel, se ocupaba en ordenar las piezas de un violín que él desmontaba. Era una joven extremadamente pálida, que un soplo de aire hubiera ruborizado y que apagado el rubor volvía a una blancura y a una frialdad de alabastro. Me sorprendió notar aquel día en Krespel una naturalidad y una cordialidad que contrastaban vivamente con los celos tiránicos de que el Profesor me había hablado. Conversé particularmente con Antonia delante de él, sin que demostrara desagrado. Desde aquel día mis visitas fueron frecuentes y bien acogidas, hasta llegar a la franca y amable intimidad, a despecho de los chismosos, que en todo buscan pretexto para urdir sus malicias.

Las raras ocurrencias de Krespel me divertían, pero me es forzoso confesar que el imán que me atraía a la casa era Antonia, y que únicamente por consideración a ella toleraba yo el carácter de Krespel, que a momentos resultaba francamente insoportable. Cada vez que yo llevaba la conversación al tema musical, se ponía como un gato enfurecido, y quieras que no debía darle la razón en cuanto dijera, y salir con las orejas gachas.

Una noche le encontré de un humor muy feliz; había descubierto en su viejo violín de Cremona un secreto que importaba mucho al arte. Aprovechándome de

aquellos momentos de viva satisfacción, logré por fin que hablara de música. Pusimos en tela de juicio el talento fanfarrón de una caterva de virtuosos, a quienes la masa admiraba. Krespel reía mis agudezas y Antonia fijaba en los míos sus grandes ojos.

—¿No es cierto —le dije— que ni para el canto ni para el acompañamiento sigue usted el ejemplo de ninguno de nuestros pretendidos vencedores de dificultades?

Las mejillas pálidas de la muchacha se bañaron de un delicado tinte encarnado, y como si algo electrizante hubiera recorrido todo su ser, abrió los labios. ¡Iba a cantar! Inmediatamente, Krespel, empujándola hacia atrás, y cogiéndome a mí por un hombro, me gritó en voz estridente:

—¡Caballero! ¡Caballerito…!

Y volviendo a los modales ceremoniosos de otras veces, añadió:

—Soy demasiado cortés todavía, mi querido señor estudiante, para rogar al diablo que le rompa la crisma; pero, como usted ve, bastan las tinieblas que reinan afuera para que pueda rompérsela sin que yo me moleste en hacerlo echándole escalera abajo. Así, pues, hágame un favor: vuelva al sitio de donde ha venido, y conserve un buen recuerdo de su amigo, si… entiéndame… si por acaso no le encuentra usted en casa otra vez.

Diciendo esto me abrazó como en la primera visita y me puso fuera, sin que yo pudiera dirigir a Antonia una sola mirada de adiós.

El Profesor no dejó perder la ocasión de hacer burla de mí. Me dijo y repitió que mi nombre quedaba borrado para siempre de los libros del Consejero. Poco a poco, la ausencia y el alejamiento atenuaron la violencia de la pena que me tenía con la muerte en el alma. La figura de Antonia y la idea de aquel canto del cielo que no me había sido posible oír se borraban, se velaban tenuemente con las misteriosas tintas de un sueño abismado en el fondo de mi alma.

Dos años después estaba yo de viaje por el sur de Alemania. Mi itinerario me llevaba a cruzar la ciudad de H… Una sensación de congoja me oprimía el pecho a medida que me acercaba a aquella ciudad. Anochecía y se destacaban en el horizonte los campanarios, envueltos en la bruma que precede a la noche cerrada. De pronto me faltó el aire, y hube de decidirme a bajar del carruaje y seguir la carretera andando, y aquella sensación adquiría cada vez un carácter más extraño. Creía oír en el espacio los acentos de un canto dulce y fantástico; distinguía unas voces que salmodiaban.

—¿Qué será? ¿Qué será? —grité para mí mismo con un acento de temor que llamó la atención de otro caminante que acertaba a pasar.

—¿No ve usted allá a la izquierda el cementerio? —dijo el hombre—. Acaban de enterrar a alguien.

En esto, la carretera en pendiente dominaba el cementerio y vi efectivamente que acababan de echar las últimas paletadas de tierra a una fosa. Descorazonado, se me antojó que en aquella sepultura se encerraba toda una vida de felicidad y de esperanza. Cerca de las primeras casas de la ciudad encontré al profesor M. apoyado

en el brazo de su sobrina; volvían ambos de la lúgubre ceremonia; pasaron cerca de mí sin verme y me di cuenta de que la joven estaba llorando.

Me fue imposible frenar la impaciencia que me devoraba. Mandé a un lacayo con el equipaje a una fonda de que tenía recuerdo, y corrí desesperadamente hacia la casita de Krespel. Al abrir la verja del jardín vi pasar por la avenida de tilos al Consejero, gesticulando como un desesperado, en medio de dos personas enlutadas.

Llevaba el traje gris que él mismo se había cortado, según el más extravagante modelo; la misma indumentaria que antaño, a no ser el largo crespón que colgaba del tricornio exiguo, y el cinturón negro que le ceñía el vientre y prendido del cual se balanceaba un arco de violín en lugar de espada. Su aspecto era escalofriante.

—¡Está loco! —me decía yo.

Los hombres que le acompañaban se separaron en el umbral de la casita y Krespel les abrazó riendo, con una risa que no pasaba de la garganta. Ellos se despidieron, y al volverse notaron mi presencia.

—Bienvenido, señor estudiante —me dijo Krespel—. Usted sí me comprenderá.

Y cogido de la mano me llevó al cuarto donde tenía la ristra de violines, esta vez cubiertos de un crespón negro. Uno faltaba: el del maestro desconocido; una corona de ciprés señalaba el sitio que antaño ocupaba. Comprendí el drama.

— ¡Antonia! ¡Antonia! —exclamé con voces de delirio.

Y Krespel seguía plantado delante de mí, petrificados los ojos y con los brazos cruzados.

—Cuando ella expiró —me dijo, con una voz que pretendía contener la emoción —, el alma de aquel violín emitió al romperse una nota de dolor y la tabla armónica se resquebrajó. El viejo instrumento, al que tanto cariño tenía, no pudo sobrevivir; lo he encerrado en su ataúd.

Así me habló el Consejero. Alterados los rasgos, con la voz ronca y cascada, preludió una canción grotesca y era una cosa horrible verle saltar sobre un pie, de uno a otro lado del cuarto, mientras alrededor de su sombrero flotaba el crespón de luto, que se enredaba en las cuerdas de los violines, y al rozarme la cara arrancó de mi garganta un grito agudo. Entonces se detuvo.

—¡Muchacho!… ¡Muchacho!… ¿Por qué grita usted así? ¿Acaso ha visto alguna vez el Ángel de la Muerte? Es el que va delante de todos en los entierros…

Dichas estas palabras se situó en el centro del cuarto, y levantando con ambas manos el arco de violín colgado de su cinturón, lo rompió con ensañamiento y echó los pedazos lejos de sí.

—¡Ahora estoy libre! ¡Libre, libre! ¡Basta ya de violines; no haré ni uno más!

El desventurado Krespel aullaba esas frases en un tono infernal; y después empezó de nuevo a recorrer el cuarto andando en un pie. Helado de espanto intenté la huida, pero él me detuvo con brazo nervioso.

—Puede quedarse, señor estudiante; no atribuya a la locura mis convulsiones. Todo eso me viene encima porque el otro día mandé que me cortaran una bata, bajo la

cual quería parecerme al Destino o a Dios.

El desventurado me declaró una serie de extravagancias por el estilo, hasta que agotado por la exaltación cayó como muerto. Acudió a mis voces la anciana ama de llaves, y le dejé en sus brazos.

Al ver de nuevo al profesor M. le sostuve mi opinión de que el consejero Krespel estaba loco.

—Yo opino lo contrario —me respondió—. La fermentación del pensamiento que en otro consumiría el cerebro, en nuestro pobre amigo se desahogaba por medio de la actividad. La desordenada agitación que agotaba sus nervios es lo que le ha de salvar. La muerte repentina de Antonia ha sido como el rayo que le cayera encima. Pero dejemos que pasen unos días, tal vez uno solo, y apuesto a que por sí mismo volverá a encariñarse con sus hábitos y con la vida cotidiana.

Al día siguiente, Krespel se había calmado casi por completo, aunque de vez en cuando repetía que nunca más montaría un violín, ni siquiera lo tendría en las manos. La predicción del Profesor se realizaba.

A mí en particular todo esto no me dilucidaba el misterio que envolvía las relaciones que tuviera Antonia con el consejero Krespel. Cuantas más vueltas le daba, más podía en mí la instintiva creencia de que había existido entre aquellos dos seres algo odioso. No me conformaba a dar el adiós a aquella ciudad antes de haber provocado las explicaciones que tal vez acarrearían la revelación de algo punible. Me iba excitando cada vez más, hasta que decidí volver al gabinete del Consejero. Estaba tranquilo, sentado ante su mesita de trabajado, torneando unos juguetes.

—Hombre abominable —éste fue mi saludo— ¿cómo puede usted gozar de un momento siquiera de bienestar, sintiendo en el corazón el gusano roedor? ¿No le reprocha nada la conciencia?

Aunque perplejo, el Consejero sostuvo la mirada de mis ojos, y abandonando el torno replicó:

—¿Qué significado tiene lo que me está diciendo? Tome usted asiento, querido.

Su despreocupación, su misma amabilidad me irritaban y le acusé abiertamente de la muerte de Antonia, jurándole que en mi calidad de abogado, pondría en juego todos mis recursos para provocar una investigación judicial acerca de las causas de tal crimen. Mi exaltación acabó desahogándose en un torrente de palabras. Al terminar observé que el Consejero no había cesado de sostener con toda tranquilidad mis miradas.

—Es usted joven e impulsivo —me dijo, poniendo en la voz una gravedad solemne que me confundía—. ¿Con qué derecho, joven, se atreve a penetrar en los secretos de una vida que desconoce? Antonia no vive ya. ¿Qué importa lo restante…?

Había algo profundamente triste en la calma de aquel hombre. Avergonzado de mi insensatez, apelé a la generosidad de su corazón para que me confiara algunos detalles de la vida de aquel ángel que removía en mí las fuentes del llanto. Me cogió

de la mano, me llevó hasta el balcón y me confió una historia de la que únicamente puedo recordar lo que hace referencia a Antonia.

Ya de joven se había iniciado en el Consejero Krespel la afición apasionada que le llevaba a adquirir a toda costa los violines de los viejos maestros. Esta afición le había conducido a Italia. En el Teatro de San Benedetto de Venecia oyó a la famosa cantatriz Angela X… No menos que su talento artístico, deslumbre al Consejero su belleza, y se unió con ella en matrimonio secreto. Pero, ángel de la escena, la bella cantatriz era el diablo en el hogar. Al cabo de innumerables escenas borrascosas, Krespel optó por refugiarse en el campo, donde consolaba sus cuitas pulsando un excelente violín construido en Cremona. Pero la *signora*, celosa como buena italiana, corrió a su retiro para seguir atormentándole sin compasión. Un día entró en el pabellón de verano, donde Krespel estaba improvisando, engolfado en los mundos de la música, apoyó la linda cabecita sobre el hombro del marido y le miró con el amor en los ojos. El Consejero, que vagaba por unas zonas ideales, hacía revolotear el arco con tanto ardor, que éste, sin él intentarlo, rozó la garganta satinada de Ángela. Dio ella un brinco furioso, le increpó llamándole *bestia tedesca*, y en un arranque de cólera le arrebató el violín de Cremona y lo estrelló contra el mármol de una mesa que había en la sala.

Quedó el Consejero —como suele decirse— de piedra, y luego, por uno de esos movimientos nerviosos que escapan al análisis, todo su cuerpo se crispó, y arrojó por la ventana de su propia casa a la bella cantatriz, huyendo luego hacia Alemania. Pero, por el camino, al recordar aquel extraño suceso, si bien había obrado sin premeditación, le asaltaron los remordimientos; contribuiría también a ello el recuerdo de cómo la señora le había arrullado últimamente con la dulce esperanza de la paternidad. Imagínese, pues, su grata sorpresa cuando, al cabo de ocho meses recibió en un extremo de Alemania una carta rebosando ternura, en la cual su mujer querida, sin hacer la más mínima mención del accidente de la *villa*, le anunciaba el nacimiento de una hija, y le instaba a que volviera a Venecia. Receloso Krespel, temiendo que le tendieran un lazo, mandó tomar informes y supo que efectivamente la bella italiana, al ser echada por la ventana tuvo la suerte de caer sobre un macizo de flores y césped que habían suavizado la caída, y que en cuanto a los resultados del vuelo de aquel ruiseñor, el único conocido era un cambio feliz en su genio. Habían cesado los antojos y los arranques de cólera. El remedio conyugal resultaba maravilloso. La noticia caló tan hondo en el buen Consejero, que hizo enganchar inmediatamente los caballos a su berlina. Pero cuando ya estaba en el carruaje cambió de opinión:

—¡Diablo! —se dijo—. Si la dama no estuviera curada del todo, ¿he de exponerme a echarla una segunda ver por la ventana?

Era una pregunta difícil de contestar.

Subió, pues, a su casa, puso una carta muy extensa a su querida esposa, felicitándola de que su hijita tuviera como él, una motita de vello detrás de la oreja, y

luego… no se movió de Alemania. Cruzáronse otras cartas. De Venecia a H… revoloteaban como bandadas de tórtolas las protestas de cariño, los planes para mañana, las lamentaciones y los dulces ruegos. Y cierto día, Ángela se presentó en Alemania; y dejó pasmados con su arte a los concurrentes del teatro de F… Le sobraban unos años para que la llamaran joven, pero, aun así, encendió alguna pasión, procuró a más de uno la dicha que anhelaba y causó con estas cosas muchas habladurías.

Entre tanto, la niña de Krespel había crecido. La llamaban Antonia, y la madre presentía en ella una cantante de su misma categoría. Sabiendo tan cerca a los suyos, Krespel ansiaba ir a abrazar a su hija, pero le retenía el temor a las locuras de su señora y no se decidía a abandonar sus violines, que nunca le contrariaban.

Un músico joven de gran porvenir, que brillaba en aquel entonces, se enamoró de Antonia. Llamado a dar su beneplácito, Krespel se declaró encantado de que su hija se uniera con un artista sin rival en el violín, y esperaba de un día a otro la participación de la boda, cuando recibió una carta enlutada y de letra desconocida, anunciándole que Ángela acababa de morir de pleuresía, precisamente el día anterior al señalado para la boda de Antonia; le notificaba también que la última voluntad de la cantatriz había sido que Krespel acudiera inmediatamente para hacerse cargo de la huérfana.

El novio, que no se había separado de Antonia durante el doloroso trance, estaba presente a la llegaba de Krespel. Una noche en que se reunieron y Krespel soñaba con la difunta, se sentó Antonia al piano y cantó una melodía. Hubiérase dicho al oírla que latía en su garganta el alma de la madre, Krespel sollozaba, dominado por la emoción; se levantó y estrechó en los brazos a la muchacha.

—No, hija mía —exclamaba—. ¡Si me amas deja de cantar! ¡Se me rompe el corazón! ¡No cantes nunca más!

Ella posó largo rato en su padre los ojos brillantes de lágrimas, en el ensueño de una dicha que iba a desvanecerse. Se desbordaban sus bucles como un torrente de ébano encima de los hombros de nieve, y su talle se inclinaba como un lirio a punto de quebrarse. Krespel lloraba al verla tan bella, atormentada por el instinto que acababa de revelarle el porvenir. Se acentuaba la palidez en el rostro de Antonia, y él había descubierto en sus rasgos uno que era mortal, y contemplaba aterrorizado aquel germen que iría desarrollándose.

—No, amigo, no —decía al cabo de un tiempo al famoso doctor R.

—Las manchas rojas que asoman a sus mejillas cuando canta no son efectos de la animación… Serán lo que ya me temía.

—No he de ocultarle mis inquietudes —respondía el Doctor—. Sea que la muchacha se haya esforzado en el canto, o debido a un defecto orgánico, yo entiendo que ese brillo sonoro de la voz, que está por encima de las facultades de su edad, es un indicio de peligro, y no le concedo ni seis meses de vida si le permite usted que cante.

Temblando bajo esta amenaza, el Consejero veía la suerte de su hija como la del arbusto embellecido por las primeras flores y que una mano sin piedad se dispone a cortar de raíz. Se resolvió a señalar a Antonia los dos caminos para su porvenir: el uno conducía en poco tiempo a la tumba, pasando por el casamiento y las seducciones de la vida artística; el segundo conservaría al padre anciano la hija querida, su único gozo y su postrera felicidad. Antonia se hizo cargo del sacrificio que le imploraba su padre, y le abrazó sin acertar a decirle en palabras lo que sentía. Krespel despidió al novio y dos días más tarde llegaba a H. con su hija, único tesoro de su existencia. Pero el novio no podía renunciar tan fácilmente a la dicha que se había prometido, y siguiendo las huellas de Krespel le alcanzó en el umbral de la nueva residencia. El Consejero le rechazó con dureza.

—¡Que le vea otra vez al menos! —exclamó Antonia—. ¡Que le oiga una vez más, y no me importa luego morir!

—¡Morir! ¡Morir! Hija mía, eres el único ser que me reconcilia con este mundo. Sea como tú quieres. ¡Pero, si llegaras a morir no maldigas al menos a tu desdichado padre!

El sacrificio era decisivo. El joven músico se vio obligado a acercarse al clavicordio, y Antonia cantó. Tenía Krespel la mirada pendiente de su hija, hasta que vio aparecer en los pómulos las manchas rojas que contrastaban con su palidez. Entonces interrumpió el concierto con violencia, invitando al músico con el gesto a que se retirara. Al verle partir, Antonia dio un grito desgarrador y cayó desvanecida.

—Por un momento —me decía Krespel, después de contarme esta triste historia — creí que mi pobre hija había muerto. Empujé por la espalda al maldito novio hacia la calle.

—¡Váyase! ¡Pero, pronto! ¡No sé cómo no le hundo un cuchillo en el corazón, para reanimarla y devolver el color a sus mejillas con la sangre de usted!

Debía ser tan terrible mi aspecto al decirle estas palabras, que el joven músico salió corriendo, como alocado, para no volver más.

La muchacha había abierto los ojos al cabo de un rato; y volvió a cerrarlos. El médico, llamado con urgencia, afirmó que el accidente, aunque grave, no tendría probablemente peores consecuencias. Antonia pareció restablecerse casi del todo a los pocos días. Su amor filial ofrecía el más conmovedor espectáculo. Abnegada, con admirable resignación, soportaba las manías y los antojos de su padre, y le ayudaba con angelical paciencia a desmontar los viejos violines que iba adquiriendo y a fabricarlos de nuevo.

—No, padre mío —le decía a menudo con una sonrisa melancólica—, no volveré a cantar, ya que esto te aflige. Mi único deseo es vivir y respirar para ti.

Y Krespel se sentía dichoso de oírla.

Al adquirir el violín famoso que más tarde había de ser encerrado en el ataúd de Antonia, y disponerse a desmontarlo, la joven le miró con tristeza.

—¿Éste también? —le preguntó.

Y Krespel oyó en su interior una voz que le instaba a salvar aquel violín y a servirse de él. No bien empezó a tocarlo, la joven dio unas palmadas.

—¡Pero, si es mi voz! —exclamaba—. ¡Vuelvo a cantar!

Y, en efecto, las notas del violín maravilloso parecían rodar como perlas del empíreo. Krespel estaba conmovido; el arco creaba prodigios bajo sus dedos. Y Antonia volvía sonriendo a su idea.

—¡Padre, quisiera cantar! Y él arrancaba del instrumento deliciosas variaciones.

Pocos días antes de mi segundo viaje a H…, al Consejero le había parecido oír —era una noche de calma— que el clavicordio recobraba su alma en el cuarto inmediato, y reconoció la pulsación del pretendiente de Antonia recorriendo rápidamente las teclas de marfil. Iba a levantarse, pero una mano de hierro parecía atenazarle. Le pareció luego que la voz de su hija murmuraba débilmente, como en la lejanía, y poco a poco las modulaciones eran más cercanas, en un *crescendo* fantástico, y cada una de las vibraciones le hería como una flecha en el corazón. De pronto, una aureola azulada rasgó las tinieblas en que estaba sumida la habitación. Y Krespel vio a su hija en los brazos de su pretendiente. Sus labios se unían, y a pesar de ello el canto celeste continuaba. Bajo el dominio de un miedo y una angustia sobrenaturales, el consejero Krespel permaneció en su inmovilidad hasta la aurora, paralizado el pensamiento por una torpeza de plomo.

Cuando el primer rayo de luz se deslizó en tintas rosadas a través de las cortinas de su cama, se levantó como de un sueño penoso y corrió al cuarto de Antonia.

La vio tendida en el sofá, caídos los párpados, juntas las manos y con una sonrisa dulce, pero fija, que rozaba sus labios pálidos.

Parecía el ángel dormido de la virginidad. Su alma había vuelto a Dios.

EL TONELERO DE NUREMBERG

I

A principios de mayo del año 1580, el honorable gremio de toneleros de la ciudad libre de Nuremberg se reunía, según costumbre, para celebrar su fiesta anual. Poco antes de esta solemnidad había pasado a mejor vida el síndico de la corporación, y era preciso elegir un sucesor. Por unanimidad recayó la elección en maese Martín.

No había otro tan conocedor del oficio como él. Los toneles salidos de sus manos eran, a la par que sólidos, finamente acabados; y no tenía rival para montar una bodega según las reglas gremiales. Prosperaba de día en día su reputación, y cada vez eran más numerosos sus clientes entre la gente rica y distinguida; gracias al éxito que le favoreció en todas sus empresas, gozaba de una fortuna considerable para un hombre de su clase. Al hacerse pública la elección de maese Martín, el consejero Paumgartner, que presidía la asamblea, se puso en pie.

—Vuestra elección —dijo—, mis queridos amigos, es acertadísima. A nadie podía ser conferida tan merecidamente esta dignidad. Maese Martín goza del aprecio de todos, y los que le conocen dan testimonio de su destreza en la profesión. A pesar de sus riquezas, ha conservado los hábitos y el gusto del trabajo, y su conducta en todo es un modelo digno de elogio. Saludemos, pues, a nuestro querido maese Martín y felicitémosle por haber merecido la elección unánime, que es honra y galardón de toda una vida de honradez y de laboriosidad.

Terminado su discurso, el consejero Paumgartner dio unos pasos con los brazos abiertos hacia el recipiendario. Pero maese Martín, levantándose por pura cortesía y con gran dificultad a causa de su corpulencia y obesidad, devolvió sin más ceremonias la reverencia al Consejero, y se dejó caer de nuevo en el sillón, importándole poco al parecer los abrazos fraternales del señor Jacobus Paumgartner.

—Y, pues, maese Martín —le preguntó el Consejero—, ¿no está usted satisfecho de nuestra elección?

Él, echando atrás la cabeza y dándose en la panza golpecitos rítmicos con los dedos, pareció recogerse en medio del silencio de la asamblea, y tomó la palabra:

—Digno señor Paumgartner, ¿cómo no me sentiría satisfecho de la justicia que se me hace? ¿Y dónde hallaríamos a un hombre tan hostil a sí mismo que desdeñara el premio legítimo de sus afanes? ¿Dónde se ha visto que se rechace al deudor que un día viene a nosotros dispuesto a saldar todos o parte de sus atrasos? ¿Cuál ha sido, mis queridos colegas —prosiguió, de cara a la asamblea— el motivo que os ha inspirado la idea de escogerme a mí? ¿Qué obligaciones deberé cumplir? Si para no desmerecer de esa distinción es preciso conocer al detalle los secretos del oficio, puedo alabarme de haber dado pruebas de ello al construir, sin ayuda del fuego, un

tonel de dos cargas, una obra maestra que todos vosotros conocéis. Y si lo que hay que hacer para agradaros es tener buenos doblones y cosas preciosas, llegados a mi casa y podréis saciar vuestras miradas en el placer de contar sacos de oro y vajillas de plata de un peso regular. Os abriré arcas y armarios. Si para halagar vuestra vanidad, el que habéis elegido ha de atraer el humilde respeto de la gente sencilla y la consideración de los prohombres, preguntad a la flor de los ciudadanos de nuestra Nuremberg, preguntad al obispo de Bamberg qué opinión tienen formada de maese Martín. No temo, gracias a Dios, ni comparación ni crítica.

Una vez hubo terminado, satisfecho de su discurso, maese Martín se repantigó en su sillón, con la cabeza echada atrás y tecleando una vez más sobre su panza dio alrededor unas miradas, que solicitaban los aplausos; luego, al ver que el auditorio guardaba silencio, excepto algunos accesos de tos que traducían con bastante claridad el descontento de algunos de los compañeros del gremio, añadió algunas frases para reconquistar los espíritus que acababa de zaherir con su orgullo.

—Os doy las gracias más sinceras —les dijo— por esta elección que os honra, ya que todos estáis poseídos del sentimiento de que la dignidad de síndico debía recaer en justicia sobre un hombre que ha realzado tan esplendorosamente la respetable corporación de toneleros. Todos sabéis que cumpliré celosamente los deberes que me atañen. Cada uno de vosotros hallará en mí a todas horas el consejo o la asistencia que necesite. Defenderé como propios los privilegios de todos; y para sellar el pacto de compañerismo que ha de unirnos os invito a un banquete de amistad que tendrá lugar el domingo. Mientras vaciamos alegremente unas botellas de añejo Johannisberg, concertaremos las medidas que sea preciso tomar para asegurar la protección de los intereses generales.

Esta amable improvisación causó un efecto maravilloso. Los rostros se pusieron radiantes y un coro de voces se levantó en ruidosas aclamaciones que ponían en las nubes la capacidad, los méritos y la libertad de maese Martín. Uno a uno se acercaron al nuevo síndico para abrazarle, y él soportaba impávido a unos y llegaba incluso a otorgar a otros el favor de estrecharle la callosa mano.

II

Al digno consejero Paumgartner le venía de paso la casa donde vivía el tonelero para llegar a la suya. Al ir a despedirse en el umbral de la casa de este último, maese Martín, quitándose el casquete de piel y haciendo una inclinación tan profunda como se lo permitía su obesidad, dirigió al Consejero estas palabras:

—¿No podría tener el honor de recibir por unos momentos en mi humilde domicilio a mi querido señor Consejero? Me sentiría dichoso de que me permitiera disfrutar un rato más su preciosa conversación.

—A fe mía, maese Martín, me sería muy grato hacer un alto en su casa. Pero, he de decirle que es usted excesivamente modesto al hablar de la suya. Como si no supiéramos que ese humilde domicilio, como lo llama, es el que ofrece un conjunto más vistoso de muebles y de objetivos valiosos, cuya rareza y elegancia son la envidia de los más acaudalados ciudadanos de Nuremberg. Apuesto a que no lo despreciaría un gran señor.

No eran exageradas las alabanzas que el Consejero dedicaba a la morada de maese Martín. Ya al abrir la puerta, el zaguán, de refinada arquitectura, daba la impresión de un saloncito de fantasía. El pavimento de madera hábilmente combinado imitaba el mosaico; las paredes encuadraban pinturas no desprovistas de mérito y una serie de arcas talladas por los mejores artífices de la época se alineaban a lo largo de ellas.

A la hora en que vemos entrar a los dos personajes, el calor era sofocante y un aire caldeado oprimía el aliento. Maese Martín recibió a su huésped en una habitación dispuesta a modo de comedor, por donde circulaba el aire fresco, y en la cual se veían un mobiliario y unas vajillas que prometían espléndidos festines. Al entrar, la voz sonora del anfitrión llamó a Rosa, su hija única, que compareció diligente.

Las más bellas creaciones de Alberto Durero no habrían logrado un conjunto de gracias femeninas tan cumplido; imagínese un busto flexible y delicado como el tallo de un lirio blanco, unas mejillas en que las rosas se mezclaban al alabastro, unos labios dotados de todas las seducciones y una mirada llena de misteriosa melancolía, a la sombra de unos párpados orlados de pestañas de ébano con dulces reflejos de la luna de mayo, y esta descripción no os dará más que un tenue destello de todos los atractivos de aquel ser joven e interesante, con más de ángel que de mujer. Era la bella Margarita del *Fausto* rediviva, tal como la concibió el pintor Cornelius.

La encantadora Rosa hizo a su padre una reverencia infantil y le besó la mano con un respeto lleno de ternura. El rostro del anciano Paumgartner se cubrió de un cálido rubor, y del rescoldo ya casi apagado de su pasada juventud brotaron algunas chispas. El honrado Consejero se reanimó por un instante, a semejanza de un pálido reflejo de sol poniente que antes de desvanecerse tiñe con una última llamarada el paisaje otoñal.

—En verdad, maese Martín —exclamó— posee usted un tesoro que vale todos los que pueda reunir un hogar; si nuestras viejas barbas se estremecen de placer al contemplar sus encantos, ¿qué sensación no producirá entre la juventud? Aseguraría que su Rosa distrae a los jóvenes del vecindario de sus devociones en la iglesia, y que en las reuniones donde las muchachas mariposean, van a ella todas las galanterías y los ramos de flores. Apostaría a que para casarla con lo mejor de lo mejor de Nuremberg, mi querido maese Martín, no tendrá usted más cuidados que el de la elección del candidato.

Lejos de complacerse en las alabanzas del Consejero, maese Martín frunció el entrecejo, más bien descontento, y una vez hubo ordenado a su hija que sacara una

botella de su mejor vino del Rin, dijo al entusiasta Paumgartner, que no dejaba de vista a Rosa mientras cumplía el mandato de su padre, encarnada como una cereza y con los ojos bajos:

—Tiene usted razón, señor Consejero; he de reconocer que mi hija está dotada de una belleza notable, y he de añadir que posee otras cualidades muy dignas de aprecio. Pero no son estas cosas para habladas delante de una muchacha. En cuanto a la flor de los jóvenes de Nuremberg, no pienso en ella para elegir un yerno.

Rosa, que volvía a entrar en la habitación, puso sobre la mesa una botella y dos vasos soberbiamente tallados; los dos viejos tomaron asiento frente a frente, y maese Martín colmaba los vasos de su licor preferido, cuando resonó en la calle el trote de un caballo. Corrió Rosa para ver lo que era, y volvió anunciando a su padre que un viejo hidalgo, Enrique de Spangenberg, quería verle.

—Bendiga Dios este día —exclamó el tonelero—, ya que me trae el más noble y generoso de mis clientes. Se trata, sin duda, de algún encargo importante. El señor de Spangenberg es un hombre digno de que se le reciba bien.

Y al decir esto, el maestro tonelero salió al encuentro del visitante con toda la agilidad que le permitían sus viejas piernas.

III

El vino de Hochheim centelleaba en las facetas del cristal de Bohemia, y los tres personajes sintieron pronto correr por sus venas una renovada vitalidad, y se pusieron a contar sin escrúpulo historietas intencionadas, hasta tal punto que el busto de maese Martín, sacudido por ruidosas carcajadas, flotaba de acá para allá por encima de su enorme vientre, y que el consejero Paumgartner sentía desarrugar su rostro apergaminado.

Pronto volvió a entrar Rosa con una limpia y elegante canastilla de mimbre, de la que sacó unos manteles blancos como la nieve, puso la mesa en un santiamén y no tardó en aparecer una apetitosa cena. Ni Paumgartner ni Spangenberg lograban apartar los ojos de la admirable joven, la cual les invitó con la más dulce voz a compartir con su padre los manjares que ella en persona había guisado. Maese Martín, hundido en el sillón y con las manos juntas sobre el abdomen, la contemplaba con el orgullo de un padre idolátrico.

Cuando Rosa se disponía a retirarse discretamente, el viejo Spangenberg se levantó de su asiento con la prontitud de un joven, y cogiendo a la joven por el talle exclamó con los ojos empañados en lágrimas:

—¡Ángel querido, criatura celestial!

La besó dos o tres veces en la frente y volvió a acomodarse en su asiento, abismado en nostálgicas reflexiones.

Paumgartner propuso vaciar un vaso en honor de Rosa.

—Le digo, maestro —exclamó—, y seguramente el digno señor Spangenberg comparte mi opinión, que el cielo le ha concedido un bien imponderable en esta hija, que yo imagino a no tardar esposa de algún alto personaje, ciñendo una diadema de perlas, y llevada en una bella carroza ornada de ilustres blasones.

—No comprendo, señores —respondió maese Martín—, cómo insisten ustedes tanto en hablar de algo que a mí, que soy parte interesada, no me preocupa poco ni mucho. Rosa no ha cumplido aún los dieciocho años, y a esta edad una joven no debe pensar en dejar a su padre por un marido; cuando llegue el día, Dios sabe lo que le espera. Pero, de una cosa puedo responder, y es que ni noble ni hombre del común, aunque amontonara las mayores riquezas, tendrá el menor derecho a la mano de mi hija si antes no ha dado pruebas de la mayor pericia en la misma profesión que yo honro y cultivo desde hace medio siglo. Sólo le pediré, después de ello, que logre captarse el amor de mi hija, cuya inclinación no pretenderé forzar nunca.

Spangenberg y el Consejero miraban a maese Martín con los ojos encandilados.

—Así, pues —dijo uno de los dos, después de una pausa—, ¿su hija queda condenada a no unirse más que con un artesano tonelero?

—¡Así lo quiera Dios! —afirmó maese Martín.

—Pero —insistió Spangenberg—, si un maestro en otra profesión, o bien un artista de reconocido mérito, le pedía su mano, y si ella le amaba, ¿qué decidiría usted?

—Joven, diría al petimetre —replicó el maestro hundiéndose más en su sillón—, enséñeme usted ante todo, como obra de examen, un hermoso tonel de dos cargas como el que en mis mocedades fabriqué con estas manos. Y si no se veía con arrestos para satisfacer a un deseo tan legítimo, no diré que le echase de mala manera de mi casa, pero sí le rogaría con todos los miramientos que no pusiera nunca más los pies en ella.

—No obstante —replicó Spangenberg—, si el enamorado le respondía humildemente que no está en sus manos ofrecerle una labor semejante, pero en cambio son obra suya los planos que han servido para la construcción de la casa magnífica que se levanta altivamente en la esquina de la Plaza del Mercado, no creo que una obra semejante le desmereciera de la mejor de cualquier otra profesión.

—Por Dios, mi digno huésped —exclamó el tonelero—, no se afane tanto para convertirme a unas ideas que no tienen por ahora ninguna utilidad, y a las cuales daría bien poco crédito llegado el momento. Quiero que el marido de mi hija ejerza mi misma profesión, y que la honre como yo la he honrado, porque sostengo que es la mejor de las profesiones. No todo consiste en poner el cerco a un tonel, sino también en saber acondicionar y mejorar los vinos que guarda. Para hacer un tonel según las reglas conviene calcular y medir atinadamente su cabida, y se necesita asimismo habilidad manual para juntar y afirmar sólidamente las duelas. Soy el más feliz de los mortales cuando oigo de cabo a cabo de una jornada los clip-clap, clip-clap del

martillo de mis alegres oficiales. Y luego, terminada la construcción, en el acto de pulir el tonel, de darle elegancia, cuando ya sólo falta ponerle mi marca, no he de negar que estoy orgulloso de mi trabajo, como debe estar gozoso Dios de la creación. Ha hablado usted antes de la profesión de arquitecto; pero, cuando la casa está edificada, el primer palurdo que dormía encima de sus doblones puede adquirirla, asentarse en ella, y de lo alto de sus balcones burlarse del artista que pasa a pie por la calle. ¿Y qué le diremos al palurdo? Mientras que en nuestro oficio damos morada a la más generosa, la más noble de las criaturas. ¡Viva el vino y vivan los toneles! No sé ver nada superior.

—¡Aprobado! —dijo Spangenberg, vaciando su vaso—. Pero todos estos argumentos tan bellos y bien expuestos no bastan a demostrar que mi error sea tan grande, ni que usted tenga razón en absoluto. Supongamos que un hombre de raza ilustre, de principesca nobleza, se acerque para pedirle en matrimonio a Rosa… Hay horas en la vida, maese Martín, en que los cerebros más obstinados reflexionan dos veces antes de dejar escapar ciertas ocasiones que no vuelven a presentarse tan fácilmente.

—Pues, bien —exclamó secamente el tonelero, levantándose a medias, con el cuello erguido y la mirada encendida—, diría al gaznápiro de ilustre raza y de principesca nobleza: Caballero, si fuera usted constructor de toneles podríamos hablar, pero…

—Pero —le interrumpió el rico hidalgo, que no se conformaba con perder el hilo de su idea— ¿si cualquier día algún joven y brillante gentilhombre se acercara a usted, rodeado de todo el esplendor que su riqueza y su categoría pueden dar de sí, insistiendo en hacer su mujer de la niña…?

—Le cerraría en las narices puertas y ventanas, triplicaría las cerraduras y le diría por el ojo de la llave: Llame a otra puerta, arrogante señor. No florecen para usted las rosas de mi jardín. No dudo de que mi bodega y mis ducados son muy a su gusto, y usted quisiera, a más de eso, hacer a mi hija el honor de llevársela. ¡Llame usted a otra puerta, galán…!

Estas palabras hicieron subir el rubor a la frente del viejo hidalgo. De codos sobre la mesa, pareció reflexionar unos instantes, y añadió luego en voz baja y caídos los párpados, con un asomo de emoción mal reprimida:

—Maese Martín, en sus asuntos es usted difícil de convencer. Pero oigamos todavía su última palabra. Supongamos que el joven caballero de quien acabo de hablar fuera mi propio hijo, y que yo le acompañara ante usted para que formulase su petición. ¿También nos daría con la puerta en las narices y creería que nos atrae el cebo de su bodega y ducados?

—No permita Dios que tenga nunca de usted una idea semejante, mi digno señor —replicó el tonelero—. Les recibiría como ustedes merecen, y me pondría a las órdenes de tan respetables visitantes. En cuanto a mi hija, se lo repito… Pero ¿a qué perder tiempo, díganme, en semejantes problemas? Hemos olvidado el vino en

discusiones que no tienen nada que ver ni con el momento ni con nuestros años. Les ruego que dejemos a un lado los yernos imaginarios y el porvenir de Rosa, y bebamos a la salud del hijo de usted, que es, según dicen, el mocito más elegante de Nuremberg.

Los dos interlocutores chocaron sus vasos con el del consejero Paumgartner, que desde hacía rato les había estado escuchando en silencio, y dijo Spangenberg, algo cohibido:

—No vaya usted a creer maese Martín, que lo que acabamos de hablar deba ser tomado en serio; por mi parte no pasa de pura chanza, ya que, como usted comprenderá, mi hijo, a menos que enloqueciera de amor por alguna muchacha, ni puede ni debe elegir esposa que no sea de entre las más nobles familias. No era necesario acalorarse tanto en demostrar que a Rosa no le convendría, ni replicarme con tanta aspereza.

—Lo mismo digo yo —replicó vivamente el maestro tonelero—. Yo también bromeaba; en cuanto a la aspereza que usted me reprocha, no ha habido tal, y si me he mostrado demasiado orgulloso, le ruego que me lo perdone en atención a mi posición. Es el orgullo profesional. No hallaría usted en toda la comarca un tonelero de mi categoría, que profesa su oficio sin charlatanismo y sin preocuparse de las críticas. Y la mejor garantía de mis aptitudes es el contenido de esta botella que acabamos de vaciar, y que estoy dispuesto a hacer cambiar por otra llena.

Spangenberg le dejó sin respuesta. Parecía molesto, o engolfado en un íntimo ensueño. El docto consejero Paumgartner intentó desviar la conversación. Pero como suele suceder después de una exaltada preocupación, los espíritus tensos en demasía se relajaron de pronto. De improviso, el anciano Spangenberg se levantó de la mesa, llamó a sus criados y salió de la casa sin un adiós y sin hablar de volver a ella algún día.

IV

A maese Martín le dolió verle partir de este modo, y al tiempo que Paumgartner iba también a retirarse le dijo:

—¿Sabe usted que no sé explicarme por qué se ha molestado tanto el señor Enrique de Spangenberg?

—Querido Martín —respondió el Consejero—, es usted el hombre más bueno que conozco; y es natural que tenga apego a lo que le ha procurado honores y bienes de fortuna; pero cuide que este sentimiento no le desvíe alguna que otra vez. Ya esta mañana en la asamblea de los maestros de la corporación ha hablado usted de un modo que puede crearle enemigos. Por independiente que usted sea, ¿qué generosidad hay en rebajar a los otros? Y note también lo que acaba de suceder. No

creo que pensara tomar en serio las palabras de Spangenberg, y no obstante, ¡con qué aspereza ha tratado de codiciosos y casi ventajistas a las personas de la nobleza que pudieran pensar en obtener la mano de la hija de usted! ¿No era preferible responderle lo que a la par que más cortés es más verídico, o sea que si él le hiciera una proposición tal vez usted se retractaría de sus cerrados prejuicios? Después de esto la despedida hubiera sido mucho más grata, y no por ello se comprometía usted a nada, ni quedaban vulnerados los que usted llama sus principios.

—Convengo en que he podido equivocarme, querido Consejero —dijo maese Martín—, pero no me negará que ese diablo de hombre me ha obligado a hablar más de la cuenta.

—Además —prosiguió Paumgartner—, ¿qué mosca le ha picado para que se empeñe usted en que ha de ser precisamente un tonelero el que se case con su hija? ¿No es herir las más sagradas leyes de la Providencia el poner condiciones a los más sinceros afectos de una joven? ¿No teme para usted y para su hija los peores resultados?

—Bien veo —respondió el tonelero moviendo la cabeza— que debí decirle la verdad desde el primer momento. ¿Ha creído usted que mi resolución de no aceptar para mi hija más marido que un tonelero se debe a un amor profesional exagerado? No; nada de eso. Hay un motivo oculto. Tome usted asiento, mi querido Paumgartner, y escúcheme mientras bebemos sin prisas el resto de la botella que Spangenberg ha abandonado en un arranque de mal humor.

Paumgartner no entendía nada de las atenciones de que se veía colmado y motivo tenía porque no se avenían con los hábitos del tonelero. Éste sin dejarle tiempo de analizarlo, empezó su relato:

—Otras veces le he contado cómo mi pobre mujer murió al dar a luz a mi Rosa. Vivía con nosotros, si puede llamarse vivir a la existencia que llevaba, una anciana abuela plagada de achaques, y para colmo de sus males paralítica. Un día Rosa dormía en los brazos del ama de leche, en el cuarto de la abuela, y yo contemplaba aquella criatura tan querida, con sombría y muda melancolía, y miraba luego a la pobre paralítica. De pronto, la faz descolorida y arrugada de ésta se tiñe de leve púrpura y ella extiende los brazos, como si acabara de obrarse un milagro, y articula estas palabras: «¡Rosa, mi buena Rosa!». La nodriza le pone delante la criatura, y figuraos mi sorpresa mezclada de miedoso asombro, al oír que la abuelita entona con voz clara y vibrante una canción a la manera de Hans Berchler, el mesonero del *Espíritu de Estrasburgo*:

«Tierna criatura de mejillas de rosa, que justifican tu nombre, escucha mi consejo. Deja a un lado el orgullo, no critiques a nadie y guárdate de los deseos vanos. Presta oído a mis palabras si quieres que la flor de la dicha se abra en el camino de tu vida y que Dios te otorgue su bendición».

Una vez terminada la canción y otras del mismo estilo, la abuela dejó en su cuna a la niña, y acariciándole la cabecita angelical con su mano demacrada y llena de

arrugas, murmuró unas palabras que no pude comprender, aunque por la actitud adiviné que estaba rezando. Y volvió a caer en la modorra. Cuando la nodriza salía del cuarto con la niña, la abuelita daba el último suspiro, sin agonía.

—¡Qué historia más rara! —dijo Paumgartner, una vez maese Martín hubo dado fin a la anécdota—. Pero, explíqueme, se lo ruego, qué relación ve usted entre los cantos de la abuelita y el porvenir de Rosa, a la que usted se empeña en dar por esposa a un tonelero.

—No me dirá usted que no comprenda —exclamó el tonelero— que las virtudes modestas que pidió la abuela a Rosa, no se compaginan más que con un hogar de diestros y honrados trabajadores. La vieja hablaba también en sus canciones de la casita limpia, del aire perfumado y de unos angelitos con alas de fuego. No menos elegante que aquella casita limpia resulta el tonel que un oficial fabrica para lograr el grado de maestro; las ondas perfumadas son los vinos generosos que lo llenan; y cuando rebulle y fermenta el vino, las burbujas que suben del fondo a la superficie ¿no se le figuran a usted los angelitos de alas encarnadas? Créame, aquí está el sentido de las palabras misteriosas que mascullaba la abuela. Y como que me satisface la interpretación, he decidido que Rosa no podrá casarse más que con un tonelero.

—Pero ¿cree usted que basta interpretar a capricho unas palabras sin importancia, y resistirse en cambio a dejarse guiar por las inspiraciones oportunas de la Providencia? Mejor que nosotros sabe ella lo que puede hacernos felices. Lo más justo y juicioso, en mi opinión, sería dejar que el corazón de su hija diese con el hombre digno de ser su esposo.

—¡Música celestial! —exclamó maese Martín, dando un puñetazo sobre la mesa —. He dicho, y lo repito, que Rosa está destinada a ser la esposa del mejor tonelero que me sea dado descubrir.

El doctor Paumgartner se sentía movido a la réplica contra la obstinación singular del tonelero, pero tuvo el buen sentido de reprimirse. Al levantarse para salir, le dijo:

—Las horas galopan; dejemos nuestros vasos vacíos y nuestras discusiones, que no lo son menos.

Cuando asomaban a la calle, una mujer joven, acompañada de cinco muchachos, se acercaba.

—¡Dios mío! —exclamó Rosa—. ¡Habrá muerto Valentín, y ahí vienen su mujer y los chicos!

—¡Cómo! —exclamó maese Martín— ¡Qué espantoso desastre! Era el más hábil de mis oficiales y el más honrado que he conocido. Se lastimó con la doladera hace unos días. La llaga se enconó y probablemente la gangrena y la fiebre se habrán llevado al pobre muchacho en sus mejores años.

Y como la viuda deplorara la amenaza de la miseria que pesaba sobre los chicos, exclamó maese Martín:

—Pero ¿puede usted imaginar que yo les abandone después que su marido ha muerto estando a mi servicio? No, buena mujer; no sucederá así mientras viva maese Martín y le conserve Dios su fortuna. Desde hoy les tengo como de familia. Mañana irá usted a establecerse con los chicos en mi taller, pasado el que llaman Portal de las Damas. Allí les veré todos los días. Será usted como ama de gobierno en lo mío, y yo cuidaré de la instrucción de sus hijos, de manera que lleguen a ser obreros inteligentes y capaces. El padre de usted, que en sus mejores años trabajaba muy bien, vive aún, y aunque hoy sus fuerzas no le permiten trabajar en grande, no dejará de ser útil en algo. Y sean todos ustedes bienvenidos.

Fue tal el gozo de la pobre viuda al oír estas proposiciones, que estuvo a punto de caer sin sentidos de la emoción. Maese Martín le estrechó las manos afectuosamente, mientras los muchachos, a los que Rosa colmaba de caricias, la rodeaban, asiéndose a sus vestidos. El consejero Paumgartner no pudo retener una gran lágrima mientras exclamaba:

—Maestro, es usted un hombre único; sea cual sea el humor en que se le halla, no hay manera de enfadarse con usted.

Y se separaron.

V

Sobre un altozano verde, desde el cual la mirada se pierde en lejanía entre los horizontes floridos, ¿veis a ese joven bizarro, sentado, con las ropas sencillas de obrero, que nada quitan a su buen aspecto? Su nombre es Federico.

El Sol, medio hundido en la púrpura del atardecer, jaspea de tonos rosados el fondo del cielo. A lo lejos se proyectan en los aires las almenas dentelladas de la real ciudad de Nuremberg. El silencio reina en la campiña desierta, y se extienden cada vez más las sombras. El joven obrero, apoyado en su saco de viaje, parece interrogar con el alma en los ojos las profundidades del valle; mientras su mano arranca distraídamente los pétalos de unas margaritas, que se lleva el soplo de la brisa. Pero, poco a poco, aquellos ojos se velan y se ensombrecen, el pecho se agita, henchido por una secreta emoción y brotan gota a gota las lágrimas de sus párpados medio cerrados. Pero, de súbito, parece animarle algún nuevo pensamiento, porque yergue la cabeza, abre los brazos como para recibir a un ser querido, y su voz fresca y pura improvisa una de esas ingenuas endechas que los hijos de la vieja Alemania saben inventar con tanta gracia:

«Vuelvo a verte, mi dulce patria. No por estar lejos te ha olvidado mi corazón fiel. Celajes de púrpura que aureoláis los horizontes de mi patria, de vuestro seno parecen nevar hojas de rosa. Salta en mi pecho, corazón, pues cada paso me acerca más a la rosa de mis amores. Crepúsculo de oro, tálamo del cielo, dulces claridades

vespertinas, sed los mensajeros que llevéis a la que amo las lágrimas del gozo y el beso de llegada. Y si acaso moría antes de verla, y mi rosa temprana os preguntaba qué ha sido de mí, le diréis que en su amor he amortajado mi corazón».

Después de cantar estas estrofas, Federico sacó de su mochila de viaje un pedacito de cera, que ablandó al calor del pecho, modeló una gentil rosa de cien hojas, y repitió todavía el canto a media voz mientras se ocupaba en su delicado trabajo, sin hacer caso de otro joven que se había detenido delante de él y seguía con mucho interés su labor.

—Oiga, amigo —dijo el recién llegado—, ¿sabe usted que es muy lindo lo que está modelando?

Federico levantó los ojos y los fijó en el caminante con expresión apacible.

—¿Cómo puede usted, querido señor —le dijo—, encontrar algún mérito en lo que es para mí un pasatiempo?

— ¡Diablo! —insistió el desconocido—. Si llama pasatiempo a la obra que está modelando en estos momentos, con tan graciosa perfección, debe usted ser un artista de fama. Yo al menos me siento doblemente encantado por esta coincidencia, pues a la vez que me conmueve la deliciosa canción que entona usted tan bien, al estilo de Martín Haescher, admiro la destreza con que fija usted lo ideal de la forma. ¿Hasta dónde va usted?

—Tengo a la vista el término de mi viaje —respondió Federico—. Vuelvo a mi patria, vuelvo a la ciudad de Nuremberg. Pero va a ponerse el Sol y he de buscar dónde cobijarme en la aldea cercana. Mañana la aurora me hallará sobre el camino de Nuremberg.

—Siendo así podemos acabar la jornada juntos —dijo el desconocido—. Compartiremos la habitación esta noche y mañana entraremos juntos en Nuremberg.

A estas palabras, Reinhold, que éste era el nombre del joven, se tumbó en el césped al lado de Federico y siguió haciéndole preguntas:

—¿No es usted artista platero? Por lo que le he visto modelar, podría suponerse que ordinariamente trabaja en oro y plata.

—Querido señor —respondió el aludido sin levantar los ojos que tenía fijos en el suelo desde hacía un momento—, ni soy digno del bello nombre de artista, ni capaz de llevar a cabo todo lo que usted supone; sepa que no soy más que un modesto trabajador, un tonelero, y que voy a Nuremberg ansioso de trabajar al lado de un maestro del oficio cuya fama se extiende por toda Alemania. Ni moldeo figuras ni las cincelo; dispongo los aros para los toneles, sencillamente.

—Pero —exclamó Reinhold— ¿me cree usted tan necio que desdeñe su profesión? Y ahora le diré —una confidencia vale otra— que yo también soy tonelero.

Federico midió con la mirada al personaje que así le hablaba; por las apariencias no se le hubiera creído un obrero; su calzón negro era de fino paño con unos acuchillados de terciopelo; llevaba al cinto una ancha daga, se tocaba con un

sombrero adornado con una larga pluma. Hubiérase dicho que era un rico negociante, pero, por otra parte, había en toda su postura un no sé qué de excéntrico y decidido, que excluía semejante suposición. Atendiendo a las dudas de Federico, Reinhold sacó de su saco de viaje un delantal de tonelero y una doladera.

—Ya ves, amigo —dijo a Federico—, que no he mentido; soy, como tú, un sencillo obrero. Comprendo tu sorpresa al verme tan espléndidamente trajeado. Baste decir que vengo de Estrasburgo, donde los más modestos oficiales toneleros se tratan como príncipes. Si bien es cierto que antaño quise salirme del cauce para entregarme a la azarosa carrera de las artes, hoy, curado de esta fantasía, no veo nada por encima de mi profesión de tonelero, y he puesto en ella mis esperanzas para el porvenir. Pero ¿en qué estás pensando, compañero? Te veo triste y parece como si tus ojos temieran entrever el futuro. Hace poco cantabas con un acento melancólico, y yo, bajo el dominio de una fascinación rara, creía que tus suaves melodías salían de mi pecho para pasar al tuyo. Me parece ver tu corazón franco como un libro abierto delante de mí. Puedes confiar en mí sin reservas; y ya que ambos vamos a permanecer en Nuremberg, hagamos desde ahora un pacto de sólida amistad.

Federico echó los brazos al cuello de su nuevo amigo.

—Sí; cuanto más te veo —prosiguió—, más simpático me pareces. Una voz secreta vibra en mí que parece responder al franco reclamo de tu amistad. Quisiera que tu espíritu y el mío se compenetraran, porque hay cosas que sólo el corazón comprende, y penas de cuyo alivio él sólo posee el secreto. Escucha, pues, la historia de los escasos acontecimientos de mi vida. Desde la adolescencia había soñado en las glorias del artista; aspiraba a la dicha de igualar a Pedro Fischer o a Benvenuto Cellini en el arte de fundir y cincelar los metales. Mis ensayos de joven fueron presididos por el talento de Juan Helzschuer, el platero más célebre de mi patria. Le visitaba con frecuencia Tobías Martín, el tonelero, que llevaba consigo a su hija, la gentil Rosa. Me enamoré de ella, sin hallar explicación al misterio de este afecto. Salí de mi país y fui a Augsburgo para acelerar el progreso de mi aprendizaje, pero apenas me encontré lejos de la que se había posesionado de mi corazón y de mi pensamiento, con la imagen celeste de Rosa en los ojos, el trabajo se me hizo pesado, hastiador, y sólo pensaba en los medios para llegar a la felicidad soñada. Tuve noticia de que maese Martín había declarado a todos los vientos que únicamente al tonelero más hábil de la ciudad concedería su hija, y renuncié de una vez a mi vocación artística para convertirme en un obrero. Hoy vuelvo a Nuremberg para pedir a maese Martín que me acepte entre sus oficiales. Pero a medida que me acerco al término de mis ansias, pensando en Rosa, a quien los años transcurridos deben haber embellecido más, la timidez, el temor de que me desoigan luchan en mi alma, ya que ignoro si soy amado y si puedo esperar a serlo alguna vez.

Reinhold había escuchado la historia de Federico con silenciosa atención. Al cabo de la confidencia volvió a hablar, pero su fisonomía delataba una dolorosa ansiedad, que se esforzaba vanamente en combatir.

—¿Es cierto —dijo al fin— lo que me afirmas, de que Rosa no te ha dado nunca esperanzas?

—¡Nunca! —exclamó Federico—. Cuando partí de Nuremberg era muy niña. Pero puedo suponer sin jactancia que no le desagradaba. Cuando cortaba para ella las flores más hermosas del jardín de Holzschuer, me lo agradecía con una sonrisa angelical; pero…

—¡Por lo que dices —exclamó Reinhold— hay un rayo de esperanza!

Lo dijo en una explosión de vivacidad que hizo estremecer a su amigo. Se había erguido en toda su estatura, y la daga resonaba en el cinto y sus ojos relucían.

—¡Por Dios! —le interrumpió Federico—. ¿Qué te pasa?

Y delante de aquella figura poco antes tan dulce y ahora tan agitada, no pudo defenderse de un escalofrío de temor, y al retroceder un paso topó con el saco de viaje de Reinhold, haciendo resonar una mandolina que formaba parte del equipaje.

—¡Maldito compañero! —gritó Reinhold dirigiéndole una mirada fiera y amenazadora—. ¡Vas a romper mi mandolina!

Y sacando el instrumento empezó a pulsar las cuerdas tan bruscamente, que las puso en peligro de romperse. De pronto se produjo una reacción en sus movimientos; calmado de su fiebre, volvió a guardar la mandolina en el saco, se lo cargó a la espalda y tendió la mano a Federico.

—Vamos, hermano —le dijo afectuosamente—. Lleguemos pronto a la aldea. El canto es remedio infalible para ahuyentar a los fantasmas que podrían salimos al paso. Bajemos al valle y canta, canta… ¡Me complace tanto oírte!

El azul severo del cielo se veía sembrado de miríadas de estrellas de oro, y rozaba, las altas hierbas el rumoroso vientecillo nocturno.

Huían los arroyos murmurando a lo largo de las riberas, y las voces de la soledad se dilataban en gemidos de órgano bajo las bóvedas de los bosques.

Federico y Reinhold bajaron lentamente por el camino que llevaba a la aldea.

Cuando llegaron a la posada, Reinhold dio un abrazo a Federico, y lloró largo rato lágrimas ardientes.

VI

Cuando Federico despertó al día siguiente, no viendo en su lecho de heno al compañero, creyó que había emprendido solo el camino, cuando de pronto se le presentó Reinhold con el saco a la espalda y vestido de otro modo que la víspera. No lucía ya la flotante pluma en el sombrero, ni la daga corta y ancha en el cinto, y vestía una casaca de burgués, de corte muy ordinario.

—¿Qué, no te parezco ahora un buen y franco artesano, tal como yo quiero ser? —le dijo—. Me parece que para un enamorado has dormido muy a pierna suelta. El

sol ha hecho ya una buena carrera. ¡Arriba, muchacho, ánimo y buenas piernas!

Absorto en sus planes, Federico respondió apenas a las palabras de Reinhold, electrizado por una alegría singular, que no paraba de hablar, arrojando al aire su sombrero y haciendo cabriolas como un loco. Ya fuera de la aldea, la melancolía de Federico se fue acentuando hasta que el muchacho, deteniendo el paso, exclamó:

—De buena gana dejaría de andar. La tristeza me oprime a no poder más. Déjame descansar un poco a la sombra de estos árboles.

Y al decirlo se dejó caer sobre el musgo como aniquilado. Reinhold se sentó también y volvió al tema del día antes.

—Anoche —dijo— debí causarte extrañeza. Al hablarme de tu amor y de tus temores para el porvenir, sentía una agitación que a mí mismo no me explicaba; bullía mi cerebro y peligraba de enloquecer, si al encontrarte, como por milagro, tu canción no me hubiera calmado y consolado. Esta mañana me he levantado gozoso y con buenos ánimos; se han disipado los fantasmas, y he recobrado la calma y la serenidad de espíritu. Olvidado de todo lo demás, no veo sino la feliz casualidad que determinó nuestro encuentro, y me propongo ser fiel a la simpatía que experimenté por ti desde el primer momento. La amistad es un don del cielo y sus frutos no tienen precio. Y voy a contarte, a propósito de eso, una historia conmovedora que viví en Italia, en la época de mis estancias en aquel país. Escucha bien. Aconteció que un noble príncipe, amante de las artes y esclarecido protector del verdadero talento, había ofrecido un premio considerable a la mejor ejecución en pintura de un tema muy interesante, pero cuyos detalles estaban erizados de dificultades. Dos artistas jóvenes, unidos por una leal amistad, que habitaban y trabajaban en común, se presentaron al concurso. Para tentar el éxito reunieron sus mejores dotes en imaginación y en conocimientos prácticos. El mayor, que era el más hábil para el dibujo y la composición, hizo el boceto en un abrir y cerrar de ojos. Ante esa prueba de un espíritu dotado para la creación, el más joven se sintió descorazonado y hubiera tirado los pinceles si su amigo no le hubiera animado con enérgicos consejos. Cuando empezaba a pintar la tela, el más joven se desquitó desde el primer día con la finura de la pincelada y la ciencia del colorido, que llevaba tan lejos como pudiera exigirse al más experto artista. De esta asociación de dos talentos resultó que el más joven de los dos amigos presentó al concurso un cuadro de exquisita perfección de línea, mientras el otro, por su parte, logró una maravilla de ejecución como nunca había realizado. Terminadas las dos obras, los dos artistas se abrazaron felicitándose a porfía por el buen éxito que mutuamente se prometían. Él más joven se llevó el premio.

—¿Cómo puedo aceptar yo el laurel de oro? —exclamaba—. ¿Qué sería de mi obra personal sin los consejos y los retoques de mi amigo?

Pero el mayor le respondía:

—¿No me has ayudado tú con los más atinados consejos? En cada una de nuestras obras hemos reunido lo que poseíamos entre los dos de experiencia y de

imaginación para llegar a un éxito común. El triunfo de uno de nosotros no es de ninguna manera una derrota para el otro. La gloria cubre siempre a dos amigos como nosotros con un mismo laurel. ¿Y no crees, Federico, que el pintor tenía razón? ¿Podrán nunca los celos tener acceso a las almas honradas?

—¡Claro que no! —exclamó Federico—. Por eso nuestra amistad nació en el mismo momento que nos reunió, y dentro de algunos días nos ocuparemos en los mismos trabajos y en una misma ciudad. ¿Quién sabe si a no tardar rivalizaremos, cuidando cada uno de fabricar, lo mejor que pueda, sin fuego, un magnífico tonel de dos cargas para ganar la categoría de maestro? Que Dios guarde de la rastrera envidia a aquel de los dos que obtenga el menor número de votos.

—¡Cómo! ¿Envidia? —replicó Reinhold, con alegre vivacidad—. Sólo pido que cada uno de nosotros preste ayuda a su compañero. Te advierto que en lo tocante a dibujo, conocimiento de las medidas y cálculo de la capacidad, hallarás en mí las más positivas instrucciones; además por lo que atañe a la elección de la calidad de la madera, descansa en mí; yo te guiaré en tu trabajo con verdadero celo, y no por el hecho de haber comunicado a un amigo los secretos de mi arte temeré que mi obra pueda resultar menos perfecta.

—¡Ah, querido Reinhold! —le interrumpió Federico— ¿a qué viene hablar en estos momentos de obra maestra y de rivalidades? ¿Acaso ha llegado la hora de disputarnos la bella Rosa?… ¡En mi pobre cerebro van revueltas las ideas!

—¿Pero, quién ha hablado de Rosa? —dijo Reinhold, soltando una carcajada—. Creo que estás soñando con los ojos abiertos. ¡Ea! Prosigamos adelante, que no hemos llegado todavía al término de nuestro camino.

Federico y su amigo volvieron a emprender la marcha. Pararon en la primera posada que hallaron en uno de los barrios extremos de la ciudad.

—Y ahora, ¿a quién ofrezco mis brazos? —dijo Reinhold—. A no ser que tú me hagas el favor de presentarme a maese Martín. Porque yo no tengo conocidos en la ciudad.

—¡Buena idea! —respondió Federico, faltándole tiempo para demostrar su gratitud—. Iremos los dos a hablar con él. A tu lado no sentiré tanto el miedo y no me turbaré como si fuera solo.

Después de acicalarse, salieron ambos de la posada, dispuestos a hacer una visita a maese Martín. Era domingo, y precisamente el día señalado por el rico tonelero para celebrar con un banquete la categoría gremial a la que le habían elevado. Eran poco más o menos las doce cuando nuestros dos jóvenes andantes entraban en su casa, donde tintineaban los vasos y las vajillas, y alegraban el aire las ocurrencias de los convidados.

—Mal momento para visitas —exclamó Federico.

—Al contrario —observó Reinhold—. En medio del júbilo que excita el vino generoso, los hombres son más tratables. Apostaría cualquier cosa a que maese Martín va a recibirnos muy bien.

Y efectivamente, el tonelero, al cual se habían anunciado, salió a recibirlos, sintiendo al parecer los efectos del vino en el andar, y con las mejillas rubicundas, y reconoció inmediatamente a Federico.

—¿Eres tú, buen muchacho? —exclamó—. ¡Bien, bien!… ¿Has aprendido ya la noble profesión de tonelero? Recuerdo que ese loco del señor Holzschuer, cuando yo le hablaba de ti, pretendía que habías nacido para cincelar figuras y balaustres como los tenemos aquí en la iglesia de San Sebaldo y en Augsburgo, en casa de Fugger. A mí ninguno de esos cuentos me causaba sensación, y te felicito por haber tomado la decisión más sana. ¡Mil veces bien venido!

Y al decir esto le dio un estrecho abrazo. El pobre Federico recobró el ánimo con esas muestras de afecto del tonelero, y se apresuró a aprovechar la ocasión para solicitar su admisión, y también la de su compañero en los talleres del maestro.

—Una vez más celebro vuestra llegada —insistió el tonelero— ya que actualmente llueven encargos y los buenos operarios son raros. Descargaos de los sacos de viaje y acompañadme. El convite toca a su fin, pero algo queda y Rosa se encargará de trataros lo mejor que sepa.

Y entraron los tres en el comedor.

Rodeaban la mesa los venerables maestros del gremio de toneleros, en plena animación, bajo la presidencia del digno consejero Paumgartner. Estaban ya en los postres y borboteaba en tornasoles de oro el vino del Rin servido en grandes vasos. La conversación y las risas formaban un alegre coro que hacía retemblar los vidrios; pero al aparecer maese Martín entre los dos compañeros, que presentó a los concurrentes, todas las miradas fueron a ellos, y se hizo el silencio como por encanto. Reinhold paseaba a su alrededor una mirada segura, pero Federico con los ojos bajos, parecía turbado. El tonelero les colocó al cabo de la mesa, y aquel sitio, el más humilde un momento antes, se convirtió en envidiable lugar de preferencia al sentarse la linda Rosa entre los dos nuevos convidados, a los que cuidó de ofrecer los mejores vinos y los más delicados platos.

Al lado de aquella graciosa criatura, Federico lograba apenas contener su emoción, y con los ojos fijos en el plato lleno, porque no le era posible probar bocado, decía mentalmente un sinfín de cosas tiernas a la amada. Reinhold era muy distinto; vividor, seguro de sí mismo, sabía apreciar todas las gentilezas de la niña. Rosa no podía defenderse de un íntimo placer al oírle detallar los incidentes de sus viajes; le parecía ver surgir en formas reales las anécdotas que contaba de su vida. Instintivamente su corazón se dejaba seducir por el encanto de aquel carácter excéntrico, y no tenía ni fuerza para retirar la mano que Reinhold había cogido varias veces, apretándola de un modo muy significativo.

Entretanto, instado por su amigo, Federico acabó por beber un vaso entero de vino del Rin. El calor de este líquido le subió a la cabeza y le soltó la lengua; animáronse sus venas y la sangre corría con más rapidez.

—¡Dios mío, qué feliz me siento! ¡Qué bienestar inefable!

La hija de maese Martin no pudo contener una sonrisa maliciosa.

—Rosa —prosiguió Federico— ¿sería atrevido creer que se ha acordado de mí alguna vez?

—¿Cómo podía olvidarle? —respondió la joven—. Recuerdo los días de mi infancia, cuando le agradaba jugar conmigo, y he conservado cuidadosamente el cestillo de hilo de plata que me dio una vez por Nochebuena.

—¡Amada Rosa! —exclamó Federico, olvidado de todo lo demás. Sus ojos ardían, y sentía oprimido el pecho.

—Esperaba su vuelta con impaciencia —prosiguió Rosa—. Pero, lo que no sé imaginar ni comprender es cómo, habiendo ejecutado ya entonces obras tan acabadas, bajo la tutela de maese Holzschuer, haya podido abandonar la carrera de artista y transformarse en un simple oficial tonelero.

—¡Pero si lo hice por usted! —le interrumpió Federico con entusiasmo—. ¡Únicamente por usted me he sacrificado!

Apenas lo había dicho se sonrojó y se turbó como si hubiera soltado una afirmación extemporánea. Realmente había algo de imprudencia en el fondo de esta confesión a quemarropa. Ruborizada a su vez, Rosa que lo había comprendido muy bien bajó los ojos, y no se la oyó más hasta que una feliz coincidencia vino a sacarla de aquella embarazosa situación. El señor Paumgartner, golpeando la mesa de roble con su cuchillo para que cesaran las conversaciones, anunciaba que maese Vollard, el más notable de los maestros cantores de la ciudad, iba a entonar una canción.

El aludido se levantó al punto, tosió, escupió, se sonó, se pavoneó, y con voz llena y sonora atacó un canto nacional compuesto por Hans Vogelgesang. Todos los comensales se sentían electrizados y el mismo Federico recobró el aplomo propio de la juventud. Luego que maese Vollrad hubo cantado diversas piezas, invitó a los concurrentes a que a su vez quisieran cantar. Reinhold fue por su mandolina, y después de unos suaves acordes se desplegó en este *Lied*:

> «¿Dónde está la fuentecilla que da el buen vino? En las sombras de un tonel. De allí salen las ondas de oro que se transforman en el vino que rebulle en nuestros vasos. ¿Quién ha creado el precioso envase de amables chorros áureos? El arte del tonelero es su creador. ¡El tonelero se regocija al beber su vino, y son los compañeros del tonelero el vino generoso y el amor casto y puro!».

Vivos aplausos cubrieron la voz del que cantaba, pero en todo el auditorio nadie parecía gozar como maese Martín; sin hacer caso del comentario lleno de celos de Vollrad, empeñado en sostener que el método de Reinhold participaba de las imperfecciones de Hans Müller, llenó el mayor de los vasos que había en la mesa y levantándolo exclamó:

—¡Acércate, buen compañero y alegre maestro cantor; bebe un trago en el vaso de maese Martín!

Reinhold obedeció y al volver a su sitio instó en voz baja a Federico para que diera a conocer también sus méritos, cantando lo que el día anterior le había cantado.

—¡Vete al diablo! —murmuró Federico, con un ademán de impaciencia.

Sin hacerle caso, Reinhold se levantó y anunció en voz alta:

—Venerables maestros y señores, aquí está mi querido amigo Federico, que domina mejor que yo un repertorio de baladas y canciones con las que os regalaría, si no fuera que el polvo del camino que acabamos de hacer le ha puesto algo ronco. Será, pues, si lo permiten, para la próxima reunión.

A estas palabras colmaron de atenciones y cumplidos a Federico, y algunos hubo entre aquella buena gente que pretendían, aún sin haberle oído, que su voz estaba muy por encima de los méritos de su amigo Reinhold. Maese Vollrad, después de embuchar un enorme vaso de vino, pretendió que el método de Reinhold se parecía demasiado al insulso género italiano y que el de Federico, en cambio, era fiel al tipo nacional alemán. En cuanto a maese Martín, se había hundido en su sillón, con la cabeza echada atrás, según su hábito, y golpeándose mesuradamente la barriga con los dedos exclamó:

—Señores míos, verdaderamente ahí tenemos a mis oficiales, los alegres compañeros de mesa y de trabajo de maese Tobías Martín, el tonelero más afamado de Nuremberg.

Los asistentes no hallaron nada que rectificar a esta declaración, y después de ahogar en el fondo de sus vasos lo poco que les quedaba de razonamientos y de equilibrio en las piernas, se separaron con paso vacilante para dirigirse cuanto antes a la cama. A Federico y a Renhold maese Martin les cedió en su casa un cuartito de muy buen ver.

VII

Al cabo de unas semanas de prueba, maese Martín había notado en Reinhold una aptitud poco común en el arte de medir y calcular con ayuda del compás y la escuadra, pero en cambio le veía poco dispuesto para el trabajo de taller, en el cual, en cambio, Federico se demostró infatigable. Ambos eran igualmente recomendables por su buena conducta, y de sol a sol hacían del trabajo un embeleso bordado de alegres canciones, de las cuales Reinhold tenía un rico repertorio. Cuando Federico, mirando de soslayo a Rosa, ponía en la voz un acento melancólico, Reinhold rompía a cantar un estribillo malicioso:

«¡Ni un tonel es un laúd, ni un laúd es un tonel!».

Y el viejo Martín, que no veía en ello mala intención, permanecía algunas veces un rato con el martillo en alto, sin descargar el golpe en la duela, y reía con su risa de

hombre obeso. Pero la gentil Rosa, que comprendía algo más, sabía inventar mil y un pretextos para rondar por el taller.

Un día, maese Martín entró en su taller del Portal de las Damas con ademán compungido. Sus dos oficiales predilectos estaban ajustando un barril. Se paró con los brazos cruzados delante de uno de ellos.

—Mis buenos amigos —les dijo—, estoy satisfecho de vuestro comportamiento y de vuestra labor, y así y todo muy preocupado. Me escriben que las vendimias del Rin superarán este año todos los resultados obtenidos hasta la fecha; un famoso astrólogo ha presagiado la aparición de un cometa, cuyo calor está llamado a promover una fertilidad prodigiosa; los frutos de la vid se verán centuplicados; y el admirable meteoro no volverá a aparecer hasta pasados otros tres siglos. Imaginad la enormidad de trabajo de taller que esto representa. Para comenzar, el venerable obispo de Bamberg, el más fino catador de Alemania, me encomienda la construcción de un inmenso tonel. Solos, no podremos con tanto encargo como nos viene encima; por esto me veo precisado a tomar otro oficial que sea diestro, activo y celoso como vosotros mismos. Líbreme Dios de contratar a nadie de quien no tenga los mejores informes. ¡El tiempo apremia! ¿Qué vamos a hacer para quedar bien servidos? ¿Vosotros, no conoceríais algún otro oficial? Dondequiera que se encontrase le mandaríamos a venir, y en cuanto al jornal no me duelen prendas.

Apenas había terminado de decir estas palabras, se abrió ruidosamente la puerta del taller y compareció un joven de aventajada estatura, decidido y bizarro, que gritó con voz estentórea:

—¡Hola! ¿Es éste el taller de maese Martín?

—Éste es —respondió el maestro andando unos pasos al encuentro del forastero —. Pero, no es para entrar en él, mozo, a manera de un diablo dispuesto a arremeter contra todo y voceando de esta manera. Éste no es modo de entrar en las casas.

—¡Ah, ahí —repuso el joven—! ¿Sería usted acaso maese Martín en persona? Vientre hinchado, triple sotabarda, unos ojos que echan llamas y una nariz cubierta de granos… Exactamente como me lo han descrito. ¡Maese Martín le saludo con veneración!

—¿Y qué diablo pretende usted de maese Martín? —le preguntó el tonelero, de mala gana.

—Soy oficial tonelero de cierto mérito —repuso el joven— y ando en busca de trabajo.

Retrocedió unos pasos el tonelero, sorprendido al ver que un mozo de tan buen talante se presentaba precisamente cuando le era necesario. Le miró de pies a cabeza, y viéndole sano y vigoroso se apresuró a pedirle certificados de los maestros bajo cuyas órdenes hubiera trabajado.

—No los tengo ahora —replicó el joven— pero los pediré y creo que se los podré dar dentro de unos días. Interinamente espero que bastará que empeñe mi palabra de hombre honrado y de buen operario.

Y sin dar tiempo al maestro a hilvanar una respuesta, el nuevo oficial, dirigiéndose a un extremo del taller, dejó en el ángulo el sombrero y el saco de viaje, se puso en mangas de camisa, y ciñó su delantal de trabajo exclamando de un talante decidido:

—¡Vaya, maese Martin! ¿Con qué empezamos?

Sorprendido de esta entrada en funciones que parecía excluir hasta la posibilidad de una negativa, el tonelero reflexionó breve rato, y dirigiéndose de nuevo al forastero le dijo:

—Ya que tanta confianza tiene en sí mismo, compañero, dé pruebas de su aptitud ahora mismo. Empuñe la doladera y acabe de pulirme sobre este banco los aros para afirmar este barril.

El recién llegado se puso a la obra y pronto hubo ya terminado la pieza que era como la prueba del examen.

—¿Qué le parece a usted, maestro? —dijo con su jovialidad característica—. ¿Duda todavía de mis capacidades? Pero veamos un poco las herramientas de que se sirven por aquí.

Y lo removió todo, examinando cada objeto con ojos de hombre entendido.

—Maestro —exclamaba de vez en cuando—, hágame el favor de ese martillo… ¿No es más bien un juguete de sus chicos? Y esta doladera diminuta, ¿será para uso de aprendices?

Con mano vigorosa, hizo dar vueltas a un enorme martillo, del que Reinhold no hubiera podido servirse y que Federico levantaba con dificultad, y con no menos soltura se entretuvo en juegos malabares con la doladera de maese Martín. Por remate de proezas hizo bailar un par de grandes toneles con la misma facilidad que si jugara con unos chirimbolos, y luego, cogiendo con ambas manos una duela maciza que la garlopa no había adelgazado todavía, exclamó:

—Es de buena madera de roble, pero quebradiza como el vidrio.

Y pasando de las palabras a la obra, rompió la duela contra el canto de una piedra de afilar.

—¡Por las reliquias de San Sebaldo, basta ya de pruebas, compañero! —exclamó maese Martín—. No fuera caso que, dejándole hacer, me rompiera los fondos de este tonel de dos cargas y que destroza todo el taller. ¡Capaz sería de hundir la casa! ¡No pretenderá usted que vaya a pedir a guisa de doladera, la espalda de Rolando, el paladín, que se conserva en la Casa de la Villa de Nuremberg!

—¿Y por qué no si eso hubiera de complacerle? —respondió el joven, dirigiendo al tonelero una mirada llena de fuego; pero pronto bajó los ojos, y prosiguió, con voz más apacible— Mi única idea ha sido, querido maestro, que tal vez pudiera necesitar para sus trabajos de mayor envergadura un obrero vigoroso; pero quizá pensará usted que he pasado los límites de lo permitido. Le ruego que me lo perdone y que me permita quedarme en su casa a trabajar con todo el rigor que quiera usted exigirme.

El tonelero Martín iba de sorpresa en sorpresa. La transición apacible del joven oficial le causaba una sensación indefinible. Los rasgos y los ademanes de aquel hombre eran trasunto de un alma honrada, que no dejaba lugar a dudas. Había en su fisonomía un parecido con la de alguien que en su pasado conoció y veneró, sin que el recuerdo llegara a concentrarse. Accedió por fin al ruego del joven, con la única condición de que respondieran de él los maestros en cuyos talleres había aprendido el oficio.

Mientras se estaba arreglando este asunto, Reinhold y Federico terminaban su barril y comenzaban a ponerle los aros. Para animarse al trabajo entonaron un *Lied* de Adán Puschmann. Pero Conrado, tal era el nombre del nuevo compañero, les increpó:

—¿Qué galimatías es ese? ¡Diríase un millón de ratones que invaden el taller! Si pretendéis cantar que al menos sea de manera que el canto estimule al trabajo. Voy a daros el ejemplo de lo que debiera ser.

Y con voz de trueno se puso a aullar una canción de cazadores que terminaba en gritos inarticulados que remedaban a la perfección ora los ladridos de una jauría que se lanza tras la pieza ora las exclamaciones de los cazadores, y con tal vigor que la casa trepidaba. Maese Martín se tapaba las orejas, y los chicos de la señora Marta, la viuda de Valentín, abandonaban sus juegos y corrían a guarecerse debajo de un montón de viruta, y Rosa, que acertaba a entrar en la casa, temió una desgracia al oír aquellos gritos inauditos, cuya causa ignoraba. En cuanto Conrado se dio cuenta de la presencia de la hija del maestro cesó de cantar, y acercándose a ella con la más noble actitud y el acento más amable, le dijo:

—¡Oh, mi encanto, qué claridad celeste ha iluminado esta pobre cabaña de obreros al entrar usted en ella! A saber que estaba usted tan cerca me hubiera abstenido de herir sus oídos con mi canción salvaje. Y vosotros —prosiguió, dirigiéndose a Martín y a los dos compañeros— ¿no creéis que debemos imponer un momento de silencio a los martillos mientras esta joven querida permanece entre nosotros? Aquí no cabe más que la dulzura de su voz, y no deberíamos soñar en otra ocupación que la de atender a sus más mínimos deseos y obedecerlos humildemente.

Reinhold y Federico cambiaron unas miradas, que eran testimonio de cómo les descontentaba el requiebro. En cuanto a maese Martín soltó una de sus acostumbradas carcajadas y respondió:

—¡Pardiez, Conrado! Me parece usted el pájaro más singular que jamás haya metido la pata en mi casa. Entra usted dispuesto a hacerlo polvo todo bajo su pie de gigante mal criado; a continuación nos vuelve locos con sus aullidos, y para colmo de locuras se dirige a Rosa como a una princesa, con el ademán y con el lenguaje de un gran señor. Creo que mejor que mi taller, le convendría una celda en el manicomio.

—Su hija querida —respondió Conrado sin que aquel reproche algo vivo pareciera hacerle mella—, su amada Rosa es, bien puedo decírselo, la criatura más graciosa y más noble del universo; quiera el cielo que no sea insensible a los

homenajes del más galante heredero de alcurnia que un día u otro pondrá a sus plantas su amor y sus blasones.

Maese Martín se contenía con ambas manos los costados para no estallar, pero, a despecho de sus esfuerzos una risa homérica se apoderó de él, y se removía como un endemoniado sobre su banco de trabajo. Al recobrar la palabra, exclamó:

—Sin reparos, compañero, dedique a mi Rosa los nombres más preciosos que pueda imaginar; no seré yo quien lo impida, antes al contrario; pero lo que le recomiendo es que no deje holgar el martillo, que el trabajo apremia y la galantería debe ceder el paso.

La alusión llegó al alma de Conrado, que respondió con fingida frialdad:

—Tiene razón.

Y volvió a su labor.

Rosa se había sentado cerca de su padre, encima de un barril que Reinhold acababa de pasar por la doladera para hacerlo más elegante, y que Federico se había apresurado a acercar a la joven. El maestro rogó a sus dos oficiales predilectos que cantaran para Rosa la canción que tan rudamente había interrumpido Conrado; éste permaneció mudo, sin prestar atención a otra cosa que a su trabajo.

Una vez terminado el canto, el tonelero tomó nuevamente la palabra:

—El cielo os ha dotado de talento, compañeros; no sabéis hasta qué punto llega mi pasión por el canto. Antaño tomé muy en serio la profesión de maestro cantor, pero en pago de mis esfuerzos únicamente coseché pullas de toda ley, porque unas veces falseaba las claves o el compás, y otras, si bien cantaba afinadamente por casualidad, mezclaba unas con otras las melodías. Me satisface ver que lo hacéis mejor que vuestro patrono, y será para mí un gusto oír elogiar a los oficiales de Tobías Martín que han logrado un éxito en lo que para él ha sido un fracaso. El próximo domingo los maestros dan un concierto en la iglesia de Santa Catalina, ambos podríais tomar parte en él y hacer un papel de lucimiento, ya que una parte de la sesión se consagra a los cantores forasteros que tengan a bien cantar delante de una concurrencia selecta. Así, pues, mi señor Conrado —prosiguió maese Martín— si le es grato obsequiar a los oyentes con aquella canción salvaje, puede darse este gusto.

—¿A qué hacer burla de mí, querido maestro? —respondió Conrado, sin levantar los ojos— Cada cosa en su sazón; he aquí por qué he resuelto tumbarme sobre el césped aquel día, mientras dure la reunión de los maestros cantores.

Lo que el tonelero había previsto se cumplió. Reinhold subió a la tarima y cantó varias veces a satisfacción de todos. Y cuando llegó la vez de Federico, éste paseó por la asamblea una ancha mirada velada de melancolía, que llegó al corazón de Rosa, y con la voz graciosamente modulada entonó una canción de Enrique Frauenlob, que mereció nutridos aplausos, ya que los entendidos reconocieron unánimemente que el joven forastero les superaba a todos.

Al atardecer, cuando tocaba a su fin el concierto, maese Martín, transportado por el buen éxito de sus oficiales predilectos, les permitió acompañarle, al lado de su hija,

a una pradera de las que ciñen la ciudad. Rosa andaba ágil y retozona entre los dos jóvenes; Federico, enorgullecido por los elogios que delante de ella le habían prodigado los maestros cantores, se permitió susurrar al oído dulces palabras, cuya intención amorosa no dejaba lugar a dudas, si bien ella hacía como si lo ignorara y se ocupaba, al parecer, de Reinhold, quien llevó la audacia o la desenvoltura hasta apoderarse como por azar de aquel brazo, el más lindo y bien torneado que haya existido jamás en un cuerpo femenino. Una vez en la pradera, término del paseo, se reunieron con otros grupos juveniles que hallaban diversión en un sinfín de juegos y de ejercicios en que el vigor físico decidía la victoria. El tonelero Martín, no menos curioso que los demás, se abrió paso a codazos para ver más de cerca al feliz vencedor, objeto de los interminables vítores de la concurrencia. Éste no era otro que Conrado, que se llevaba todos los trofeos en la carrera y en la lucha, y se demostraba el más certero entre los tiradores. En aquel mismo momento Conrado, elevando la voz, retaba a un combate a espada a los más hábiles de sus rivales. A todos venció Conrado, que de este modo se llevó todos los honores de la jornada.

Iba el sol a su ocaso y las llamas rosadas del crepúsculo se extendían en el horizonte como una barrera de oro. El tonelero, Rosa y los dos artesanos se habían sentado cerca del chorro de una fuente que regalaba al césped frescor y fertilidad. Reinhold se había puesto a relatar múltiples recuerdos de la brillante Italia, en tanto que Federico estaba pendiente de las miradas de Rosa, en silencioso recogimiento. Conrado había venido con el paso tardo del hombre que vacila y que recela algo.

—Vaya, Conrado, acérquese de una vez —le había gritado maese Martín—. Ha sido para usted una tarde de éxitos francos y halagüeños. Mi parabién. Me satisface ver distinguirse en todo a mis oficiales. Aquí tiene usted sitio: ¡Acérquese!

Lejos de sentirse halagado por esta cordialidad, Conrado dejó caer sobre su patrón una mirada orgullosa y displicente.

—No es a usted a quien buscaba, y puede creer que no necesitaría permiso para sentarme a su lado si se me ocurriera. He vencido hoy a todos los que han querido competir conmigo, y ahora quiero suplicar a su hermosa hija que me otorgue como premio de mi victoria el ramo perfumado que adorna su pecho.

Y al decirlo puso humildemente la rodilla en el suelo delante de Rosa y la cubrió de una mirada ardiente.

—Bella Rosa —le dijo luego— no me niegue este favor tan sencillo, pero precioso para mí.

La hija de maese Martín no pudo negarse a un ruego tan cortés.

—Es muy justo —le dijo— que un caballero de sus méritos obtenga algún recuerdo de la dama de sus pensamientos. Para usted es el ramo, pero ¡mire cómo se han marchitado ya las flores!

Conrado prendió en su sombrero aquellas flores después de cubrirlas de besos ardientes. El padre no parecía dar importancia a este primer tiento.

—Ea —dijo— basta de niñerías, que ya ha anochecido y es hora de que volvamos a casa.

Pasó él delante, Conrado enlazó su brazo al de la joven con una galantería que contrastaba singularmente con las maneras bruscas que le eran habituales, y Reinhold y Federico siguieron en último término con ademán desabrido, teñido de mal humor. Y los paseantes decían al verles:

—¡Fíjense, ahí va el acaudalado tonelero Tobías Martín y sus bravos oficiales!

VIII

Desde la aurora del día siguiente, la linda Rosa, sentada a un lado de la ventana de su cuartito, soñaba dulcemente en la tarde anterior. La labor de tapicería se le había caído de las rodillas, sus manos blancas surcadas de azuladas venas se habían juntado como para orar, y su cabeza graciosa se inclinaba sobre su pecho. ¡Quién diría por qué regiones vagaban sus recuerdos! Tal vez le parecía oír resonar las tiernas canciones de Reinhold y de Federico, o prefería acaso imaginar a sus pies el bizarro Conrado que le pedía de rodillas, con la mirada ardiente y la voz acariciadora, el premio de las victorias obtenidas en los juegos del día anterior. Dejaba de balbucear unas notas para susurrar unas sílabas entrecortadas, como de quien sueña.

—¿Quiere usted el ramo?

Un ojo perspicaz hubiera sorprendido en sus mejillas un reflejo de un rosa más subido que de ordinario y debajo de los párpados casi cerrados unos vagos destellos que hacían palpitar sus pestañas de ébano, y hubiera adivinado el secreto de los suspiros que henchían su fino corpiño. Pero, he aquí que la señora Marta, la viuda de Valentín, entró en el cuartito, y Rosa, sobresaltada en el ensueño de sus recuerdos, se apresuró a contarle detalladamente la fiesta de Santa Catalina, y el paseo al atardecer por entre las matas en flor. Al cabo de la importante narración, la señora Marta le dijo, sonriente:

—Quiero creer que eres dichosa, mi querida Rosa, de poder elegir entre los tres galanes.

—¡Por Dios! ¿Ha dicho usted tres galanes?

—¿Y por qué no? —insistía Marta—. ¿A qué tantos misterios a propósito de un asunto que salta a la vista? ¿Crees que pasa desapercibido el hecho de que los tres oficiales de maese Martín están prendados de ti con verdadera pasión?

—¡No me hable más de eso! —la interrumpió la joven, con los ojos bañados de llanto.

—Vamos, niña —repuso Marta, estrechando a Rosa en sus brazos—, no me ocultes la verdad. No puede haberte pasado por alto que los tres jóvenes se distraen del trabajo cuando apareces tú, y que sus martillos no dan en el clavo porque ponen

en ti la mirada. ¿Acaso no sabemos que una muchacha se da cuenta en seguida de esas cosas? Bien sabes tú que Reinhold y Federico reservan sus más bellas canciones para las horas en que tú te sientas a trabajar al lado de tu padre. ¿Y no has *notado tampoco el cambio que se ha obrado en Conrado*, antes tan brusco y *destemplado en sus modales? Cada* mirada tuya hace a un hombre feliz, y a dos celosos. No me dirás que no sea agradable ver enamorados de ti a tres jóvenes, a cual más apuesto. Y si un día te acercaras a mí con miras y me dijeras: Aconséjeme, señora Marta ¿cuál de los tres merece mi mano y mis afectos?, ¿sabes lo que respondería, querida Rosa? Escoge tú misma y harás tu felicidad. Si fuéramos a discutir el mérito, Reinhold me es bastante agradable, Federico también y Conrado igualmente, aunque en cada uno hallaríamos algún defecto. Cuando les veo de la mañana a la noche trabajando con tan buenos ánimos, pienso a pesar mío en mi pobre Valentín y me digo que, si no era más hábil que ellos en el oficio, se entregaba a él más seriamente. Sólo se ocupaba de manejar la doladera o de ajustar según el arte las duelas, mientras que los tres oficiales de maese Martín se me antojan una gente que se ha impuesto voluntariamente una tarea, y que acaricia un plan que yo no veo todavía claramente. Con todo, criatura, si quieres creerme tu preferido sería Federico. Entiendo que es generoso y noble como el oro, y también me parece el más sencillo y el más cercano a nuestro modo de ser en sus maneras, su lenguaje y su línea de conducta. Y además me cautiva el progreso lento, silencioso, de su tímido amor. Hay en él la incertidumbre y el candor de un niño. Se atreve apenas a dirigirte la mirada; se sonroja cuando le hablas. Estas cualidades, querida, valen más que otras que las exceden en brillantez; y he aquí por qué este muchacho me atrae.

Al oír hablar así a la señora Marta, no pudo contener Rosa dos grandes lágrimas que brillaban en sus ojos hacía un rato. Se levantó y se acercó a la ventana para apoyarse en su alféizar.

—Amo a Federico, es cierto —dijo con una graciosa mueca— pero ¿no es también digno de ser notado Reinhold?

—Tienes razón —exclamó la señora Marta—. Hemos de confesar que de los tres, es el de figura más aventajada. Nunca he visto otros ojos que centelleen como los suyos cuando te miran; pero hay un no sé qué de raro y de afectado en toda su persona que me causa un malestar indefinible. Me digo que un tal oficial hace demasiado honor al taller de maese Martín. Cuando habla diríase que hay música en lo que dice, y cada una de sus palabras te transporta más allá de la vida real; si intentas reflexionar sobre lo que acaba de decir, habrás de confesar que no has comprendido nada. Por lo que a mí atañe, le considero como a un ser de una naturaleza distinta de la nuestra, y hecho, en cierto modo, para vivir dentro de otras leyes. En cuanto a Conrado, el brusco Conrado, es una mezcla de pretensiones y de orgulloso que desdicen del delantal de cuero de un simple artesano. Cada uno de sus gestos es imperativo, como si tuviera el gobierno de la casa; y, efectivamente, desde que está aquí, el mismo maestro ha sentido los efectos de su ascendiente, hasta el

punto de doblegar delante de él su voluntad de acero. Si olvidamos lo poco grato de su temple, es por lo demás el mejor de los hombres, y muy leal; llegaría a decir que prefiero su rudeza, su cerrilidad, a la exquisita elegancia de modales de Reinhold. Debe haber servido en la milicia, porque conoce muy bien el manejo de las armas y es capaz de unos ejercicios que no son propios de quien no hubiera sido hasta ahora más que un obscuro obrero… Pero me parece, querida Rosa, que te veo distraída, a cien leguas de lo que estoy diciendo. Vamos a ver. Tú, ¿cuál de los tres preferirías para novio?

—Es mucho preguntar —respondió la joven—. Todo lo que puedo decirle es que a Reinhold no le juzgo como usted hace.

Al oír esto la señora Marta se puso en pie, y moviendo la mano con gesto amable, resumió:

—Basta. Así, pues, será Reinhold el novio. Esto cambia todas mis ideas…

—Le ruego —exclamó Rosa, acompañándola hasta el umbral—, le suplico que no haga suposición ninguna sobre lo dicho porque, ¿quién puede asegurar lo que será el mañana? Que la Providencia decida.

Desde hacía unos días una rara actividad animaba el taller del tonelero. Maese Martin se vio obligado, para atender a todos los encargos que iban llegando, a reclutar otros aprendices y jornaleros, y de la aurora a la noche los martillazos levantaban un ruido ensordecedor. Habíase confiado a Reinhold el cálculo de la capacidad del gran tonel encargado por Su Alteza el príncipe obispo de Bamberg. A esta labor de inteligencia y reflexión, Federico y Conrado le habían prestado el auxilio de la fuerza y destreza de sus brazos, y gracias a su celo se logró una ejecución tan perfecta que maese Martín no cabía en sí de gozo. Bajo su inspección los tres compañeros cuidaban de colocar los aros, y los martillos se enarbolaban y caían acompasadamente, mientras el anciano Valentín, el abuelo de los huerfanitos, pulía las duelas y la buena Marta compartía las horas entre las faenas caseras y la vigilancia de los chicos.

Era tal el ruido en el taller, que no habían notado los pasos del señor Holzschuer. El primero en darse cuenta de su entrada fue maese Martín, que se dirigió a él para preguntarle qué deseaba.

—Dos cosas —respondió Holzschuer—. Ante todo, ver a mi antiguo alumno Federico, al que encuentro trabajando de lo lindo, y luego rogar a usted, querido maestro, que mande construir para mi bodega un tonel de los más grandes. ¡Toma! Según veo, están terminando uno que me conviene. Diga el precio.

Reinhold que después de un corto descanso volvía a su labor, oyó las palabras del señor Holzschuer, y respondió, poniéndose en lugar del maestro.

—Abandone usted esta idea, querido señor; se trata de un encargo del respetable príncipe obispo de Bamberg, y nos lo ha pagado ya.

—En verdad, no me es permitido cedérselo —reafirmó maese Martín—. Basta fijarse en lo escogido, en lo acabado de la labor para comprender que el tonel irá a

una bodega de príncipe. ¿No se ha fijado usted? No piense más en él, como ya le ha advertido mi compañero. Le prometo para después de la vendimia un tonel que siendo más sencillo le servirá lo mismo.

El viejo Holzschuer, amoscado por los pretextos del maestro Martín, le replicó bruscamente que su dinero valía tanto como el oro del príncipe obispo de Bamberg, y que ya sabría él proveerse en otro sitio y más ventajosamente, de unos toneles no menos bien fabricados. Al tonelero le costaba contener su cólera; forzado a callar en presencia del señor Holzschuer que gozaba en Nuremberg de una gran autoridad, devoró su despecho, y miró alrededor buscando un pretexto cualquiera para desahogarse, cuando Conrado, que no estaba muy atento a la conversación, empezó a darle nuevamente al martillo, para ceñir las duelas con los aros. Volvió la cabeza maese Martín, y golpeando el pavimento con el pie, le increpó:

—¡Animal, estúpido! ¿Estás loco? ¿No comprendes que vas a romper el tonel más fino que haya salido de los talleres de Nuremberg?

—¡Oh! ¡Oh! —dijo Conrado—. Mi maestrillo se incomoda. ¿Y, por qué, si me diera la gana no puedo yo romper el famoso tonel?

Y volvió a sus violentos martillazos, de manera que, saltando el aro principal por culpa de un golpe descentrado, toda la máquina quedó desajustada.

—¡Pero condenado! —aulló maese Martín, rebosando rabia; y arrebatando de las manos del viejo Valentín una duela que éste estaba puliendo con el cepillo, descargó un rudo golpe sobre la espalda de Conrado, dejándole aturdido; pero después de esta primera impresión relampaguearon los ojos del joven, y rechinando los dientes exclamó con voz ronca:

—¡Toma! Había cogido la doladera más grande que tenían en el taller y la lanzó con todas sus fuerzas contra el maestro. Federico tuvo escasamente tiempo para apartarse, y el acero afilado, cuyo choque hubiera abierto el cráneo del anciano, sólo le alcanzó el brazo. Brotaba sangre de la herida; el tonelero perdió el equilibrio, y dando un tumbo por encima del banco de uno de los aprendices dio con su cuerpo en el suelo.

Todos corrieron para sujetar a Conrado, cuyo furor se había exasperado delante del mal que acababa de hacer. Acrecentadas sus fuerzas por la cólera, se le veía dispuesto a quitarse de delante cualquiera resistencia; enarbolando la doladera ensangrentada iba a descargar un segundo golpe, cuando acudió Rosa, pálida como la muerte, al oír la barahúnda. Su aparición desarmó a Conrado, quien, arrojando lejos de sí la doladera, cruzó los brazos sobre el pecho y permaneció unos momentos inmóvil como una estatua. Después una íntima conmoción le hizo volver en sí, y dando de pronto un aullido desgarrador salió disparado. Nadie le persiguió.

Los que habían sido testigos de la escena ayudaron a ponerse en pie al herido, y reconocieron que, por suerte, la doladera sólo había rozado las carnes. El viejo Holzschuer, refugiado detrás de un montón de tablas, se decidió a reaparecer y soltó una diatriba contra los oficios que ponían en manos de la gente común instrumentos

mortíferos, y aconsejó a Federico que abandonara el taller y volviera a su primer oficio, al arte de fundir y cincelar los metales. En cuanto a maese Martín, al volver en sí y ver que había salido del apuro con poco más que el susto, se limitó a lamentarse del perjuicio causado al tonel de Su Alteza el príncipe obispo de Bamberg.

Después del suceso, maese Martín y el señor Holzschuer se fueron en silla de manos, y Federico y Reinhold volvieron a pie a la ciudad. Por el camino, ya casi de noche, oyeron cerca de un seto una voz gemebunda, que les pareció reconocer y un alto espectro se levantó de una zanja, tan bruscamente, que los dos amigos retrocedieron asombrados. Era Conrado quien les salía al paso. Desolado de su acto y de los resultados irreparables que suponía para su porvenir, les dijo:

—¡Adiós, amigos míos! ¡Adiós! No me veréis más. Sólo os ruego que digáis a Rosa que la amo, y procurad que no maldiga mi memoria. Decidle que guardaré su ramo sobre el corazón toda mi vida. ¡Adiós, adiós, mis buenos camaradas! —y desapareció a campo traviesa.

—El pobre Conrado no parece mal hombre —dijo Reinhold a su amigo—. Pero hay en él algo raro y misterioso, y su conducta no puede juzgarse según las reglas de la moral ordinaria. Tal vez con el tiempo conoceremos el secreto que nos oculta.

IX

Desde aquella fecha reinaban en el taller de maese Martín el aislamiento y la tristeza. Reinhold había perdido su afición al trabajo y se pasaba horas enteras encerrado en su cuarto; maese Martín llevaba el brazo en cabestrillo y sólo de tarde en tarde abría la boca para maldecir al malvado forastero. Ni Rosa ni la señora Marta con sus chicos se atrevían a permanecer en el taller donde había tenido lugar aquella sangrienta escena. Y así como, al aproximarse el invierno, se oye algunas veces el hacha de un leñador solitario que rompe el silencio de los bosques, ahora se oía de sol a sol el martillo de Federico, que sin ayuda y lentamente iba dando remate al tonel para el obispo de Bamberg.

La melancolía y el abatimiento se cebaban en el alma del joven. Rosa no ponía los pies en el taller desde que Reinhold, bajo pretexto de enfermedad, permanecía en su habitación, y de esto deducía Federico que era su amigo el preferido de la joven. Anteriormente ya le había parecido observar que reservaba para él sus más graciosas sonrisas y sus mejores palabras. No cabía duda. Llegado el domingo, en vez de aceptar la invitación de maese Martín casi curado de la herida, a un paseo con Rosa por las afueras de la ciudad, salió solo, bajo el peso de todas las congojas de su pensamiento, hacia el collado donde por primera vez había visto a Reinhold. Se tumbó en el césped, y se dio a soñar en las decepciones de su vida. Las esperanzas se habían borrado una tras otra como estrellas errantes, y lloró sobre la pradera cuajada

de flores, que se inclinaban bajo el rocío de las lágrimas, como apenadas de su dolor. Y luego, sin que pudiera explicarse cómo, los suspiros que la brisa se llevaba convirtiéronse en palabras y se puso a cantar su pena, como hubiera podido cantar su gozo:

«¿Adónde has huido, estrella de mis esperanzas? ¡Cuán lejos estás de mí! Tu dulce brillo se ha borrado para alegrar otras miradas que te reclamaban. ¡Levantaos, tormentas nocturnas, menos terribles que las de mi corazón! ¡Sembrad a mi alrededor la tristeza y el luto! Mis ojos están anegados de lágrimas y sangra mi pobre corazón. ¿Por qué murmuráis tan tiernamente, olorosos bosques? Nubes de oro, velos del espacio, ¿a qué brillar con alegres destellos? ¡Ay, podréis derramar sobre mi tumba vuestros aromas y vuestras claridades! ¡La tumba es mi última esperanza porque en ella encontraré el sueño apacible de la eternidad!».

La voz de Federico iba reanimándose a medida que cantaba. Sintió en el pecho oprimido algún alivio, y su llanto era menos amargo. El viento de la noche susurraba en el follaje de los tilos jóvenes, los ecos misteriosos que circulan bajo los grandes bosques hacían llegar a su oído unos acentos dulces como palabras de un ser querido, y el horizonte ceñido de brumas de oro y púrpuras parecía instarle a que emprendiera las sendas de un porvenir más risueño. Federico se puso en pie, y volvió a bajar la pendiente bordeada de flores que conducía a la ciudad. Ya más calmado, evocaba otro atardecer en que seguía el mismo camino al lado de Reinhold, haciendo protestas de amistad perdurable. Recordando también la historia que entonces le contó aquél, a propósito de los dos pintores italianos, la expresión de sus ojos cambió como por encanto. Una luz de dolorosa certidumbre bañaba su pasado. Se persuadía de que Reinhold había amado a Rosa, y que fue este amor lo que le había devuelto a Nuremberg, bajo el techo de la casa del tonelero. La narración de la rivalidad amistosa de los dos pintores por obtener el laurel de oro le parecía simbolizar la rivalidad amorosa de la cual Rosa sería el galardón. Las palabras de Reinhold le volvían a la memoria y cobraban un sentido que antes no se le había manifestado.

—Entre dos amigos —se dijo a sí mismo— no pueden prosperar ni el rencor ni la envidia. Será, pues, a ti, amigo cordial, a ti mismo a quien acudiré para saber si ha llegado la hora de que renuncie a toda esperanza.

Con estos pensamientos llegó Federico al umbral de la habitación de Reinhold. Pesaba un gran silencio en el espacio que el sol iluminaba con sus alegres rayos. Empujó la puerta, que estaba entornada, y entró, pero apenas había andado dos pasos quedó como clavado en el suelo, inmóvil como una estatua. Rosa, en la plenitud de sus encantos, le apareció magistralmente pintada en un retrato de tamaño natural; el tiento y la paleta apoyados en el caballete daban indicios de un trabajo reciente.

—¡Rosa! ¡Rosa! ¡Dios eterno! —suspiró Federico.

En el mismo momento sintió que alguien le ponía la mano en la espalda. Era Reinhold.

—¿Qué opinas de este retrato? —le preguntó cariñosamente, con una sonrisa de felicidad.

—¡Eres un hombre muy superior a mí; eres todo un artista! —respondió Federico, abrazándole—. Ahora lo veo claramente. Tú mereces el premio que yo fui lo bastante loco para intentar disputarte. Porque yo tuve también un bello propósito de artista. Me había encariñado con la idea de fundir una estatuita de plata fina a la divina semejanza de Rosa. Ahora conozco lo insensato de mi orgullo. ¡Eres tú el único afortunado, el creador de la obra maestra! Repara cómo se anima su sonrisa con una vida celeste. ¡Los ángeles deben mirar así! Hemos luchado los dos para obtener lo mismo, pero son tuyos, Reinhold, el triunfo y el amor. A mí no me queda más remedio que abandonar este hogar y esta patria. Conozco que no he de ver nunca más a Rosa; no lo soportaría. ¡Perdóname, amigo! ¡Emprenderé hoy mismo mi triste peregrinación por el mundo, sin llevar conmigo nada más que mi amor y mi pobreza!

Con estas palabras Federico iba a salir, pero Reinhold se lo impidió con amistosa violencia.

—Tú no saldrás de aquí —le decía con afectuosa instancia—, porque todo puede resolverse de modo muy distinto de como tú imaginas. No he de ocultarte por más tiempo el secreto de mi vida. Bien ves tú que no he nacido para ser tonelero, y la vista de este cuadro te ofrece la prueba de que no soy de los últimos entre los pintores. En los primeros años de mi juventud recorrí las ciudades de Italia para estudiar las obras de los grandes maestros. Mi talento desarrollado a base de una natural vocación, hizo que progresara rápidamente. Pronto vino a mí la fortuna del brazo de la gloria, y hasta el duque de Florencia me favoreció. En aquella época yo ignoraba todavía lo que ha producido el genio alemán, y hablaba sin conocimiento de causa de la frialdad, del desabrimiento de un Durero o de un Cranach, cuando cierto día un negociante en cuadros me puso delante una tela no muy grande del viejo Alberto: era una Madona, cuyo carácter sublime y cuya acabada ejecución me transportaron. En medio de mi entusiasmo comprendí en seguida que había algo mejor que la gracia amanerada del género italiano, y me decidí a recorrer los talleres de los pintores célebres de Alemania para iniciarme en los secretos de sus creaciones. A mi llegada a Nuremberg el primer objeto que impresionó mis ojos fue Rosa. Me pareció ver en la realidad a la bella Madona de Alberto Durero. Brotaba en mi alma un amor inmenso, como un incendio. Todo lo demás que en el mundo existía se borró de mi pensamiento, y me pareció que el arte, mi ocupación exclusiva hasta entonces, no tenía a partir de aquel momento otra misión que la de reproducir hasta el infinito los rasgos del divino objeto de mi pasión. Busqué los medios para introducirme en la morada de maese Martín. Me resultó de lo más difícil. Las astucias de que ordinariamente se valen los enamorados no hacían al caso. Iba a anunciarme abiertamente cerca de Tobías Martín y a pedirle la mano de su hija, cuando me enteré casualmente de que el honrado artesano había decidido formalmente que sólo aceptaría como yerno al más hábil tonelero de la comarca. No perdí el ánimo ante aquel obstáculo. Partí para

Estrasburgo, donde aprendí el penoso oficio, dejando al cuidado de la Providencia la recompensa de mis esfuerzos. De lo restante tienes ya noticia. Una sola cosa me queda por revelarte, y es que no hace mucho, en un acceso de humor feliz, maese Martín me vaticinó que bajo sus auspicios llegaría a ser un famoso tonelero, y que le sería grato verme un día casado con su linda hija, que no me miraba con indiferencia, según él.

— ¡Ah, bien lo veo, es a ti a quien ama! —le interrumpió Federico—. Para ella yo no soy más que un modesto obrero, y en cambio, ha adivinado en ti el artista.

—¡Vaya, querido hermano, estás delirando! —repuso Reinhold—; no tienes en cuenta que Rosa no se ha pronunciado hasta la fecha por ninguno. Sé muy bien que se ha portado conmigo afablemente, pero de esto al amor hay un buen trecho. Prométeme, hermano, que permanecerás aquí otros tres días, en perfecta calma. He dejado a un lado los toneles, pero es que desde que me ocupo de esta pintura, todo lo que me distrae de ella me fastidia, y me siento cada vez menos dispuesto a proseguir en las tareas abrumadoras de un obrero.

Estoy decidido a echar a todos los diablos la doladera y el martillo. Dentro de tres días podré revelarte sinceramente las disposiciones de Rosa. Si me ama, continuarás tu ruta, y verás cómo el tiempo cura todas las penas, aun las que parten el corazón, como vulgarmente se dice.

Y Federico le prometió que esperaría.

Tres días más tarde, al anochecer, Federico volvía lentamente a la ciudad, después de su jornada de trabajo. No sin inquietud evocaba algunas torpezas que le habían valido reprimendas de parte del maestro. Había notado también que éste parecía preocupado, como removido por una íntima tristeza, y había podido entresacar de sus conversaciones los términos «cobarde intriga»…, «bondad mal recompensada». Pero no le había dado a él en particular ninguna explicación, y Federico no sabía qué pensar de ello cuando encontró cerca de los portales de Nuremberg un hombre a caballo. Era Reinhold.

—¡Ah! —exclamó éste—. Llegas a propósito. He de decirte muchas cosas.

Y, poniendo pie a tierra y cogiendo con una mano la brida de su caballo, mientras con la otra estrechaba la de su amigo, echaron a andar por entre los campos. Lo primero de que Federico se dio cuenta fue que Reinhold llevaba el mismo traje que el día de su primer encuentro. El caballo, enjaezado como para una larga ruta, llevaba a la grupa la valija de las ropas.

—Considérate feliz, amigo —dijo Reinhold, con una voz de la que se traslucía un no sé qué de rudo y amargo—. Considérate feliz de manejar a tus anchas la garlopa y el martillo. Yo abandono desde estos momentos el reino de los toneles; acabo de despedirme de la bella Rosa y del respetable maestro, su padre…

—¡Cómo! —exclamó Federico, estremeciéndose como si el rayo hubiera estallado por encima de su cabeza—. ¿Te pones en marcha cuando maese Martín te acepta como yerno y cuando Rosa te ama?

—Una fantasía más de tu cerebro de hombre celoso —dijo Reinhold—. Sólo sé que Rosa me hubiera aceptado por obediencia a su padre o por temor de él, pero el corazón no entiende de imposiciones, y el de Rosa no late por mí. Si así no fuera, yo hubiera llegado a ser tan buen tonelero como cualquier otro: seis días de la semana cepillando, poniendo aros, calculando capacidades, y el séptimo dándome importancia y luciendo las gracias de mi esposa en un banco de la iglesia de Santa Catalina o de San Sebaldo y luego, al caer la tarde, paseando buenamente por el césped en flor.

—No hagas burla —repuso Federico— de las costumbres sencillas y apacibles. La dicha circula sin ostentación dentro de los cauces ordinarios.

—Tienes mil veces razón —replicó Reinhold—, pero no me interrumpas. He hallado la oportunidad de confesar a Rosa mi afecto, y sé que su padre consentiría nuestra unión. Al decírselo he visto asomar lágrimas a sus ojos, y he sentido el temblor de su mano dentro de la mía. Como evitando mi presencia, me ha respondido: «Señor Reinhold, yo obedeceré las órdenes de mi padre». Me he guardado de hacerle más preguntas, porque una claridad súbita ha iluminado mi alma y he reconocido, afortunadamente, que el amor a la hija del tonelero era un puro sueño de mi entusiasmo. No amaba a Rosa, sino a un ser ideal de que ella me había ofrecido una copia que yo, con pasión de artista, no cesaba de crear de nuevo. He comprendido que estaba enamorado del retrato, de una visión, de una belleza fantástica, y he vislumbrado, con un sentimiento de asqueo de mí mismo, el lastimoso porvenir que me esperaba cuando me habría cargado encima el título de maestro en el oficio y el peso de un hogar doméstico. Lo que yo amaba en la linda Rosa era una imagen celeste, adornada en mi interior de un destello divino, y que mi arte está llamado a vitalizar en las creaciones que sembraré a mi alrededor. El sino del artista es adelantarse al porvenir sin pararse en el camino para coger las flores. ¿Cómo podría yo renunciar a los triunfos del arte y pisotear los laureles que me promete? ¡Salve, tierra de las artes y del genio clásico, oh Roma, que me llamas en la lejanía! ¡Pronto volveré a verte!

Así llegaron los dos amigos a un sitio en que el camino se bifurcaba; Reinhold siguió el de la izquierda.

—¡Adiós! —dijo a Federico, abrazándole—. Adiós, amigo. Separémonos. ¿Quién sabe si será para siempre?

Reinhold montó en su caballo, lo espoleó, y sin volver la vista atrás dejó a Federico, que permaneció largo rato en aquel sitio clavados los ojos en la carretera desierta, y volvió luego a casa con el corazón oprimido, agitado por sordos presentimientos, sintiendo la semejanza de la separación con la muerte.

X

Al cabo de un tiempo, maese Martín, taciturno, daba la última mano al tonel del obispo de Bamberg. Federico, conmovido por la partida de Reinhold, trabajaba a su lado sin pronunciar una sola palabra. Por fin, el maestro arrojó el martillo, cruzó los brazos y dijo a media voz:

—Ya no tenemos a Reinhold; ha seguido el camino de Conrado. Era un pintor como hay pocos, pero tenía la pretensión de burlarme. ¿Quién adivinaría un zorro tal debajo de su aspecto tan franco? El pájaro ha abandonado el nido; que al menos Federico permanezca fiel: vale mucho para el trabajo y no es pretencioso. Quién sabe lo que puede suceder. Si llegaras a ser, muchacho, un hábil maestro en el oficio, y si supieras agradar a mi Rosa… veríamos, veríamos…

Y al decir esto recogió el martillo y volvió a su tarea. Las palabras del viejo tonelero habían despertado en Federico una cálida emoción que recorría todo su ser, pero al mismo tiempo un indefinible descorazonamiento le quitaba toda esperanza. Rosa que no había puesto los pies en el taller desde hacía muchos días, compareció ahora, con el rostro bañado de una tristeza mal disimulada, con señales de lágrimas recientes.

—La causa de su llanto —se dijo Federico— es la partida de Reinhold.

Y esta idea le partía el corazón, y le impedía alimentar esperanzas.

Entretanto el tonel gigante se había terminado, y delante de su obra el tonelero sentía revivir la alegría de antaño.

—Sí, hijo mío —dijo a Federico, golpeándole amistosamente la espalda— si logras construir una pieza que se asemeje a ésta, y si agradas a Rosa, serás mi yerno, lo cual no te impedirá practicar el arte del canto y reunir así una excelente doble fama.

Como sea que de todas partes llovían encargos para su taller, maese Martín se vio obligado a reclutar dos nuevos oficiales de probada destreza, pero tocante a la conducta todos ellos eran unos verdaderos perdularios, bebedores y turbulentos en grado máximo. En el taller del tonelero resonaban ahora bromazos y canciones tan groseras que Rosa hubo de abstenerse de volver a él. Federico se sentía aislado. Al verla de paso algunas veces suspiraba, poniendo en la muy amada una mirada de fuego con la que parecía decir:

—Ya no es la misma Rosa de los días de Reinhold, tan buena y encantadora.

Pero la joven bajaba los ojos y su rubor parecía contestar:

—Señor Federico ¿tiene algo que decirme?

Eran unos instantes no muy frecuentes en que el pobre joven quedaba sin voz y como petrificado y Rosa desaparecía como el relampagueo sin malicia de ciertas noches de verano que los ojos admiran fugazmente.

Maese Martín no cesaba de instar a Federico para que se dispusiera a preparar la obra que había de lograrle la categoría de maestro. Había seleccionado él mismo la cantidad suficiente de tablones de roble sin venas ni nudos, que contaban más de cinco años al abrigo de la humedad o de la sequedad excesivas. Únicamente el

anciano Valentín estaba autorizado para prestar ayuda a Federico. El pobre muchacho, ya hastiado de aquel oficio que le forzaba a codearse con los nuevos compañeros de taller, se desanimaba, le faltaba la seguridad en la empresa, cuyo fracaso disipa todas sus ilusiones de felicidad. Un vago instinto que no podía definir le repetía sin tregua que estaba condenado a sucumbir bajo el peso de su tarea, y de pronto se sentía avergonzado de haberse sometido a una labor manual que repugnaba a las delicadezas de su alma de artista. La desgracia de Reinhold no se borraba de su memoria. Para substraerse a la obsesión dolorosa de sus temores, fingía de vez en cuando una indisposición. Abandonaba el taller y corría a la iglesia de San Sebaldo, donde permanecía entregado horas enteras a la contemplación de las obras maestras del cincel del maestro Pedro Fischer.

—¡Dios eterno! —exclamaba—. ¿No es la suma felicidad en la tierra imaginar cosas tales y tener en sí la fuerza de realizarlas?

Y cuando, al salir de esos éxtasis, la realidad le amarraba a las duelas y los aros del taller del tonelero, cuando pensaba que sería Rosa el premio de un miserable tonel fabricado con más o menos ingeniosidad, sentía arder en su sangre la desesperación y temía perder la cabeza. En sueños le aparecía Reinhold y le ponía delante modelos inimitables, cuya realización hubiera inmortalizado a quien los echara en un molde. En esos maravillosos dibujos el motivo invariable era la figura de Rosa, en el marco de las más preciosas combinaciones de flores y de follaje, que parecían animarse, reverdecer y florecer, y el metal reflejaba como un límpido espejo la imagen de la joven adorada; Federico le tenía los brazos, dándole los nombres más cariñosos, pero cuando creía tenerla al alcance de las manos, el cuadro ficticio se disolvía como una bruma. Al despertar, el pobre Federico detestaba más todavía su triste porvenir de tonelero. Un día se le ocurrió ir a confiar sus cuitas al que fue su maestro, Juan Holzschuer. Encantado de ver de nuevo a su alumno predilecto, puso a disposición de Federico su taller para cincelar una obra de pequeñas dimensiones, para la que Federico venía reuniendo desde hacía tiempo el oro y la plata. Con tal fervor se entregó a la obra, que llegó a abandonar casi por completo el taller del famoso tonelero, y pasaron meses sin que se volviera a hablar de su obra maestra, llamada a rivalizar con el tonel del obispo de Bamberg. Pero amaneció un día, y maese Martín le dio tanta prisa que, quieras que no, tuvo que manejar de nuevo la doladera y el martillo. Ya en marcha la obra, quiso maese Martín examinar lo hecho pero se encendió en cólera a la vista de las piezas.

—¿Qué es eso? —exclamaba—. ¡Vaya chapucería, mi pobre Federico! Ni un aprendiz de tres días tallaría la madera de ese modo. ¿Qué diablo te ha movido la mano para echar a perder la mejor madera de roble que yo haya tenido desde hace mucho tiempo? ¿Y es ésta tu obra maestra…?

Federico no soportó los reproches exagerados del maestro. Echando las herramientas al extremo opuesto del taller, exclamó:

—Bien, maestro, hemos concluido. ¡No; ni que me fuera la vida, ni que esto significara mi hundimiento en la peor miseria, no trabajaré en ello un día más! Renuncio a esta profesión abominable, para la cual no he nacido. ¡También yo soy artista! También yo amo con pasión, con delirio, a su hija. Por amor me conformaba a pasar por tan odiosa prueba. Ahora veo que he malogrado mi propia dicha y toda esperanza. Esto será mi muerte, pero moriré artista y dejaré algún recuerdo de mi existencia. Ahora mismo volveré a casa de mi digno maestro Juan Holzschuer, a quien en mala hora abandoné.

En los ojos del tonelero se encendieron unas llamas rojas cuando oyó a Federico oponerse con tal viveza a sus planes.

—¡Ah!, ¿tú también? —exclamó—. ¿También tú me engañabas? ¡Es mejor que lo confieses, tunante! ¡Fuera de aquí! ¡Fuera!

Y, sin darle tiempo de sincerarse, le agarró por las espaldas y le arrojó fuera entre grandes aplausos de oficiales y aprendices que habían sido testigos de la escena. El anciano Valentín, juntando las manos, y con la frente pensativa, dijo a media voz:

—¡Ya me temía yo que en este muchacho había algo por encima de las cualidades de un obrero vulgar!

La señora Marta, tan encariñada con Federico, y los chicos, a quienes solía repartir golosinas, no se consolaban de su partida.

XI

El taller del tonelero parecía más triste que nunca, y los oficiales recién contratados no hacían sino aumentar las preocupaciones del maestro. Obligado a velar por los menores detalles, maese Martín pasaba el día atosigado, y la noche turbado por insomnios crueles.

—¡Ah, Reinhold…! ¡Ah, Federico…! —repetía—. ¿Por qué me habéis engañado de este modo? Yo no exigía más que unos obreros laboriosos y de honesta conducta.

Se le veía agotado, y estuvo a punto varias veces de sacrificar su oficio y resignarse a languidecer hasta perder la vida.

Una noche estaba sentado delante de su casa, engolfado en tristes cavilaciones, cuando vio llegar al señor Paumgartner acompañado de Juan Holzschuer. Adivinó que iban a hablarle de Federico. Paumgartner empezó a deshacerse en loanzas del joven artista, y ambos acabaron encareciendo a cual más las excelentes facultades de Federico, al cual auguraban un brillante porvenir. Rogaron al tonelero que desistiera de sus prejuicios y que no dejara de conceder la mano de su hija a un joven que después de todo era capaz de hacerla dichosa y honrar a su suegro. El tonelero les dejó hablar, y luego se quitó lentamente el gorro de piel y respondió con toda tranquilidad:

—Señores míos, su interés por lo que a ese mozo se refiere es tan grande, que bien he de perdonarles algo, siquiera para corresponder a la solicitud con que abogan por él. Pero no puedo, en principio, renunciar a mis designios. En lo que al casamiento atañe, no podrá haber nunca nada de común entre Federico y mi hija.

Como apoyara en cada sílaba al formular estas afirmaciones, Rosa se precipitó en la habitación, pálida, temblorosa, y puso sobre la mesa una botella del famoso vino de Hochheim y tres vasos.

—Entonces —repuso el señor Holzschuer— ¿he de dejar que ese pobre Federico se ausente, como en su desesperación ha resuelto? A pesar de todo, vea usted, querido maestro, esta labor de cincel que ha llegado a término en mi taller, delante de mí, y dígame, si se atreve, que no hay en el muchacho la pasta de un gran artista. Es un recuerdo de despedida que le ruega permita que dedique a su hija, si ella lo acepta. Pero ¡fíjese qué finura de trabajo!

Y el señor Holzschuer sacó del bolsillo una copa de plata deliciosamente labrada, y el tonelero, que se preciaba de ser hombre de buen gusto, se puso a examinarla por todos lados. Era realmente una pequeña obra maestra; la rodeaban ramos de vid y de rosal, y de cada rosa abierta surgía una figurita de ángel, cincelada con gracia perfecta; el fondo interior, chapado de oro, tenía por ornamento otras figuritas semejantes, y cuando se vertía en ella un chorro de vino dorado, los ángeles sonrientes parecían agitarse como para subir a la superficie.

—He de reconocer que es una labor exquisita —dijo maese Martín— y me quedo con la copa, supuesto que Federico acepte en buenos ducados el doble de su valor.

Al decir esto llenó la copa y la vació de un sorbo… y he aquí que la puerta se abrió en aquel momento, y Federico, casi desfigurado por el sufrimiento y las lágrimas vertidas, apareció, inmóvil, en el umbral de la sala. Su actitud era la de un reo que se dispone a escuchar el fallo. Fue Rosa quien primero se dio cuenta de su presencia; dio un grito desgarrador y cayó como muerta en sus brazos.

Al tonelero le había resbalado de los dedos la copa, y poniendo en Federico una mirada impertérrita, como si hubiera visto una aparición, dijo, levantándose, con la voz conmovida:

—¡Rosa! Dime, Rosa, ¿amas a Federico?

—Más que a mi vida —respondió la pobre criatura con la voz quebrada.

—Pues bien —dijo el tonelero no sin esfuerzo—, yo te perdono, muchacho… Abraza a tu prometida… ¡Sí, sí, a tu prometida!

Paumgartner y el viejo Holzschuer se miraban estupefactos, y prosiguió el padre en voz alta, pero como si hablara consigo mismo:

—¡Dios de los cielos, es así como debía llegar a cumplirse la profecía de la abuela! ¿No tenemos aquí en realidad limpia casita y los ángeles de alas fulgurantes? … ¿Y qué es esta copa sino un tonel en pequeño? Todo se cumple a maravilla, ya que así me es dado consentir sin forzar mi voluntad. ¡Debí haberlo visto antes!

Fulminado por el gozo, Federico tuvo apenas la fuerza de estrechar más fuertemente sobre su corazón a la linda Rosa.

—Mi querido maestro —exclamó, ya dueño de sí mismo— ¿será cierto que se digna aceptarme por yerno y me permite ejercer mi arte?

—Desde luego —respondió el viejo—. Se ha cumplido en ti la predicción de la abuela. Huelga ya el acabar tu obra de maestría.

—No, querido maestro —replicó Federico—. Permitidme que no renuncie a ella. Al contrario; estoy dispuesto a terminar mi tonel de dos cargas, que ofreceré a usted como testimonio de respeto a la profesión que usted hace ilustre y volveré luego a mis crisoles.

—Este buen pensamiento te honra —dijo maese Martín con entusiasmo— Termina, pues, tu obra maestra. El día que le des el último martillazo será el de tu boda.

Federico echó el resto en su obra, y el tonel inmenso que salió de sus manos fue el pasmo de todos los maestros del gremio.

El tonelero Martín llegaba al colmo de su júbilo profesional. Se fijó el día de la boda, y la pieza de prueba, colmada de vino generoso y adornada de guirnaldas de flores, fue colocada en el umbral de la casa. Los maestros toneleros, acompañados de sus familiares y conducidos por el digno consejero Paumgartner, y los maestros orfebres se reunieron en brillante cortejo para asistir a la iglesia de San Sebaldo. Al ponerse en marcha, un ruido de herraduras y unos acordes de música llegaban a la casa de maese Martín. Éste, corriendo al balcón, reconoció al señor Enrique de Spangenberg al lado de un joven y brillante caballero, con el acero al cinto y la toca adornada de plumas flotantes y de piedras preciosas. Cabalgaba cerca del joven una dama de belleza admirable, y detrás de esos tres personajes iba un numeroso séquito de criados vestidos de distintos colores. Cesaron de tocar los instrumentos músicos, y el viejo Spangenberg, levantando la cabeza, exclamó:

—¡Eh! No es por su bodega que paso por aquí. Es por la boda de su hija. ¿Se dignará recibirme, querido maestro?

Algo confuso por el recuerdo que evocaban estas palabras, maese Martín bajó con toda la presteza que le permitían sus piernas y recibió con grandes saludos a su noble visitante. La hermosa dama y el caballero se apearon de sus caballos y entraron en la casa. Pero, apenas el honrado tonelero hubo puesto los ojos en el joven hidalgo, retrocedió tres pasos, vacilando.

—¡Cielos! —exclamó, juntando las manos—. ¡Es Conrado!

—El mismo —dijo el joven, sonriendo—. Soy Conrado, su oficial de otros días. Perdone, querido maestro, cierta herida cuyo recuerdo no se ha borrado de mi corazón. Aquel día hubiera podido matarle, porque me había tratado con rigor.

El tonelero le aseguró que fue una suerte que la doladera no hiciera más que rozarle la carne, y rogó luego a sus huéspedes que entraran en la sala, donde se hallaban reunidas para la ceremonia los novios y sus amistades. La presencia de la

bella dama fue saludada con un murmullo de admiración. Todos se dieron cuenta de que era pasmoso su parecido a Rosa: hubiera podido tomárselas por gemelas.

Conrado se acercó muy galante a la hija del tonelero, y le habló con exquisita gracia en estos términos:

—Permita, querida joven, que Conrado participe hoy de su felicidad; dígnese decirle que olvida sus bruscos arranques de otros días, y que los perdona como ha hecho su padre.

Y como Rosa no acertara a contestar y maese Martín y los invitados se miraban aturdidos, el señor Spangenberg tomó la palabra para poner fin a la situación:

—¿No le parece un sueño? Sí, éste es mi hijo Conrado y ésta su encantadora novia, cuyo nombre es Rosa, el mismo de la linda hija de maese Martín. ¿Recuerda, querido maestro, aquel día en que conversando con usted al lado de una botella del mejor vino añejo, le pregunté si negaría la mano de su Rosa a todos, incluso a mi hijo? Tenía para ello mis razones. Ese casquivano enloquecía por ella, hasta el punto de que me obligó, para no desesperarle, a encargarme yo del asunto. Cuando, con intención de curarle, le describí el recibimiento que usted me había hecho, y le pinté su raro capricho en relación con el que debía ser su yerno, mi Conrado no halló mejor solución que colarse en el taller de usted para ver más de cerca a Rosa con el designio de substraerla el mejor día a su tutela. Tuvo usted la suerte de que un golpe de duela en las espaldas rompiese las alas a aquel amor. Me felicito de ello. Mi hijo, para no ser del todo infiel a su primera inclinación, se ha prendado de una noble heredera que lleva el nombre de Rosa, como la hija de usted, y además tiene con ella un gran parecido.

En este punto la noble joven se acercó a Rosa, le puso un collar de perlas de gran valor, y sacando del seno un saquito de flores marchitas:

—Tome usted —le dijo—, éste es el ramo que ofreció usted un día a Conrado y que él ha guardado con cariño. ¿No le molestará a usted que me lo haya dado? Según me dijo es de lo más preciado que poseía.

Las pálidas mejillas de la hija del tonelero se tiñeron de púrpura.

—¡Ah, noble dama —dijo a media voz—, es usted la única a quien el joven hidalgo debía amar! Estoy segura de que la conoció antes de pensar en mí. Lo que pudo hacerme merecedora de su atención durante corto tiempo era solamente que mi nombre era el mismo de usted, y que algunos de mis rasgos eran parecidos a los suyos. Era el recuerdo de usted lo que en mí buscaba. Pero, no le guardo rencor.

Al disponerse el cortejo a salir de la casa del tonelero Martín, un apuesto joven que vestía con elegante soltura rico traje de corte italiano, se echó en brazos de Federico:

—¡Reinhold! ¡Mi Reinhold! —exclamó el novio, y los dos amigos se abrazaron. Martín y su hija participaban de este gozo.

—¿No te dije —exclamó el artista— que la dicha resurgiría al golpe de tu martillo? Llego a tiempo de compartir contigo el júbilo y te traigo mi regalo de boda.

Comparecieron dos criados, y descubrieron a los ojos maravillados del concurso una pintura magnífica que representaba a maese Martín con Reinhold, Federico y Conrado trabajando en el tonel destinado al príncipe obispo de Bamberg, en el acto de aparecer Rosa en medio de ellos.

—He aquí tu obra maestra —dijo Federico con la sonrisa en los labios—. La mía queda abajo, colmada de vino. Pero otra veréis todavía si tenéis paciencia.

—Me he enterado de todo —repuso Reinhold y te juzgo más dichoso que yo. Sé fiel a tu arte, que se aviene mejor que el mío con la vida sosegada y los hábitos sedentarios de una buena pareja. ¡La dicha, amigo mío, ha de buscarse únicamente por cauces razonables!

En el festín nupcial, Federico se sentó entre las dos Rosas, y frente a él maese Martín, que tenía a sus lados a Conrado y Reinhold. A los postres, el consejero Paumgartner llenó la copa de plata cincelada, obra de Federico, y bebió el primer sorbo en honor de maese Martín y de sus animosos oficiales. Y luego la copa dio la vuelta entre los convidados, que festejaron hasta la aurora los ricos licores de la excelente bodega del maestro entre los maestros toneleros.

LA PUERTA TAPIADA

I

En las orillas solitarias de un lago del Norte se ven todavía las ruinas de una antigua finca que lleva el nombre de R… Unos áridos brezales la rodean por entero; cierran el horizonte por uno de sus lados las aguas tranquilas y profundas, y por el otro un bosque de pinos que cuentan siglos remeda en medio de la niebla unos brazos negros de espectros. Un cielo siempre enlutado cobija como únicos moradores unos pájaros de fúnebre aspecto. A un cuarto de hora del camino, cambia de pronto la decoración: surge una aldea risueña en medio de unos prados salpicados de flores; y en un extremo de esta aldea, no lejos de la mancha verde de un bosque de alisos los vecinos señalan al viajero los cimientos de un castillo que uno de los señores de R… proyectaba levantar en aquel oasis la naturaleza pródiga. Quizá poco dispuesto a compartir con los mochuelos el caserón familiar, el barón Roderich de R… no se preocupó de continuar la construcción de la mansión de recreo comenzada por sus antecesores. Se había limitado a llevar a cabo alguna reparación en los puntos más castigados, para encastillarse en la antigua finca con un grupo de servidores, no menos taciturnos que él, y mataba el tiempo recorriendo a caballo las orillas del lago; raramente se le veía en la aldea de sus vasallos, de manera que su nombre había pasado a ser una especie de «coco» para asustar a los chicos. Había mandado disponer por encima de la atalaya, una especie de azotea provista con todo el instrumental de astronomía conocido hasta aquella fecha, y allí se pasaba a veces días y noches enteros, en compañía de un intendente, que compartía todas sus extravagancias.

En la comarca le atribuían extensos conocimientos en artes mágicas, y algunos llegaban a afirmar que le habían expulsado de Curlandia por haberse permitido sin reboso tener relaciones ilícitas con el espíritu maligno.

Sentía Roderich por el caserón de los suyos un afecto supersticioso; para restablecer su importancia feudal se decidió a erigirlo en mayorazgo. Pero, ni si hijo Huberto, ni el actual poseedor de la primogenitura, que se llamaba Roderich como su abuelo, compartían las ideas de su pariente y habían arraigado en sus dominios de Curlandia, donde la vida era más llevadera y no tan sombría. El barón Roderirch daba hospitalidad a dos hermanas de su padre, venerables ruinas de la más rancia nobleza. Las cocinas ocupaban la planta baja; una especie de palomar destartalado daba abrigo a un montero casi inválido, que hacía las veces de guardián, y los servidores restantes habitaban en la aldea con el señor intendente. Todos los años, a fines de otoño, el castillo salía del silencio lúgubre que pesaba sobre él como una mortaja, y vibraban los viejos muros al ladrido de las jaurías. Las amistades del barón Roderich

festejaban alegremente las cacerías en que se les ponían a tiro lobos y jabalíes. Hasta seis semanas se prolongaban las partidas, y durante este tiempo el mayorazgo se convertía en posada pródiga para todos. De ningún modo descuidaba el Barón su señorío y asesorado por el abogado V… administraba justicia a sus vasallos. De generación en generación, la misma familia se había encargado de los asuntos legales de R…

En el año 179…, el digno abogado, cuya cabeza entrecana contaba ya más de sesenta inviernos, me dijo un día con una sonrisa sutilmente irónica:

—Primo —yo era sobrino segundo del abogado, pero me llamaba primo por el hecho de llevar ambos el mismo nombre de pila—, me siento tentado a llevarte a R… El viento Norte, el grato frescor de las aguas y las heladas tempranas comunicarán a tus órganos algo del vigor que necesitas para consolidar tu salud. Allá podrás prestarme más de un servicio en la redacción de las actas que van amontonándose, y tendrás para distraerte los cotos de caza.

Sabe Dios cómo me llenó de júbilo la proposición de mi tío-abuelo. Al día siguiente corríamos en una berlina, bien equipados, y con buenos abrigos de pieles, a través de una comarca cuyo carácter agreste se acentuaba cuanto más nos acercábamos al lado Norte, entre nieves y bosques de pinos interminables. Para hacerme el viaje más agradable, mi tío me contaba anécdotas de la vida del barón Roderich —el fundador del mayorazgo—. Sirviéndose de pintorescas figuras, me ponía en el secreto de los hábitos y de las aventuras del viejo señor de R… y se lamentaba de que ese gusto por la vida agreste llegara a absorber toda la inteligencia del heredero actual, un joven que era antes de carácter más bien amable, y de naturaleza enclenque. Me manifestó, por lo demás, que me encontraría muy a mis anchas en el castillo, y acabó describiendo las habitaciones a ambos destinadas, que daban por un lado a la antigua sala de las audiencias de los señores del castillo y por el otro a la habitación de las dos damas a que antes me he referido.

Era ya noche cerrada cuando llegamos al territorio de R… La aldea estaba de fiesta; resonaba la música en la casa del intendente, iluminada de arriba abajo, y la única posada rebosaba de gozosos convidados. Y volvimos a emprender el viaje por la carretera ya casi intransitable a causa de la nieve que la cubría. Un cierzo helado rizaba las aguas del lago y hacía crujir el ramaje de los pinos con ruido siniestro y la silueta del caserón, con los rastrillos echados, se recortaba en negro en medio de una especie de mar de niebla. Reinaba en el interior un silencio de muerte y no asomaba ni un rayo de luz a las ventanas, que más bien parecían troneras.

—¡Ea! ¡Franz! ¡Franz! —gritaba mi tío-abuelo—. ¡Levántate! Nos cae encima la nieve y nos iría muy bien un buen fuego.

Un perro guardián fue el primero en responder a nuestra llamada, y hasta al cabo de un rato no se oyó ningún indicio de vida humana en el interior; los reflejos de una antorcha agitaron las sombras, rechinaron pesadamente en la cerradura unas toscas llaves, y el viejo Franz nos dirigió un:

—¡Buenas noches, señor letrado! ¡Bienvenido!… Pero ¡qué tiempo del demonio!

Con una mala librea, que parecía bailar sobre su cuerpo mísero, mal calzado, nos daba la bienvenida una figura de las más cómicas. Impresa en sus arrugadas facciones se veía una sumisión embobada, y su oficioso recibimiento llegaba casi a hacer olvidar su fealdad.

—Mi digno señor —dijo—, nada tenemos a punto para recibir a usted; hiela en los cuartos, no están puestas las camas y, además, el viento hace sonar sus esquilas de Levante a Poniente a través de los cristales rotos. Ni con la lumbre encendida se puede soportar.

—Y tú viejo pícaro —exclamó mi tío, sacudiendo la nieve de su abrigo de pieles —, ¿no podrías, ya que eres el guardián de esta casa, velar por la reparación de lo que esté averiado? Dices, tan desenvuelto, que mi cuarto está inhabitable.

—Casi, casi —respondió Franz, haciendo una reverencia hasta el suelo en correspondencia a mi estornudo—. El cuarto del señor abogado se encuentra a estas horas sembrado de escombros. Hace tres días que se hundió el pavimento de la sala de audiencias a consecuencia de una sacudida imponente.

Mi tío se disponía a lanzar una exclamación de asombro, pero se refrenó y volviéndose a mí y calándose más hondo el casquete de piel de zorro:

—Primo —me dijo—, veremos de arreglarnos como se pueda. En principio, procuremos evitar las preguntas que se refieran a este maldito castillo, porque serían capaces de innovarnos cosas mil veces más desesperadoras. Veamos —insistió dirigiéndose a Franz—. ¿No podrá habilitarnos otro cuarto?

—Nos hemos adelantado a lo que el señor pide —replicó con vivacidad el viejo servidor; y abriendo él la marcha, nos llevó, por una escalerilla de caracol a una larga galería, iluminada por una sola antorcha que prestaba formas fantásticas a los objetos más comunes.

Al llegar al cabo de la galería, que se ramificaba en múltiples ángulos, nos guió a través de varias salas, húmedas, sin un mueble, y abriendo una última puerta nos introdujo en un salón, en cuya chimenea ardía un generoso fuego. La vista de las llamas me confortaba, y mi tío paseaba alrededor una mirada en la que se agitaba algo inquietante.

—¿Es ésta la sala que en lo sucesivo ha de servir para las recepciones?

Franz adelantó unos pasos hacia uno de los ángulos del salón, y a la luz de la antorcha que llevaba, distinguí sobre la pared un rastro blanco, alto y ancho, que por sus proporciones parecía una puerta tapiada.

Luego Franz se afanó en preparar lo que necesitábamos. Puso la mesa, muy diligente, y después de una cena reparadora, mi tío preparó un ponche caliente que bebido hasta la última gota había de proporcionarnos un largo y reposado sueño. Franz, una vez terminado su servicio se retiró discretamente. La luz de dos velas y las llamas que se extinguían en la chimenea prodigaban los más caprichosos reflejos en la decoración gótica de la sala. Adornaban las paredes unos cuadros que

representaban cacerías o escenas de guerra, y los parpadeos de las llamas parecían dar movimiento de vida a los personajes de aquellos cuadros. Noté unos retratos de familia, de tamaño natural, que seguramente perpetuaban los rasgos de los miembros más significados de la estirpe de los señores feudales de R… Las viejas arcas y arquimesas adosadas a las paredes, que los años habían patinado, daban todavía más carácter a la mancha blanca cuyo aspecto me había sorprendido. Sencillamente, supuse que había existido allí una puerta de comunicación, que más tarde había sido tapiada, sin que cuidara nadie de disimular aquella labor de albañil echando encima una capa de pintura que correspondiera con el decorado de la sala. Bastante ocupada estaba mi imaginación, y más que la realidad vivía unos sueños heterogéneos. Poblaba el castillo de apariciones por encima de lo natural, creándome un ambiente de miedo. Hasta que la casualidad o la oportunidad quisieron que, echando mano a mi bolsillo, diera con un libro que era en aquel entonces el inseparable de la juventud —me refiero al «Visionario»—. Esta lectura estimuló con creces la actividad de mi imaginación. Engolfado en un medio alucinante motivado por las escenas que en la lectura pasaban por mis ojos, me pareció oír unos pasos ágiles, que atravesaban la sala. Azuzando el oído percibo un sordo gemido, que cesa de pronto, para volverse a oír inmediatamente. Diríase que alguien escarba en el muro detrás de la mancha blanca parecida a una puerta tapiada. No hay duda, allí detrás está encerrado algún mísero viviente. Voy a golpear el suelo con el pie y cesará el ruido o bien el cautivo dará señales de vida… ¡Oh, terror! No cesan de escarbar con verdadera furia… Aparte de este ruido, todo permanece en silencio, la sangre parece helarse en mis venas y me asedian las ideas más incoherentes. Estoy como clavado en la silla —no me atrevo a moverme— cuando la garra misteriosa deja por fin de escarbar y vuelven a oírse los pasos. Me levanto, como impulsado por un resorte, y sin más luz que la de una antorcha a punto de extinguirse, ando hacia el extremo de la habitación. De pronto siento una corriente de aire helado en las mejillas, y en el mismo instante asoma la Luna por detrás de la nube, y veo iluminarse temblorosamente el retrato de un hombre en pie, de cara repulsiva, y me rodean unas voces, que no son como las de la tierra, murmurando estas palabras muy parecidas al sollozo:

—¡No adelantes un paso más! ¡Vas a caer en el abismo del mundo invisible!

La sala se estremece con el ruido de una puerta que se cierra con violencia y oigo unos pasos que corren a lo largo de la galería, y luego, abajo, las herraduras de unos caballos que hieren las baldosas del patio. Se ha levantado el rastrillo… Sale alguien, y a poco vuelve a entrar… ¿Es realidad o un sueño de mi espíritu en delirio? Mientras estoy bregando con mis dudas, oigo a mi tío que suspira en el cuarto inmediato. ¿Se habrá despertado? Con el candelabro en la mano entro en su cuarto. Estaba revolviéndose contra la congoja de un sueño cruel; le estrecho la mano para que despierte, y da un grito ahogado, pero me reconoce en seguida.

—Gracias, primo —me dice—. Tenía una terrible pesadilla, en la que figuraba este aposento mezclado a unos viejos sucesos que en él he vivido. Pero ¡bah!…

Volveré a probar si me duermo, y será mejor.

Con estas palabras se arropó bien, se subió el embozo hasta cubrirse la cara, y en efecto me pareció que conciliaba nuevamente el sueño. Pero, apenas hube apagado las candelas y me hube vuelto a mi exigua cama, oí que mi digno tío murmuraba en voz baja unas plegarias, y maquinalmente hice como él.

Al día siguiente nos levantamos muy temprano y entramos en funciones. Hacia el mediodía nos hicimos anunciar a las dos damas. La antesala fue larga. Una anciana jorobada con un vestido de seda de color de hoja seca nos acompañó a sus habitaciones. Las dos castellanas que vestían a la moda de antaño, me miraban con un pasmo tan cómico que estuve a punto de echarme a reír en sus barbas; pero mi tío se apresuró a decirles con su jovialidad habitual que yo era un joven versado en Leyes que estaría de temporada en R… La faz de aquellas dos antiguallas femeninas se alargó de tal modo que hacía sospechar que no confiaban mucho en mi porvenir profesional. En resumen la visita no me satisfizo gran cosa. Agitado por los incidentes que me habían ocurrido en la noche anterior, creía recordar a una bruja disfrazada de oropeles, como los que daban a las damas de R… un aspecto de gonfalones. Sus figuras, macilentas, sus, ojillos bordeados de un rojo de sangre, su nariz puntiaguda y su acento gangoso, únicamente podían pertenecer lógicamente a unos seres escapados de otro mundo.

Llegó el ocaso de esta primera jornada. Sentados ambos en el cuarto de mi pariente, con las piernas cruzadas, y calentándonos los pies al amor de la lumbre, me preguntó mi tío, el excelente abogado:

—¿Qué diablo te tiene embrujado desde ayer? No te apetecen ni comida ni bebida, y pones una cara que pareces un sepulturero…

Me creí en el deber de confesarle lo que causaba mi malestar. A medida que le hablaba, la seriedad de su rostro iba en aumento.

—¡Qué rareza! —me dijo—. Todo lo que me estás contando lo he visto yo en sueños la noche pasada. He visto un inquietante fantasma que entraba en tu cuarto, que se arrastraba hasta la puerta tapiada, y que rascaba en ella con tal furor que sus dedos quedaban desgarrados; y luego bajó al patio, mandó ensillar un caballo de la cuadra, y lo volvió al establo al poco rato. Hasta que no volví en mí no logré vencer el íntimo horror que nace hasta de los más insignificantes tratos con el mundo invisible.

No me atrevía a hacer ciertas preguntas al anciano. Y él me dijo:

—¿Tendrás bastante valor para esperar a mi lado, con los ojos abiertos, la próxima visita del fantasma?

Sin vacilar acepté la idea.

—Pues, bien, aguardemos la noche —concluyó—. Tengo fe en la buena intención que me impulsa a luchar contra el genio adverso a este castillo. Sea cual fuere el éxito de mi propósito quiero que participes tú también de lo que pueda acontecer para que des testimonio de ello, y espero con la ayuda de Dios quebrantar el hechizo que

mantiene alejados de esta finca a los herederos de R… Si sucumbiera en la empresa me quedará, por lo menos, la satisfacción de inmolarme a esta buena intención. Y en cuanto a ti, primo mío, ningún peligro te amenaza en lo que suceda. El espíritu del mal no podrá nada contra ti.

Franz nos atendió como el día anterior. Nos regaló con una cena excelente y un buen jarro de ponche, y se retiró luego. Una vez solos vimos en el cielo la luna llena en todo su esplendor; oíamos silbar el viento en torbellinos por encima de los bosques, y de minuto en minuto las vidrieras parecían dar quejas removidas en sus marcos de plomo. Mi tío había puesto sobre la mesa su reloj de repetición. Al dar las doce… la puerta se abrió con estrépito, y volvieron a oírse los pasos que rozaban el pavimento, como la noche anterior. Mi tío palideció, pero, sin ceder a la flaqueza, se levantó y se volvió hacia el lado de donde procedía el ruido, con el brazo izquierdo apoyado en la cadera, y extendiendo la mano derecha en actitud heroica. Al roce de los pasos se mezclaban ahora unos sollozos, y luego se oyó rascar con fuerza contra la puerta tapiada. Mi tío se adelantó y llamó en voz alta:

—¡Daniel! ¡Daniel! ¿Qué haces a estas horas?

Respondió a la llamada un gran lamento, seguido de la caída de un cuerpo pesado.

—¡Pide gracia al pie del trono de Dios! —exclamó mi tío con un acento cada vez más animado—. Y si el Señor no te perdona sal de estos lugares donde no hay sitio para ti.

Hubiera dicho que un gemido prolongado se perdía afuera mezclándose a los murmullos del viento. Mi tío volvió pausadamente a su sillón cerca de la lumbre. Tenía un no sé qué de iluminado, con los ojos centelleantes como ascuas, y con las manos juntas y la mirada puesta en alto, parecía orar. Después de un breve silencio me dijo:

—Ea, primo, ¿qué te parece de todo lo que va sucediendo?

Dominado por el terror y el respeto, me arrodillé ante el anciano y cubrí sus manos de lágrimas. Me dio un fuerte abrazo y añadió:

—Ahora a descansar. Se ha restablecido la calma.

Y tenía razón; nada más turbó las noches, y en los días que siguieron conseguí volver a experimentar lo que es la franca alegría en la cual más de una vez pagaban la fiesta las ancianas baronesas con sus ridiculeces, si bien, por lo demás, eran bastante buenas personas.

A poco de instalarnos en R… llegó nada menos que el mismo barón Roderich acompañado de su esposa, y llegó con ellos la servidumbre precisa para la época de las cacerías. Acudieron en gran número los invitados y el castillo parecía adquirir una fisonomía festiva, muy diferente de sus trazas en el resto del año. El Barón vino a saludamos, contrariado al parecer en los primeros momentos a causa del cambio de cuarto a que hubiera de verse obligado el señor abogado de V. Al poner los ojos en la puerta tapiada su semblante se puso sombrío y se pasó la mano por la frente como

para ahuyentar un penoso recuerdo. Increpó severamente al pobre Franz porque nos había destinado unas habitaciones tan destartaladas, y rogó a mi tío que mandara y dispusiera de todo el castillo, como si estuviera en su casa. Me di cuenta de que los modales del Barón para con su abogado no solamente eran muy corteses, sino que iban entreverados de señales de un respeto casi filial, que podía hacer suponer entre ambos relaciones más íntimas que las que apreciaba la gente. A mí no alcanzaban esas demostraciones de cordialidad; el Barón me trataba con creciente altanería, y estoy seguro que, a no ser por la intervención tutelar de mi pariente, nuestro desacuerdo se habría traducido en alguna escena de acrimonia, y aún de violencia.

La esposa del barón Roderich de R… me había causado desde buen principio una impresión que no dejaba de contribuir a que yo soportara con paciencia las asperezas del castellano. Serafina resultaba un delicioso contraste con sus dos ancianas parientas, que ya empezaban a acabarme la paciencia. Su belleza, realzada por todas las seducciones propias de la juventud tenía un sello de idealidad sorprendente. Me pareció un ángel de luz, más poderoso que cualquier exorcismo para echar fuera a los genios malignos que rondaban el castillo. La primera vez que la adorable criatura tuvo a bien dirigirme la palabra fue para preguntarme cómo me iba la sombría soledad de R… Me sobrecogieron de tal manera el encanto de su voz y la celeste melancolía de sus ojos de ensueño, que no hallé más respuesta que unos monosílabos incoherentes. Debí parecerle el más tímido y el más torpe de los adolescentes. Las viejas tías, convencidas de mis cortos alcances, se propusieron encomendarme a las bondades de la dama; lo hicieron con una oficiosidad tan cargada de orgullo, que no pude menos que dedicarles algunos cumplidos que rayaban en sarcasmo. Desde aquel día vino a unirse a la pena que me hacía sentir mi posición de inferioridad, el calor de una pasión; por muy convencido que estuviera de la locura de un sentimiento tal, me era imposible resistirle y pronto se convirtió en una especie de delirio. Durante mis largos insomnios llamaba a Serafina en los transportes de la desesperación. Una noche mi tío despertó sobresaltado al oír mis monólogos extravagantes.

—Primo, ¿has perdido el seso? Si te agrada tienes el día para sentirte enamorado —me gritó desde su cama—. La noche es para dormir.

Lo que yo temía era que mi tío hubiera oído el nombre de Serafina escapar de mis labios, y que me echara una seria reprimenda; pero su conducta en el caso fue de lo más reservado y discreto. Al día siguiente, cuando entramos en la sala donde estaban reunidos todos para la audiencia de justicia, dijo en voz alta:

—Quisiera Dios que todos y cada uno sepan velar con prudencia sobre sí mismos.

Y, como yo me sentara a su lado, se inclinó hacia mí y añadió:

—Primo, procura escribir sin que se turbe el pulso para que yo pueda descifrar, sin estropearme la vista, tus garrapatos judiciales.

Mi tío se sentaba a la mesa a la derecha de la bella Baronesa, y no dejaba de despertar celos en algunos esta preferencia. Yo, según se presentara la oportunidad, iba de un lado a otro entre el cuadro de convidados, que solía componerse de

oficiales, de la guarnición vecina, que nos ponían a prueba en las proezas de la bebida y de la charla. Durante una cena, la casualidad me acercó a Serafina, de la que siempre me había mantenido a distancia; yo acababa de ofrecer el brazo a su dama de compañía para pasar al comedor, cuando al volvernos para los saludos de rúbrica me di cuenta, con grato sobresalto, de que estaba cerca de la Baronesa. Con una dulce mirada me permitió que me sentara a su lado, y durante la cena, que dejé casi intacta, entré únicamente en conversación con la dama de compañía, pero todo lo que se me ocurría de delicado y de amable se dirigía a la Baronesa y a ella iban también mis miradas. Después de la cena, al hacer Serafina los honores de la sala, se acercó a mí, y como el primer día, con la misma graciosa afabilidad, me preguntó si la estancia en el castillo me era agradable. Respondíle, lo mejor que supe, que al principio aquel agreste lugar me había parecido más bien enojoso, pero el aspecto había cambiado desde la llegada del señor Barón; y que, si valía mi voto, únicamente suplicaría que se me excusara de tomar parte en las partidas de caza.

—Creo haber oído decir —observó la Baronesa— que es usted músico y que escribe versos. A mí las artes me agradan con pasión y he logrado algún resultado en el arpa; pero es un placer del que me veo privada porque a mi marido le desagrada la música.

Me apresuré a replicar que la señora Baronesa podría permitirse el gusto de dedicarse a la música durante las largas partidas de caza de su marido. Era imposible que entre el mobiliario del castillo no se escondiera algún instrumento de música. No le valió a la señorita Adelaida, la dama de compañía, jurar que nadie recordaba que jamás hubiera resonado en R… otra música que la de los cuernos de caza y los ladridos de las jaurías. Yo insistía en mi idea cuando acertó a pasar Franz.

—He aquí el último hombre, que yo sepa —exclamó la señorita Adelaida—, capaz de dar una solución atinada a los asuntos más embarazosos; desafío a quien le haga pronunciar la palabra: «imposible».

Le llamamos. El bonachón de Franz, después de haber dado mil vueltas entre los dedos a su gorro, acabó por recordar que la esposa del señor Intendente, que vivía en la aldea vecina, tenía un clave con el que en otro tiempo se acompañaba para cantar con acento tan patético que al oírla no había quien no llorara como si se hubiera frotado los ojos con una corteza de cebolla.

—¡Un clave! ¡Tendremos un clave! —exclamó la señorita Adelaida.

—Sí —dijo Franz—, pero sufrió un percance; el organista de la aldea quiso ensayar en él un cántico de su composición y dislocó el instrumento…

—¡Dios mío! —exclamaron a una voz la Baronesa y su dama.

—De manera —continuó Franz— que fue preciso llevar el clave a la ciudad para componerlo.

—¿Pero, no estará ya reparado? —le interrumpió con viveza la señorita Adelaida.

—Sin duda, noble señorita —replicó Franz—, y la esposa del señor Intendente se verá muy honrada, encantada.

En este momento el Barón se paraba delante del grupo, y pasó luego adelante, mientras decía a su esposa:

—¿Qué hay, querida? Parece ser que el viejo Franz no desmiente su fama de hombre de recursos.

La Baronesa no halló respuesta y Franz permanecía como clavado en el suelo con los brazos caídos. Las viejas tías llegaron poco después y se llevaron a Serafina; la señorita Adelaida las siguió, y yo no me moví del sitio, soñando en la feliz casualidad que me había deparado una conversación tan grata, y renegando del barón Roderich, a quien sólo podía concebir como a un tirano brutal, indigno de una mujer tan admirable. Allí me hubiera quedado plantado a no ser por mi tío, que me buscaba hacía un rato y me dijo, golpeándome la espalda, con su bondadosa voz y en todo amistoso:

—Primo, primo, no te manifiestes tan asiduo cerca de la Baronesa. Deja para los insensatos que no tienen en qué ocuparse la peligrosa profesión de suspirante.

Yo le hice un largo discurso para probarle que no me había permitido nada que pasara de los límites de lo decoroso; pero él se encogió de hombros, atiborró la pipa y empezó a hablar de la partida de caza del día anterior. Una noche hubo baile en el castillo. La señorita Adelaida había tenido la ocurrencia de reclutar una banda de músicos ambulantes. Mi tío, amigo de la comodidad, se acostó a la hora de todos los días. Pero la juventud y el amor hacían que yo bendijera la ocasión del baile improvisado. Acababa de acicalarme cuando Franz llamó a mi puerta, anunciándome que habían traído el clave de la señora del Intendente en un trineo, y que la Baronesa había mandado colocarlo en su cuarto, donde me esperaba con su dama de compañía. Júzguese del estremecimiento de felicidad que circulaba en todo mi ser al oír la invitación. Embriagado de amor y de deseos, corrí al lado de Serafina. La señorita Adelaida no cabía en sí de gozo, pero la Baronesa, ya vestida para el baile, estaba en pie, más bien silenciosa y en actitud de melancolía, cerca de la caja que encerraba el tesoro de acordes que en mi calidad de músico y de poeta yo tenía que despertar.

—Teodoro —me dijo llamándome, como es costumbre en el Norte, por mi nombre de pila—, aquí tenemos el instrumento esperado. Dios quiera que cumpla usted lo prometido.

Me acerqué al clave, pero apenas había levantado la tapa, se rompieron ruidosamente varias cuerdas, y las enteras debían ser de tan mala calidad que únicamente lograban producir un sonido ofensivo al oído menos exigente.

—Aseguraría que el organista ha querido ensayar una vez más —exclamó la dama de compañía, con una alegre carcajada.

Pero Serafina no compartía su humor risueño.

—¡Fatalidad! —dijo a media voz—. ¡Está visto que aquí no podré nunca procurarme ni un solo placer!

Pero, rebuscando en la caja del clave, tuve la suerte de dar con un juego de cuerdas de recambio.

—¡Estamos salvados! —exclamé—. ¡Paciencia y ánimo! Ayúdenme; pronto estará arreglado.

La Baronesa ayudó a la tarea con sus dedos delicados, mientras Adelaida desenvolvía cada una de las cuerdas, a medida que yo iba indicándolas por los números del clave a que correspondían. Después de más de una docena de pruebas, coronó nuestra perseverancia un éxito completo. Como por encanto se restableció la armonía; faltaba poco para que el instrumento quedase afinado, y este celo, este amor al arte ejerciéndose en común habían hecho desaparecer las distancias. La bella Baronesa participaba ingenuamente de la dicha de un éxito prometedor de gratas distracciones. El clave se convirtió en algo como un vínculo activo; se borraron mi timidez y mi desmaña y quedó el amor, el amor que dominaba todo mi ser. Preludié en el acariciado instrumento una de las tiernas sinfonías que tan poéticamente pintan las pasiones del mundo meridional. Serafina, en pie delante de mí, me escuchaba con toda el alma; me llegaban los rayos de luz de sus ojos y los escalofríos que agitaban su seno; volaba alrededor de mí su aliento como el beso de un ángel y mi alma ascendía al empíreo. De pronto su semblante pareció inflamarse, sus labios murmuraron unas notas cadenciosas, olvidados de tiempo; mis dedos recorrían el instrumento, y fui recordando nota por nota la melodía, en tanto que la voz de Serafina prorrumpía en música, como un repique de campanillas de cristal.

Era un verdadero alarde de divina poesía, un océano de armonías, en el cual se engolfaba mi corazón rogando a Dios que nos llevara a su reino… Al salir del éxtasis, me dijo Serafina:

—Le agradezco la hora que le debo y que no olvidaré jamás.

Me tendió la mano, y yo caí de rodillas para besarla. Me parecía sentir la cobración de sus nervios; pero la fiesta la reclamaba y desapareció.

Mi tío me acogió con expresión más severa que nunca. No ignoraba los detalles de mi entrevista con la Baronesa.

—Mucho tiento, primo —me dijo—, porque te deslizas sobre un hielo quebradizo que oculta un abismo insondable. ¡Que el demonio se lleve la música si ha de servirte únicamente para cometer necedades y sembrar la perturbación en la vida de una mujer inclinada a lo romántico! Mucho tiento, porque no hay nada tan cerca de la muerte como un enfermo que se cree sano.

—Pero, tío —le dije, dispuesto a sincerarme—, ¿me creería usted capaz de soñar siquiera en abusar de la benevolencia de la Baronesa?

—¡Qué fantoche eres! —exclamó él hiriendo el suelo con el pie—. ¡Si por un minuto creyera tal cosa ya te habría echado ventana abajo!

La vuelta del Barón había cambiado el aspecto de las circunstancias, y por mucho tiempo nuestra tarea profesional no me permitió acercarme a Serafina. Pero nuestro trato se reanudó poco a poco. La dama de compañía cumplió a menudo el encargo de hacerme llegar misivas secretas de parte de su señora y en las frecuentes ausencias del Barón nos reuníamos alrededor del clave. La presencia de la dama de compañía,

cuyo carácter era bastante adocenado, nos impedía, por otra parte, la posibilidad de una excursión hacia el país del sentimentalismo. Serafina abrigaba en su alma un fondo de tristeza que minaba lentamente su vida.

Un mediodía, no apareció a la mesa. Los convidados se apresuraron a preguntar al Barón si la indisposición de su esposa era o no inquietante.

—¡De ningún modo! —respondió el castellano—. El aire estimulante de esta comarca, sumado a la ronquera que puede resultar del abuso de las sesiones musicales deben ser la causa de su indisposición; pero es cosa pasajera.

Al decir esto el Barón me miró de soslayo con expresión muy significativa. La señorita Adelaida comprendió la alusión hasta el punto de ruborizarse. No levantó los ojos, pero su postura parecía indicarme que en lo sucesivo sería preciso tomar nuevas precauciones para no excitar los celos del Barón, del cual era de temer alguna mala partida. Se apoderó de mi espíritu una viva ansiedad; no sabía qué decidir. El aire amenazador, revestido de sorna, del Barón, me irritaba más todavía porque mi conciencia estaba tranquila; pero temía los arrebatos del Barón cerca de Serafina. ¿Era aconsejable salir del castillo? Renunciar a Serafina me parecía un sacrificio superior a mis fuerzas. Supe que todo el grupo iba a salir para la caza después de la comida; y anuncié a mi tío que yo sería también de la partida.

—¡Enhorabuena! —me dijo el anciano—. Es un ejercicio propio de tu edad, y puedes desde luego disponer de mi fusil y de mi cuchillo de caza.

Partimos. En el bosque vecino se señalaron los apostaderos para cercar a los lobos. Caía la nieve en copos espesos, y cuando el día iba hacia el ocaso se abatió la bruma encima de todo, de modo que no se veía ningún objeto a seis pasos. Yo sentía más frío a cada momento, y busqué abrigo en lo más frondoso del bosque; después de apoyar en el tronco de un pino mi fusil, volví a mis sueños a propósito de Serafina. Pero, he aquí que suenan unos disparos sucesivos, de puesto en puesto, y a diez pasos de la espesura en que busqué abrigo veo plantado un lobo enorme; apunto, disparo, me falla el tiro… y el lobo corre hacia mí; pero no pierdo la serenidad y recibo al animal enfurecido sobre la punta de mi cuchillo de caza, hundiéndole el acero hasta la guarda. Acude a sus aullidos uno de los monteros, repliéganse hacia nuestro lado los cazadores, y el Barón viene hacia a mi encuentro.

—¿Está usted herido?

—No, señor —le respondo—; mi mano ha sido más certera que la carabina.

Dios sabe los elogios que me valió aquella proeza. El Barón se empeñaba en que me apoyara en su brazo para la vuelta al castillo. Un montero se hizo cargo de mi fusil. Estas atenciones que el señor de R… me prodigaba me conmovieron en el alma, y desde entonces formé de él otro juicio. Vi que era hombre de bien y enérgico; pero no por ello logré dejar de pensar en Serafina. Convencido de que las distancias se habían acortado, concebí las más audaces esperanzas. Cuando por la noche, radiante de orgullo, conté a mi tío la aventura, se contentó con decirme compasivamente: «Dios demuestra su poder por la mano de los débiles».

Hacía mucho rato que había sonado la hora de recogerse cuando, al cruzar la galería para ir a mi cuarto, se me pone delante una figura blanca, con una lamparita en la mano. Era la señorita Adelaida.

—Buenas noches, gran cazador de lobos —me dijo soltando la risa—. ¿Por qué pasea usted sin luz ni compañía, como un espectro auténtico?

Al oír las últimas palabras me estremecí de pies a cabeza, recordando las dos primeras noches de mi estancia en el castillo. Y ella se dio cuenta de la impresión.

—Pero ¿qué le pasa? —exclamó, cogiéndome la mano—. Tiene la mano fría como el mármol. Venga conmigo a que le devuelva salud y vida. La Baronesa se desvive aguardándole.

Sin resistencia, pero también sin gozo, me dejé llevar. Una fatal preocupación me dominaba. Al vernos entrar, la Baronesa se adelantó unos pasos hacia mí e inició una exclamación, que ahogó en su garganta antes de acabar, como herida por una sospecha fatal. Le cogí la mano, que no retiró y se la besé; y ella dijo:

—Teodoro, ¿cómo le ha ocurrido ir de caza? ¿Cómo puede manejar las armas y puede matar la mano que crea unos acordes de tanta dulzura?

Penetró hasta mi alma el timbre de su adorada voz, se nublaron mis ojos, y ni sé cómo sucedió, pero al despertar a la realidad me encontré sentado al lado de Serafina en el sofá, y le conté mi rara aventura de caza. Al enterarse de las atenciones de su marido, que contrastaban acentuadamente con su envaramiento habitual, me interrumpió, y con la voz más amable que nunca me dijo:

—Teodoro, no conoce usted todavía al Barón; es aquí únicamente donde su temple se muestra tan poco grato. Todas las veces que viene le persigue una idea fija: que este castillo viene llamado a ser teatro de alguna catástrofe terrible para nuestra familia y para su propia tranquilidad. Se obstina en creer que un enemigo invisible ejerce sobre esta finca un poder que se convertiría tarde o temprano en una desgracia inmensa. Cuéntanse cosas extraordinarias del hombre que instituyó este mayorazgo, y puedo asegurar, por mi parte, que el castillo encierra un secreto de familia; la pavorosa tradición se hace realidad; un fantasma frecuenta el castillo y asedia a su propietario de modo que todos permanecen aquí poco tiempo. Cada vez que vengo con mi marido vivo en un terror continuo, y sólo al arte de usted debo esta vez algún alivio, que no sé cómo agradecerle dignamente.

Esta confidencia me dio ánimos y le conté a mi vez las aprensiones que experimentaba; ocultándole los pormenores demasiado horribles vi que su rostro se cubría de una palidez mortal, y entendí que era preferible revelárselo todo a dejar rienda suelta a la imaginación. Cuando le refería lo de la garra misteriosa que escarbaba detrás de la puerta tapiada, Serafina exclamó:

— ¡Sí, sí, en ese muro se encierra el misterio fatal!

Y escondiendo la cara entre las manos, cayó en una profunda reflexión. Hasta este punto no me di cuenta de que Adelaida se había retirado. Ni yo referí nada más, ni Serafina decía una sola palabra. Hice un esfuerzo para levantarme y acercarme al

clave. Algunos acordes que de él arranqué la sacaron de su abatimiento; me escuchó apaciblemente mientras yo cantaba una tonada triste como nuestras almas, y vi inundarse de lágrimas sus ojos. Me arrodillé a sus pies, y ella se inclinó hacia mí y se unieron nuestros labios en un beso celeste; luego se alejó de mis brazos, y ya en el umbral del cuarto se volvió y me dijo:

—Querido Teodoro, su tío es un hombre digno, que ha actuado siempre, creo yo, como protector de esta casa. ¡Dígale, se lo ruego, que rece todos los días por nosotros, para que Dios quiera guardarnos de todo mal!

La dama de compañía volvía a estar en la habitación. Yo no sabía qué responder a Serafina; estaba tan conmovido, que seguramente hubiera dicho sandeces. La Baronesa me tendió la mano.

—Hasta la vista, querido Teodoro —me dijo—. No olvidaré esta noche.

Encontré a mi tío durmiendo. Yo tenía los ojos llenos de lágrimas; el amor de Serafina me oprimía dolorosamente el corazón, y mis sollozos fueron al poco rato tan precipitados y tan vehementes, que mi pariente despertó.

—Decididamente, primo, padeces de locura, diría yo. Hazme el favor de ir a acostarte, pero ¡vivo!

Este vulgar apostrofe me devolvió, con algo de aspereza, a la vida real. No quedaba más remedio que obedecer. Unos instantes después oí un ir y venir de pasos, ruido de puertas al abrirse o cerrarse, y luego rumor de pasos en la galería. Llamó alguien a mi puerta.

—¿Quién es? —pregunté con voz de pocos amigos.

—Señor Letrado —respondieron desde fuera—. ¡Pronto! ¡Levántese!

Era la voz del viejo Franz.

—¿Hay un incendio? —pregunté.

Al oír la palabra incendio, mi tío, saliendo del sueño dio un brinco y se dispuso a abrir.

—¡Apresúrese, por Dios! —decía Franz—. El señor Barón le llama; la señora Baronesa está grave.

El pobre servidor tenía la cara lívida. Acabábamos de encender una antorcha.

—¿Podría hablar inmediatamente con usted, querido V…?

Era la voz del Barón.

—¡Diablo! —exclamó mi tío—. ¿Qué vas a hacer?

—Verla una vez más, decirle que la amo, y morir luego —respondí con una voz quebrada y profunda.

—Hubiera debido suponerlo —replicó mi severo pariente, cerrando la puerta y guardándose la llave en el bolsillo.

En la embriaguez de la cólera quise hacer saltar la cerradura, pero, volviendo en mí, a la idea de las consecuencias que pudiera acarrear mi corazonada resolví esperar con paciencia que volviera mi tío, decidido por otra parte a escurrirme, costara lo que costara así que estuviera de vuelta. Le oí hablar con el Barón a cierta distancia, pero

sin que pudiera distinguir el sentido de las palabras; en ellas se mezclaba mi nombre. La ansiedad se me hacía intolerable. Por fin, el Barón se alejó. Mi tío quedó estupefacto al hacerse cargo de mi estado de delirio.

—¿Ha muerto? —grité al verle—. Voy a bajar; la veré ahora mismo y si intenta impedirlo me levanto la tapa de los sesos delante de usted.

Mi tío, impasible, midiéndome con una mirada fría, me dijo:

—¿Acaso crees que doy tanto valor a tu vida y que la amenaza de que te vales ha de impresionarme? Tú, ¿qué papel representas cerca de la esposa del Barón? ¿Qué derecho tienes para ocupar un sitio en el cuarto de un difunto, cuyo umbral te está vedado, ahora más que nunca, después de tu ridícula conducta?

Sin consuelo, aniquilado, me dejé caer sobre un sillón.

—Ahora —prosiguió mi tío— me cumple decirte que el pretendido riesgo de la Baronesa no era más que una nadería. Has de saber que a la señorita Adelaida cualquier cosa le hace perder el tino, y entonces tienen que acudir las dos tías ancianas y prodigar a la pobre Serafina sus cuidados y sus elixires; pero luego todo acaba en un desmayo o en una crisis de nervios, que el Barón atribuye a los efectos de la música. Ahora, pues, que estás al parecer más tranquilo, voy a fumar una pipa, con tu permiso, y después ni por todo el oro del mundo renunciaría a reanudar el sueño hasta el amanecer. Mira, primo —insistió, después de una pausa, y echando una densa bocanada de humo—, te aconsejaría que no tomes en serio la categoría de héroe que te están colgando, a raíz de tu aventura de la caza de lobos. Un pobre diablo como tú se expone a veces a malos trances, cuando por pura vanidad pretende salir de su esfera. Recuerdo que en mis tiempos de estudiante tuve amistad con un joven de carácter sencillo, apacible y siempre igual. El azar le enredó en un lance de honor, y se portó con una firmeza que dejó a todos estupefactos. Desgraciadamente, el éxito y la admiración que le rodearon de halagos dieron de pronto un nuevo sesgo a su carácter, y el que había sido sencillo y formal se convirtió en un tipo pendenciero y fanfarrón… Resumiendo, un día insultó a un camarada sólo por el gusto de la bravata; pero le mataron como a una mosca. Si te cuento esta historia, primo, es únicamente para ocupar en algo el tiempo; pero podría ser que llegada la oportunidad te aprovechara. Y ahora, a ver si logramos dormir un par de horas. La pipa está vacía y el alba todavía tardará.

En este momento, la voz de Franz nos anunciaba el estado de la enferma.

—La señora Baronesa se ha repuesto del todo de la indisposición, que atribuye a una pesadilla.

Al oírle iba a soltar una exclamación de júbilo, pero selló mis labios una mirada de mi tío-abuelo.

—Perfectamente —dijo a Franz—. Es lo que esperaba para recobrar el sueño, porque a mis años el insomnio es perjudicial. ¡Que Dios nos guarde, y acabe la noche en paz!

Franz se retiró, y si bien se oían cantar los gallos en la aldea vecina, el abogado se arropó de nuevo hasta las narices.

Muy de mañana bajé con paso silencioso para pedir a la señorita Adelaida noticias acerca de la salud de mi querida Serafina. Pero en el umbral di con el Barón; midiendo mi cuerpo de arriba abajo con una mirada penetrante me preguntó con voz ahogada:

—¿Qué busca usted por aquí?

No me fue difícil frenar la emoción y sobreponiéndome contesté con bastante aplomo que deseaba informarme de la salud de la señora Baronesa, de parte de mi tío.

—Todo va bien —respondió fríamente el Barón—. Como otras veces, sólo ha sido un ataque de nervios. Está descansando; y espero que hoy mismo la veremos en el comedor. Dígale esto. Puede retirarse.

El tono de la respuesta delataba impaciencia, como si el Barón estuviera más inquieto de lo que demostraba. Saludé e iba a retirarme, pero él me cogió del brazo, me echó una mirada, que yo juzgué fulminante, y dijo:

—He de hablarle, joven.

El tono que imprimió a sus palabras me movía en aquellos momentos a hacer las más temibles suposiciones. Me veía en presencia de un marido que había adivinado lo que en mis afectos sucedía, y que al parecer se disponía a exigir cuenta rigurosa de lo que pudiera ofenderle. Mi única arma era un cuchillito primorosamente labrado, regalo de mi tío; lo palpaba en el fondo del bolsillo. Era un momento supremo, y una sensación de seguridad reaccionó en mí. Seguí al Barón, decidido, si las cosas tomaban un sesgo trágico, a vender cara mi vida. Una vez en su cuarto, el Barón cerró la puerta con cautela, paseó varias veces su extensión, y acabó parándose delante de mí, con los brazos cruzados sobre el pecho:

—Joven, he de hablarle —replicó.

Puse en el trance toda mi energía y contesté:

—Espero señor Barón, que lo que va a decirme no necesitará por mi parte ninguna exigencia de reparación.

El Barón me miró, como si no hubiera comprendido bien, bajó los ojos, y volvió a pasear el cuarto de un cabo a otro, con las manos juntas a la espalda. Le vi descolgar su fusil y examinar la carga; bajo la aprensión del peligro sentí arder la sangre, y con la mano hundida en el bolsillo abría mi cuchillito y adelanté un paso hacia el Barón, a fin de que no pudiera apuntar.

—Bonita arma —dijo él.

Y dejó el fusil en un ángulo. Yo no sabía qué actitud tomar, cuando el Barón, volviéndose hacia mí, me puso la mano en el hombro y me dijo:

—Teodoro, esta mañana debo resultarle algo excéntrico. Efectivamente, las congojas de anoche me han trastornado. La crisis nerviosa de mi mujer no ha sido en sí misma inquietante, pero hay en este castillo no me explico qué genio fatídico que

pone crespones de luto en todo lo que uno ve. Es la primera vez que la Baronesa se encuentra enferma aquí, y la culpa de esas crisis la tiene usted.

—Verdaderamente —dije yo con toda calma— no me explico…

—Quisiera —me interrumpió él— que ese clave infernal se hubiera roto en mil pedazos el mismo día que entró en esta casa. Desde el primer día debí haber vigilado lo que aquí está pasando. Mi esposa es de complexión tan delicada que el menor exceso en las sensaciones puede causarle la muerte. Yo había hecho el propósito de traerla conmigo, para que el clima tonificante junto con los ejercicios propios de la vida en el campo promovieran en ella una reacción favorable; pero usted parece haberse propuesto enervarla más todavía con sus lánguidas melodías. Como si no estuviera y bastante predispuesta por su exaltada imaginación a experimentar penosas sacudidas, llega usted y le asesta un rudo golpe refiriendo en su presencia no sé qué peregrina historia de almas en pena. Lo sé por su tío, de modo que no puede usted negarlo. Lo que le pido es que me repita lo que pretende haber visto.

El giro que había tomado la conversación me tranquilizó lo bastante para que me fuera dado obedecer a las órdenes del Barón. Las únicas interrupciones a mi detallado relato fueron alguna que otra exclamación que inmediatamente reprimía. Cuando le describí la escena del poderoso conjuro de mi tío al fantasma invisible, levantó al cielo las manos juntas exclamando:

—Sí, él es genio tutelar de la familia, y cuando Dios le llame, quiero que sus restos reposen con todos los honores cerca de los de mis antepasados.

Y notando mi silencio, me cogió la mano y prosiguió:

—Joven, es usted quien involuntariamente ha sido causa de los trastornos de mi esposa. De usted le ha de venir, pues, la curación.

Sentí que el rubor me subía a la cara. El Barón, que me observaba, sonrió al ver mi perplejidad y en un tono que lindaba con la ironía, continuó:

—No se trata de una enferma peligrosa; y le diré el servicio que pienso pedirle. La Baronesa se encuentra bajo la influencia de la música, y suprimirla sería una crueldad. Le autorizo, pues, a continuar, pero le exijo que cambie el género de las piezas que ejecute para ella. Concierte una selección graduada de sonatas, cada vez más enérgicas; combine hábilmente lo alegre y lo serio; y ante todo háblele a menudo de la aparición que ya le ha relatado. Que se familiarice con la idea, y acabará por no darle importancia. Usted me comprende, ¿no es cierto? Confío en que cumplirá usted exactamente mis deseos.

Después de darme estas instrucciones se despidió de mí. En la confusión de verme juzgado como a un ser tan inofensivo, incapaz de despertar los celos de un hombre con mis asiduidades cerca de la mujer más hermosa que fuera posible imaginar, se rompía mi sueño de heroísmo y me encontraba al nivel del niño que en sus diversiones toma en serio su corona de papel dorado.

Persuadido de que había hecho una escapatoria, mi tío esperaba con impaciencia mi regreso.

—¿De dónde vienes? —me preguntó en cuanto me vio.

—Vengo —le dije serenamente— de conversar con el Barón.

—¡Ay de nosotros! —dijo el digno abogado—. ¡Cuando te advertí que eso acabaría mal!

La carcajada con que mi tío acompañó la afirmación me daba una prueba patente de que por todas partes se burlaban de mí. Sufría mucho, pero me guardé muy bien de exteriorizarlo. Tenía tiempo por delante para vengarme de los que me daban tan poca importancia. La Baronesa asistió a la comida. Su blanquísimo vestido se hermanaba con la palidez mate de sus mejillas. Su fisonomía irradiaba como nunca la más suave nostalgia. Ante su presencia el corazón se me derretía en el pecho. Yo, no obstante, a despecho de su divina belleza experimentaba algo de adverso hacia ella, algo de la cólera que el Barón me había inspirado. Me parecía como si aquellos dos seres se confabularan para abusar de mi credulidad. Me parecía ver traslucir en los ojos velados de Serafina un no sé qué de irónico, y toda la amabilidad con que antes me había acogido me dolía ahora como un embuste odioso. Cuidé muy bien de alejarme lo más posible de ella y me senté entre dos militares, con los cuales chocamos repetidamente nuestros vasos colmados. Hacia el fin de la comida, un camarero me puso delante una bandeja llena de almendras en dulce, y me susurró al oído:

—De parte de la señorita Adelaida.

En la mayor leí estas palabras trazadas con la punta del cuchillo:

—¿Y Serafina?

Sentí una corriente de fuego en las venas. Miré furtivamente a Adelaida, y ella me hizo una seña como diciendo:

—¿Se olvida usted de beber a la salud de Serafina, señor bebedor?

Inmediatamente acerqué el vaso a los labios, lo vacié de una vez, y al dejarlo sobre la mesa me doy cuenta de que la bella Baronesa y yo hemos bebido en el mismo instante. Las miradas se cruzan; pasa una nube delante de mis ojos, y el resquemor de mi ingratitud me remuerde en el alma. Ya no tengo derecho a dudar de que Serafina me ama; mi dicha está a punto de convertirse en locura. Pero he aquí que uno de los comensales se levanta, y como es costumbre en el Norte, propone beber a la salud de la castellana. No sé qué despecho bulle en mi cerebro; levanto el vaso y me quedo rígido e inmóvil. Fueron unos instantes de fascinación en que me pareció que iba a caer a los pies de la amada.

—¡Ea! ¿Qué espera usted, amigo? —me advierte mi vecino.

Estas palabras rompen el hechizo; mis ojos vuelven a ver claramente los objetos. Pero Serafina ha desaparecido.

Al salir del comedor mi embriaguez se había hecho tan imperiosa que me sentía impulsado a salir del castillo, y sin hacer caso de los torbellinos del huracán ni de la nieve que caía en espesos copos, me eché a correr entre las matas que bordean el lago. Gritaba con todas mis fuerzas:

—¡Cómo hace bailar el diablo al necio que pretendía coger el fruto vedado en el jardín del amor…! Y corría hasta perder el aliento. Sabe Dios dónde hubiera ido a parar si una voz conocida, que me llamaba por mi nombre en el bosque no me hubiera retenido. Era la del jefe forestal de R…

—¿Cómo le va, querido señor Teodoro? ¿A qué diablos viene, hundiendo los pies en la nieve y exponiéndose a pillar un enfriamiento mortal? Le he buscado por todos lados; el señor abogado le está aguardando en el castillo hace dos horas largas.

Vuelto a las sendas del sentido común al recuerdo de mi tío, seguí como un autómata al guía que él había mandado salir en mi busca.

Encontré a mi tío en la sala de audiencias, ya ocupado en sus graves funciones. Esperaba que iba a reprenderme, pero él, siempre bondadoso, dio muestras de la mayor indulgencia:

—Primo —me dijo, sonriendo—, has hecho muy santamente paseando el vino, pero en lo sucesivo ten más juicio, que no es edad la tuya para permitirte tales calaveradas.

Viendo que no le respondía y que, semejante a un escolar que ha incurrido en alguna falta, procuraba desviarle de su tema, poniéndome al trabajo.

—Cuéntame al menos —insistió mi tío— lo que ha sucedido entre el Barón y tú.

Le confesé sin reservas lo sucedido.

—Muy bien —me interrumpió él, ya enterado de lo que deseaba—; ¡ahí es nada la misión que el Barón te confía! Y suerte tiene de que salgamos mañana de aquí.

A estas palabras me pareció que iba a caerme. Pero al día siguiente mi tío cumplía lo que acababa de afirmar, y desde entonces no he visto nunca más a Serafina.

Pocos días después de la salida del castillo, el digno abogado sufrió unos accesos de gota muy violentos. El dolor le convirtió en un hombre malhumorado y taciturno; a pesar de todas mis solicitudes y de los auxilios de la medicina, la enfermedad fue de mal en peor. Una mañana me mandó llamar con urgencia. Acababa de sufrir un ataque más grave que los anteriores, en el que había llegado casi a la muerte. Le encontré en cama, apretando en la mano una carta; reconocí la escritura del intendente de los dominios de R… Pero, mi dolor era tan grande, que vencía cualquiera curiosidad. Temblaba creyendo ver morir a aquel anciano de mi sangre, tan querido y que me había dado pruebas de tan sincero afecto. Por fin, tras unas horas de angustia, pudo más la vida: el pulso volvió a latir y la robustez del anciano venció a las asechanzas de la muerte. Poco a poco se alejó el peligro, pero mi tío pasó unos meses todavía sin moverse apenas, confinado en su cama de enfermo. La sacudida había quebrantado de tal manera su salud, que se vio forzado a abandonar sus funciones de administrador de justicia. Desaparecieron mis esperanzas de volver a R… El pobre enfermo no toleraba otros cuidados que los míos y para descansar de los sufrimientos no conocía mayor consuelo que el conversar conmigo. Nunca hablaba de nuestra estancia en R…, ni yo me atrevía a recordársela. Cuando a costa de cuidados y de largos desvelos hube logrado devolver a mi tío una salud aparente,

despertó en mi corazón el recuerdo de Serafina, rodeado de un encanto más poderoso que nunca.

Un día, al abrir una carpeta que había usado durante mi estancia en R…, se deslizó de ella algo blanco: era un lazo de seda que ataba un mechón de pelo de Serafina; al examinar esta prenda de un afecto que el hado había roto apenas nacido, vi una mancha rojiza en el lazo.

¿Era sangre? Y, si tal era, ¿no presagiaba algún acontecimiento trágico? Mi imaginación se entregó a las suposiciones más infaustas pero yo no disponía de ningún medio ni para comprobar mis sospechas ni para ponerles término.

Entre tanto mi tío-abuelo recobraba las fuerzas paso a paso, con el buen tiempo.

En una noche tibia le había llevado a pasear bajo los olorosos tilos de nuestro jardín. Él tenía el humor risueño.

—Primo —me dijo—, mi fortaleza es todavía bastante firme, pero no he de engañarme acerca del mañana: esta recuperación de salud es parecida a los vivos destellos de una lámpara que va a extinguirse. Antes de entrar en el sueño último, cuya inminencia siento, debo saldar contigo una deuda. Bien te acuerdas de nuestra temporada en R… Pesa sobre los señores del castillo una historia de misterio, en la que estuviste a punto de verte mezclado por tu falta de prudencia… Ahora que el peligro ha pasado, óyeme: antes que la muerte nos separe quiero revelarte hechos extraños, de cuyo conocimiento tal vez saques provecho con el tiempo.

Y he aquí lo que me contó mi tío, hablando de sí mismo en tercera persona.

II

Durante una noche borrascosa del año 176…, los habitantes del castillo de R… despertaron sobresaltados por una sacudida semejante al terremoto. Los servidores de la sombría finca reconocieron con pavor todas las dependencias, para averiguar la razón de aquel fenómeno, pero no pudieron hallar ningún vestigio de destrucción, y la antigua residencia de la familia de R… volvió a su calma secular. Pero Daniel, el viejo mayordomo, el único que subió a la sala de los Caballeros, adonde se retiraba todas las noches el barón de R… después de sus trabajos de alquimia, a los que se entregaba con fervor, quedó aterrorizado a la vista de un lamentable espectáculo; entre la puerta del cuarto de Doderich y la de otro cuarto, había una tercera puerta que daba salida a lo alto de la torrecilla, y allí tenía el señor de R… su pabellón para los experimentos que hemos dicho.

Al abrir Daniel esta puerta una ráfaga de viento apagó la antorcha que llevaba en la mano; unos ladrillos se desprendieron del muro y con un rumor bronco cayeron al abismo. A Daniel le flaquearon las piernas y cayó de rodillas exclamando:

—¡Misericordia! ¡Nuestro buen señor ha perecido de muerte terrible! Los desolados servidores volvieron a poco llevando en brazos el cuerpo exánime, lo vistieron con sus mejores galas y lo pusieron en la capilla ardiente erigida en el centro de la sala de los Caballeros. Del examen sobre el terreno resultó que la bóveda superior de la torre se había hundido interiormente; el peso de las piedras que formaban la clave había roto el pavimento, las vigas arrastradas en el derrumbamiento derrocaron bajo su peso una parte de pared medianera, y atravesaron las plantas interiores, de modo que al abrir en la obscuridad la puerta del salón era inevitable que quien pretendiera poner el pie en la torre se abismara a una profundidad de más de cien pies.

El viejo barón Roderich había presagiado la fecha de su muerte y lo había anunciado a su hijo primogénito, Wolfgang, al cual pasaba el mayorazgo de R… Recibido en Viena el mensaje de su padre, el joven hidalgo se había puesto en camino sin demora, y a la llegada vio cruelmente confirmado aquel anuncio y cayó casi sin sentido al lado del lecho mortuorio:

— ¡Pobre padre! —exclamó con voz quebrada por los sollozos, tras una larga pausa de silenciosa impotencia y de desesperación—. ¡Pobre padre! ¡El estudio de los misterios del universo no ha podido darte la ciencia que prolonga la vida!

Ya celebrados los funerales del viejo castellano, el joven barón quiso que Daniel le contara los detalles del hundimiento de la torre, y como el mayordomo solicitara sus órdenes para llevar a cabo las reparaciones:

—¡Nunca! —había dicho Wolfgang—. ¿A mí qué me importa esta vieja morada donde mi padre gastaba en obras de magia los tesoros a que yo tenía derecho como heredero? Yo no creo que la bóveda de la torre viniera abajo por efecto de un accidente ordinario; mi padre ha perecido víctima de la explosión de sus crisoles malditos en los que disolvía mi fortuna. No saldrá de mi bolsa ni un florín para reponer siquiera una piedra a este triste caserón. Prefiero que acaben de construir el pabellón de recreo que empezó a levantar en el valle uno de mis antepasados.

—Pero —observó Daniel— ¿qué va a ser de los antiguos y leales servidores de que es albergue esta finca? ¿Habremos de verles mendigando el pan de la misericordia?

—Y a mí ¿qué? —replicó el heredero—. ¿De qué me servirán todos esos vejestorios? En cambio, daré a cada uno de ellos una gratificación proporcionada al tiempo que hayan durado sus servicios.

— ¡Ay de mí! —se lamentaba Daniel, el mayordomo—. ¡Verme despedido a mis años de la casa donde esperaba que mis huesos reposarían en paz!

—¡Perro maldito! —rugió Wolfgang levantando el puño contra él—. Hipócrita condenado, ¿qué favores esperas de mí? ¿Crees engañarme, después de haber secundado a mi padre en los sortilegios que tragaban día tras día lo más saneado de mi patrimonio, y después de haber instado el corazón de un viejo a todas las extravagancias de la codicia? ¿No merecerías que te matara a palos?

El miedo de Daniel llegó al colmo y se arrastró para humillarse a los pies de su nuevo señor, el cual le hizo rodar al suelo sin compasión de una violenta patada. El mísero mayordomo ahogó un grito en la garganta como una fiera herida de muerte, y se levantó a duras penas, echando una mirada de soslayo, cargada de odio y sed de venganza, y sin recoger siquiera un bolso de monedas de oro que el barón Wolfgang había dejado caer, como para alivio de los malos tratos impuestos a su servidor.

El nuevo propietario de R… creyó conveniente, como primera providencia, compulsar el estado de las rentas en el mayorazgo con la ayuda de su abogado V…, mi tío-abuelo. Terminado este examen, que se llevó a cabo con minucioso cuidado, el abogado quedó convencido de que el viejo barón Roderich no podía haber gastado el total de las rentas anuales de su dominio; y como entre sus papeles únicamente se habían hallado unos valores insignificantes en letras de cambio, resultaba evidente que el numerario debía de estar oculto en algún sitio, del cual sin duda poseía el secreto el mayordomo Daniel, confidente del difunto. El barón Wolfgang contó al abogado la escena violenta en medio de la cual había descargado unos golpes sobre Daniel, y le expuso su temor de que éste, para vengarse, se negara a descubrir el escondrijo en que probablemente estaban los ducados. El señor abogado, como hombre de buen sentido y legista de recursos, hábil en hacer cantar la palinodia a la gente, aconsejó tranquilidad a Wolfgang, y le declaró que él se encargaba de interrogar a Daniel. A los primeros tientos respondió Daniel con una sonrisa sardónica:

—Por Dios, señor administrador de justicia, no crea que voy a hacer ningún misterio del paradero de unos miserables escudos. Buen acopio de ellos encontrará usted en una cueva que linda con el dormitorio de mi pobre señor. Y si le interesa el resto —añadió con luminosos reflejos de color de sangre en los ojos— sería preciso buscarlos entre los derribos de la torre. ¡Apuesto cualquier cosa a que se podría sacar de allí oro bastante para comprar una provincia!

Siguiendo estas instrucciones, se excavó y salió a la luz un arca grande de hierro, colmada de piezas de oro y de plata, y un pergamino enrollado debajo de la tapa en que constaban, de puño y letra del viejo barón, las siguientes palabras: «Después de mi muerte, el heredero del mayorazgo de R… retirará de este fondo la cantidad de ciento cincuenta mil ducados, y es mi última voluntad que los emplee para construir en el ángulo occidental de este castillo, y para reemplazar a la torre que hallará derruida, un faro que deberá encenderse todas las noches para iluminar a los viajeros del lago».

Iba firmado este original testamento con el nombre y las armas de Roderich, barón de R…, y llevaba la fecha de la noche de San Miguel de 176…

Una vez verificado el recuento de los ducados, Wolfgang se volvió a Daniel:

—Has sido un fiel servidor —le dijo— y me duele haberte tratado con violencia, sin razón ninguna. Para resarcirte, te deseo que sigas aquí en tus funciones de mayordomo. Se dará cumplimiento al deseo de que tus huesos reposen en este

castillo; pero, antes que esto suceda, sabe que siempre que te haga falta dinero puedes bajarte a la cueva y sacarlo a manos llenas.

Un ronco gemido fue la única respuesta de Daniel. El abogado se estremeció al oír el tono excepcional de esta voz que parecía sollozar en una lengua infernal:

—No quiero para nada tu oro. Es tu sangre lo que quiero.

Wolfgang, deslumbrado a la vista de aquel montón de riqueza que resbalaba entre sus dedos, no había observado la expresión equívoca de Daniel al encorvarse, con el acobardamiento de un perro apaleado, para besar la mano de su señor y darle las gracias por sus bondades.

Cerró el arca Wolfgang, y guardándose la llave en el bolsillo salió de la cueva.

—¿Sería muy difícil —dijo a Daniel con la frente sombría—, descubrir los tesoros enterrados en las ruinas de la torre?

Mudo, Daniel abrió la puerta que salía a la torre; apenas abierta, un torbellino de viento proyectó en la sala una estela de nieve, y se levantó del abismo un mochuelo que después de algunos vuelos circulares volvió a sumergirse en él, amedrentado, dando unos gritos lúgubres. El Barón se adelantó hasta el borde del abismo, y no pudo reprimir un estremecimiento al sondear con los ojos su negra profundidad. El abogado, temiendo los efectos del vértigo, obligó a Wolfgang a que retrocediera, mientras Daniel cerraba a toda prisa la puerta fatal y se lamentaba:

—¡Así es!… Allí yacen enterrados, a pedazos, los instrumentos de la elevada ciencia de mi honrado señor, objetos de gran precio.

—¡Pero tú me hablabas —observó el Barón— de tesoros en monedas, de cantidades considerables!

—¡Oh! —replicó Daniel— lo que quise decir es que los telescopios, las retortas, los círculos y los crisoles debieron costarle un dineral… No sé nada más.

Y nada más pudo sacarse del mayordomo.

El barón Wolfgang gozaba de tener a su disposición el dinero suficiente para atender a los gastos de la nueva edificación, a la que deseaba dar cumplimiento. Llamó a un arquitecto de fama para diseñar los planos a elegir; pero no se decidía por ninguno y optó por dibujar él mismo un boceto de la elegante morada. Por lo demás, no le dolieron prendas, y pagaba liberalmente a los obreros encargados de la edificación.

Daniel parecía olvidar sus resquemores, y se portaba con el Barón con un respeto y una discreción evidentes.

Un tiempo después de estos acontecimientos, la vida apacible de los moradores de R… fue turbada por la presencia de un nuevo personaje, Huberto, el hermano menor de Wolfgang. Su inesperada visita causó una impresión singular al titular del mayorazgo; mantuvo a distancia a su hermano en sus efusiones, y le llevó sin ninguna amabilidad a un cuarto, en el que permanecieron encerrados unas horas. Después de una larga entrevista salió Huberto visiblemente consternado, y montó a caballo, dispuesto a partir. El abogado V…, en la confianza de que el acercamiento no podía

menos de restablecer la concordia entre los dos hermanos, demasiado tiempo divididos por las disensiones familiares, rogó a Huberto que prolongara su estancia unas horas al menos, y Wolfgang unió sus ruegos a los del abogado.

—Espero —dijo a su hermano— que cederás dentro de poco a la reflexión.

Pareció que estas palabras calmaban la agitación de Huberto, que optó por quedarse en el castillo.

Al anochecer subió mi tío al cuarto de Wolfgang para consultarle a propósito de un detalle de orden administrativo relativo al mayorazgo. Dominado por una violenta ansiedad, recorriendo el cuarto a largos pasos, Wolfgang parecía presa de una obsesión.

—Mi hermano —dijo— ha llegado hace poco y me ha dado nuevas pruebas de la aversión, originada por asuntos de familia, que me profesa desde hace años. Huberto me odia porque soy rico, y él ha devorado como un verdadero pródigo casi toda su fortuna. Me acosa como si fuera yo el responsable de sus locuras, pero no puedo ni quiero desprenderme en lo más mínimo de las rentas del mayorazgo, aunque, como buen hermano, consentiría en cederle la mitad que me pertenece de un vasto dominio que mi padre poseía en Curlandia. Este sacrificio permitiría a mi hermano hacer frente a las deudas que ha contraído, y sacar de la escasez a su mujer y sus hijos, que actualmente sufren las consecuencias de su imprevisión y sus desórdenes. Pero, figúrate, mi querido V…, que este pródigo singular ha descubierto, no sé con qué sortilegios, la existencia del arca que encierra los ciento cincuenta mil ducados, y pretende obligarme a que le ceda la mitad. ¡Un rayo me parta antes que ceder; y si acaso él medita alguna mala partida contra mí, que Dios me guarde y haga fracasar sus intenciones!

No perdonó medios el abogado para presentar a Wolfgang la vista de su hermano bajo un aspecto menos odioso. Por fin el Barón le confió el encargo de negociar una transacción con Huberto, y el abogado puso en esta misión un celo ilimitado. Huberto, acosado por la necesidad apremiante de dinero, aceptó las ofertas de Wolfgang, pero exigió dos condiciones: la primera, que Wolfgang añadiría a su parte de la herencia un suplemento de cuatro mil ducados, destinados a calmar las instancias de los acreedores más encarnizados; la segunda, que le sería permitido prolongar por algunos días la estancia en R… al lado de su querido hermano.

A esta última petición respondió Wolfgang con viveza que no podía acceder, tanto más cuanto que su mujer estaba a punto de llegar al castillo; tocante a la donación, prometió a Huberto dos mil piezas de oro. Al oír el mensaje del abogado, Huberto frunció las cejas.

— Reflexionaré —dijo—, pero, provisionalmente, me he instalado aquí y de aquí no me muevo.

El abogado agotó sus recursos para disuadirle de su resistencia a los deseos del Barón. Huberto no sabía resignarse a ver el mayorazgo en manos de un hermano privilegiado gracias a los derechos de primogenitura. La ley se le antojaba

soberanamente injusta, y más dura de soportar que una injuria la generosidad de Wolfgang.

—¡Así, pues —exclamó—, mi hermano me trata como a un mendigo! No lo olvidaré jamás; y espero que abrirá pronto los ojos a las consecuencias de su modo de proceder para conmigo.

Cumpliendo lo dicho, Huberto se instaló en una de las alas del viejo caserón. Salía de caza, acompañado algunas veces de Daniel, el único de los moradores cuyo trato parecía convenirle. En retiro casi absoluto, evitaba sobre todo los encuentros con su hermano. No tardó el abogado en concebir sospechas y desconfiar de la existencia misteriosa de Huberto. Éste entró una mañana en su habitación para anunciarle que sus puntos de vista habían cambiado, y estaba dispuesto a abandonar R… para siempre, con tal de que le abonaran al punto las dos mil monedas de oro. Según dijo, partiría al día siguiente por la noche. Saldría a caballo para la ciudad de K…, en la que pensaba establecer su morada, y pediría que le fuera librada la cantidad convenida por medio de una letra de cambio dirigida al banquero Isaac Lazarus de aquella ciudad. La noticia causó gran satisfacción a Wolfgang.

—Mi querido hermano —dijo mientras firmaba los documentos pertinentes— ha abandonado sus enojosas disposiciones hacia mí. Por fin se restablece entre nosotros la buena armonía, o, por lo menos, su presencia dejará de perturbar este castillo.

A la noche siguiente el abogado V… despertó sobresaltado; se oía un gemido, una lamentación. Una vez incorporado aguzó el oído; pero todo permanecía en silenciosa calma. Se decidió a creer que había tenido una pesadilla, y para apaciguar el ánimo saltó de la cama y se acercó a la ventana. Al cabo de unos minutos de respirar el aire fresco de la noche, vio abrirse el pesado portalón, y oyó rechinar sus goznes. Daniel, el mayordomo, provisto de una linterna sorda, sacaba de las cuadras un caballo ensillado y lo llevaba al patio. Otro hombre, envuelto en su abrigo de pieles hasta los ojos, salió del castillo: era Huberto. Estuvo conversando unos minutos con el mayordomo, acompañando las palabras de gestos muy animados, y en seguida volvió a entrar en el castillo. Daniel condujo nuevamente el caballo a la cuadra, la cerró, como también el pesado portalón, y se retiró cautamente.

El abogado hizo toda clase de suposiciones a propósito de la suspensión de la partida preguntándose por qué razones Huberto había cambiado de plan. ¿Existiría entre él y el mayordomo algún vínculo de complicidad para algún crimen? Todas las suposiciones eran igualmente peligrosas e inquietantes; se necesitaban una extrema sagacidad y una vigilancia infatigable para desenmascarar los proyectos solapados que pudieran urdir aquellas dos personas, la última de las cuales sobre todo, maese Daniel, se iba revistiendo a los ojos del abogado de un nimbo maléfico inquietante. V… pasó lo restante de aquella noche en medio de esas singulares reflexiones, y al nacer el día, cuando probaba de conciliar el sueño oyó un denso rumor de voces confusas y de gente que corría en todas direcciones, y un grupo de criados desatinados llamó a su habitación para anunciarle, con la mayor consternación, que el

barón Wolfgang había desaparecido, sin que nadie supiera lo que había sido de él. A la hora de costumbre se había acostado, pero luego debió levantarse, en bata y llevando una antorcha, ya que esos objetos habían desaparecido del sitio que ocupaban la víspera en su habitación. A la luz de una idea súbita que le acongojaba cruelmente, el abogado V… recordó la escena de que había sido testigo casual aquella noche; recordó asimismo la lamentación que había oído, y llena el alma de las más fúnebres impresiones, corrió a la sala de Caballeros. ¡La puerta que comunicaba con la torre estaba abierta…! El abogado señaló con el índice el abismo de la torre, y dijo a los servidores, helado de espanto:

—¡Aquí encontró la muerte anoche nuestro desgraciado señor!

Efectivamente, a través de una espesa capa de nieve, amontonada durante la noche encima de los escombros, se veía asomar un brazo rígido entre las piedras. Al cabo de horas de trabajo y corriendo los peores riesgos, se logró al fin, por medio de escaleras de mano atadas entre sí, sacar el cadáver del barón Wolfgang; apretaba todavía con la mano crispada la antorcha que le había alumbrado hasta allí; todos sus miembros aparecían horriblemente dislocados por la caída y desgarrados.

Uno de los primeros que acudió fue Huberto, con todas las huellas de la desesperación en el rostro. Dejaron el cadáver de Wolfgang encima de una mesa grande, la misma en que se había expuesto el del anciano Roderich un tiempo antes. Huberto se echó sobre el cadáver llorando y exclamó:

—Hermano, no soy yo quien haya pedido a los demonios que me acosaban esta venganza fatal.

El abogado, que estaba presente, no descifró el misterio de estas palabras, pero un instinto irrefrenable le señalaba a Huberto como asesino del titular del mayorazgo. Unas horas después de esta escena de dolor, Huberto fue a su encuentro en la sala de audiencias. Pálido y extenuado, se sentó en el sillón de roble y empezó a hablar con un acento que la emoción hacía tembloroso.

—He sido enemigo de mi propio hermano —le dijo— por culpa de una ley absurda que enriquece al hijo mayor de la casa en perjuicio de los hijos restantes. Una desgracia pavorosa ha puesto fin a sus días. Hago votos para que no sea un castigo del cielo a la dureza de su corazón. Heme aquí titular del mayorazgo. Dios sabe cómo este cambio de fortuna aflige mi alma; desde hoy no existe la dicha en el mundo para mí. En cuanto a usted señor abogado, le confirmo plenamente en los cargos y poderes que en vida de mi padre y de mi hermano le fueron confiados; puede regir según su criterio este dominio, y atender a mis intereses. Yo me despido del castillo; no podría vivir ni un día más en el que ha sido teatro de unos sucesos tan deplorables.

Sin decir más, se levantó Huberto y abandonó la sala. Dos horas más tarde cabalgaba a rienda suelta por la carretera de K…

Seguía su curso la investigación de las causas que pudieran haber determinado la muerte del desventurado barón. La opinión más común era que, habiéndose levantado para sacar algún libro de la biblioteca, soñoliento aún, equivocó la puerta, abriendo la

del centro, que daba al abismo; pero la suposición no prosperó, ya que la puerta de la torre solía quedar cerrada con llave y fuertemente asegurada, de modo que el abrirla requería tiempo y fuerzas. ¿Cómo se tomaría, pues, en serio la suposición de que el castellano pudiera caer en semejante error? El abogado se perdía en un laberinto, cuando Franz, el servidor predilecto de Wolfgang, que escuchaba su soliloquio, le interrumpió:

—¡No es en esta forma que ha sucedido la desgracia, señor abogado!

Pero, delante de los testigos no pudo obtenerse de él ni el más mínimo rayo de luz. Declaró que solamente hablaría al abogado y bajo promesa de secreto. Más adelante en una entrevista misteriosa, refirió cómo el difunto hablaba con frecuencia de los tesoros enterrados según él debajo de los escombros de la torre; afirmó también que había pedido la llave a Daniel, y que con frecuencia iba en plena noche a asomarse al abismo como para soñar a su sabor en las riquezas inmensas que su sed de oro le hacía suponer enterradas en aquellas honduras. Probablemente le habían asaltado el vértigo durante una de esas peregrinaciones nocturnas y había caído al abismo. Daniel, que parecía el más sensible de todos al horror del accidente, propuso que se mandara tapiar la puerta; y su parecer fue puesto en obra inmediatamente.

Investido de su mayorazgo, Huberto volvió a su Curlandia, dejando al abogado V… todos los poderes requeridos para administrar la finca de R… Se renunció al proyecto de construcción de un nuevo castillo, y únicamente se acudió a sostener los restos del antiguo.

Bastantes años después de estos sucesos, Huberto reapareció un día en R… Era a principios de otoño. Durante su breve permanencia tuvo varias entrevistas privadas con el abogado, le habló de su muerte cercana y le anunció que el testamento estaba ya en manos de los magistrados de la ciudad de K… Cumpliéronse sus presentimientos murió un año más tarde. Su hijo, que llevaba el mismo nombre de pila que él, se dirigió a R… para tomar posesión de la herencia. El joven señor parecía inclinado a todos los vicios, y desde su entrada en R… se granjeó la animosidad de cuantos vivían en la finca; el primer acto de voluntad venía llamado a soliviantar a todos, cuando se irguió el abogado, declarando que se oponía formalmente a la ejecución de las órdenes que había dado aquel joven insensato hasta que se abriera el testamento, el único que podía, dentro de ciertos límites, conferirle los derechos que ahora pretendía atribuirse.

El joven castellano estaba lejos de esperar una resistencia tal de parte de un hombre que, a sus ojos, no era más que un criado de primera categoría. No le valieron al joven Huberto sus transportes de cólera; el abogado hizo frente a la borrasca, y manteniendo valerosamente la intangibilidad de sus atribuciones llegó a ordenarle que se retirara de R… hasta la fecha señalada para la lectura del testamento. A los tres meses se abrió éste en K… en presencia de los magistrados. Además de los testigos indispensables, el abogado V… venía con un joven de buen talante aunque vestido con sencillez, que hubiera podido pasar por su secretario. El futuro poseedor del

mayorazgo se presentó con aire arrogante, y reclamó la pronta lectura del documento, pues no le sobraba el tiempo, según dijo, para perderlo en necias formalidades.

En el testamento, el difunto barón, Huberto de R… declaraba que no había poseído nunca el mayorazgo como verdadero titular, y que lo había regido en interés del hijo único de su hermano Wolfgang de R… Como su abuelo, este hijo de Wolfgang llevaba el nombre de Roderich, y únicamente él podía heredar legítimamente el mayorazgo. Refería además el testamento que en una de sus estancias en Ginebra, el barón Wolfgang se había unido en matrimonio secreto con una muchacha de la nobleza, pero sin dote. Al cabo de un año quedó viudo y con un hijo, a quien nadie podía discutir la legitimidad de su nacimiento, y que estaba llamado, por lo tanto, al título del mayorazgo. Huberto, para justificar su silencio constante a propósito de esta revelación, alegaba que un pacto entre Wolfgang y él hacía de este silencio una obligación sagrada. Ya leído el testamento, el abogado V… se levantó, y presentando a los magistrados el joven que le acompañaba, les dijo:

—Señores, he aquí al barón Roderich de R…, hijo legítimo de Wolfgang de R… y por derecho de herencia señor del mayorazgo de R…

Anonadado, como si hubiera estallado un rayo por encima de su cabeza, Huberto tardó un rato en reaccionar; tendió convulsivamente el brazo amenazador hacia el joven que tan inesperadamente le arrebataba la fortuna, y se precipitó fuera de la sala con todos los síntomas de ser presa de un acceso de locura. Entretanto, obedeciendo a la petición de los magistrados, Roderich presentó los documentos que establecían su identidad, así como unas cartas de su padre a la esposa. Pero, en los primeros, Wolfgang aparecía como hombre de negocios, con el seudónimo de De Born, y en cuanto a las cartas, si bien la semejanza de la letra era de fácil verificar, llevaban por única firma la inicial W. Asunto importante, que dilató la decisión de los jueces y fue motivo de una escrupulosa investigación. Enterado de lo que sucedía, Huberto dirigió inmediatamente una reclamación a la regencia del distrito para que, sin demora, le pusieran en posesión del mayorazgo, a falta de pruebas suficientes favorables a su adversario. El tribunal decidió que así se cumpliría si dentro de un corto plazo el joven Roderich no había aportado testimonios irrefutables de la legitimidad de sus pretensiones.

El abogado V… hizo un minucioso estudio de la documentación que obraba en poder de Wolfgang de R… Una noche —serían las doce— estaba sentado en el cuarto del difunto barón, enfrascado en la consulta de antiguos legajos. Afuera lucía la luna con un fulgor siniestro, y sus reflejos lívidos surcaban las paredes de la espaciosa sala inmediata, cuya puerta estaba abierta de par en par. De pronto, un rumor de pasos en la escalera y el tintineo de un manojo de llaves le sacaron de su ocupación. Se puso en pie y dio unos pasos por la sala aguzando el oído… Una puerta se abrió y entró con paso vacilante, a medio vestir, un hombre pálido y transfigurado, que llevaba una linterna sorda en la mano. V… reconoció a Daniel. Iba a hablarle, cuando fijándose mejor en los rasgos del viejo mayordomo se dio cuenta de que obraba en completo

sonambulismo, ya que andaba con los ojos cerrados. Dirigióse el sonámbulo hacia la puerta tapiada, dejó en el suelo la linterna, escogió una llave de las que llevaba colgadas al cinto y se puso a escarbar la puerta, dando roncos gemidos; unos instantes después aplicó el oído a la pared, como para escuchar algo, y con gesto imperativo pareció querer hacer callar a alguien. Al cabo de esas misteriosas demostraciones se inclinó para recoger la linterna y se alejó por el mismo camino. El abogado le siguió disimuladamente. Daniel bajó, fue a abrir la puerta, ensilló un caballo, le condujo hasta el patio del castillo, y luego, inclinando la cabeza en la postura de un palafrenero que escucha las órdenes de su amo, volvió el caballo a la cuadra y subió de nuevo a su cuarto, que cerró cuidadosamente con llave y cerrojo. Esta escena rara promovió en el espíritu del abogado la sospecha de que se había cometido en el castillo un crimen que Daniel había presenciado, y del que acaso había sido cómplice.

Al anochecer del día siguiente, al presentarse Daniel para recibir órdenes del abogado éste le cogió ambas manos y le obligó a sentarse en un sillón frente a él.

—¿Qué me dice —le preguntó— del resultado del embrollo legal entre Humberto y el joven Roderich?

—¡Vaya! ¿A mí qué me importa que mande en el castillo el uno o el otro? —respondió Daniel parpadeando y bajando la voz como temeroso de que alguien más le oyera.

—¿Pero, qué le pasa, Daniel? Está temblando como si hubiera cometido un crimen —repuso el abogado—. Se diría que ha pasado usted una noche agitada.

Por toda respuesta, Daniel se levantó con dificultad y se disponía a salir, con torva mirada, pero el abogado le hizo sentar por fuerza y le increpó severamente:

—¡No salga, Daniel! Dígame ahora mismo qué hizo anoche. Más propiamente, déme una explicación de lo que vieron mis ojos.

—Por Dios, ¿qué es lo que vio? —preguntó el anciano con un escalofrío.

El abogado le relató la escena que ya conocemos. Al oírle, el viejo mayordomo, estupefacto, se había acurrucado en su sillón y se tapaba la cara con ambas manos para evitar la mirada fiscalizadora que le interrogaba.

—Parece ser, Daniel —prosiguió el abogado—, que se le ocurre, precisamente de noche, hacer una visita a los tesoros que el anciano barón Roderich había amontonado en la torre. Los sonámbulos responden con sinceridad, cuando están bajo los efectos del acceso a las preguntas que se les hacen; la noche que viene vamos a platicar sobre estos asuntos.

A medida que el abogado hablaba, crecía la turbación de Daniel, y a las últimas palabras de V… dio un grito agudo y cayó en un síncope. Avisados los servidores, le llevaron a su cama sin conocimiento, y de esta crisis pasó a un estado de completo letargo, que duró unas horas.

Al despertar reclamó algo de beber, despidió al criado encargado de velarle y se encerró en su cuarto.

A la noche siguiente, como cavilara el abogado sobre la manera de servirse de Daniel para obtener una prueba decisiva del presunto crimen, se oyó un ruido de vidrios al romperse. Corrió a la ventana: un denso vapor salía del cuarto de Daniel, cuya puerta hubo de ser forzada para poder salvarle. Le hallaron tendido en el suelo; rota a su lado se veía la linterna, que había abrasado las cortinas de la cama, y a no ser por los prontos auxilios, le hubieran consumido las llamas del incendio, pues para llegar a Daniel fue preciso romper la puerta, asegurada con dos enormes cerrojos. El abogado se hizo perfectamente cargo de que el viejo había querido asegurarse la imposibilidad de salir del cuarto en medio de su crisis de sonambulismo, pero el instinto ciego había podido más que la voluntad. Al encontrar un estorbo desacostumbrado despertó dejando caer al suelo la linterna que ocasionó el incendio; el temor le había privado del uso de los sentidos. Vuelto en sí, sufrió Daniel una grave y larga enfermedad, que le dejó sumido en un estado de debilidad alarmante.

El abogado, siempre en busca de las pruebas que establecieron los derechos de Roderich, su protegido, hurgaba una noche en los archivos de R… Daniel entró en el cuarto, midiendo los pasos, con las trazas de un espectro, fue directamente a la mesa-escritorio del abogado, dejó encima de ella una cartera de cuero obscuro, y cayó de rodillas, exclamando:

—¡Hay un Juez en el cielo! ¡Quisiera tener tiempo de arrepentirme!

Y abandonó la estancia tan lentamente como había entrado.

La cartera obscura contenía documentos importantísimos de puño y letra del barón Wolfgang y marcados con su sello; en ellos quedaba claramente establecida la legitimidad de su hijo, y a su través podía seguirse la historia de su casamiento secreto. Se trataba de unas pruebas indiscutibles. Huberto se vio obligado a reconocerlas, y declaró ante los jueces que renunciaba a todas sus pretensiones a la herencia de su tío Wolfgang de R… Después de esta diligencia dejó la ciudad y la comarca, y se oyó decir que había partido para San Petersburgo y que servía en el ejército ruso, con el cual había sido enviado a Persia. Después de estas noticias, su madre y su hermana se ocuparon de restablecer el orden en sus dominios de Curlandia. Roderich, locamente prendado de la hermana de Huberto, siguió a las damas en sus feudos, y el abogado V… salió para K…, quedando el castillo de R… más desierto y más sombrío que nunca.

Desde la escena de la cartera, Daniel había recaído a tal punto, que fue preciso traspasar sus atribuciones a otro mayordomo. Le sucedió Franz, en justa recompensa de sus fieles servicios. Poco tiempo después los asuntos del mayorazgo quedaron dilucidados del todo, y se cumplieron las formalidades legales con el asesoramiento del abogado V…, que no descansó hasta ver al joven Roderich instalado en sus posesiones y a salvo de cualquier temor para el porvenir. Pronto se tuvo noticia de que su competidor Huberto había perecido en una batalla contra los persas, y en consecuencia sus bienes de Curlandia pasaron a la bella Serafina, su hermana, que compartía el amor de Roderich y que pronto se unió a él con los lazos conyugales.

Los esponsales tuvieron efecto en R… a principios de noviembre del mismo año y no se ahorraron medios para dar a la ceremonia el esplendor que requerían el elevado rango y la riqueza de los futuros esposos. El abogado V…, que se consideraba años ha como inseparable de los señores de R…, había reservado para su morada el antiguo dormitorio del viejo Roderich, pareciéndole el sitio más a propósito para vigilar los secretos de la conducta de Daniel. Una noche, el Barón y su abogado, alrededor de una mesa puesta delante del enorme brasero, trabajaban en la contabilidad de las rentas del dominio. Afuera roncaba el huracán con verdadera furia, crujían los abetos del bosque, y los murmullos del viento se quebraban y se retorcían gimiendo en las galerías.

—¡Qué espanto de tiempo, y qué bien se está aquí! —exclamó V…

— ¡Sí, sí, espantoso! —repitió maquinalmente Roderich, a quien nada había logrado hasta entonces distraerle de sus cálculos.

Se levantó entonces para acercarse a la ventana y observar los efectos de la tormenta, pero de pronto volvió a caer sobre el sillón, con la boca entreabierta y el brazo tendido hacia la puerta, que acababa de abrirse para dar entrada a una forma humana lívida y descarnada, que hubiera aterrado al más valiente.

Era Daniel. Aún más pálido que él y con febriles movimientos, al ver al anciano mayordomo, que escarbaba la puerta tapiada, el barón Roderich se precipitó hacia él, voceando:

—¡Daniel! ¿A qué viene a estas horas, Daniel?

El mayordomo dio un alarido, y cayó de espaldas; quisieron levantarle, y el desdichado era ya cadáver:

—¡Dios eterno! —exclamó Roderich juntando las manos—. ¡A qué crimen me ha llevado un momento de terror! Este hombre era sonámbulo; y ¿por ventura no nos dicen los médicos que el llamar a una persona en ese estado por su nombre puede acarrearle la muerte?

—¡Barón —dijo gravemente el abogado—, no se acuse del castigo del hombre que acaba de morir; era el asesino del padre de usted…!

—¿De mi padre?…

—Sí, señor; al hablarle, la mano de Dios le ha caído encima. El terror de usted procede del instinto de odiosa repulsión que se apodera de nosotros a la vista o al contacto de un malvado. Las palabras que ha dicho a Daniel, y que le han herido como un rayo, son las últimas precisamente que el desventurado padre de usted había pronunciado.

Y poniendo ante sus ojos un escrito sellado y firmado por Huberto, hermano de Wolfgang de R…, empezó a descorrer a la vista de Roderich misteriosos velos de odio y venganza: la carrera de desdichas de la familia de R… Era una especie de confesión, en la que el mismo Huberto, padre del que había muerto en Persia, declaraba que la animosidad contra su hermano Wolfang databa del establecimiento del mayorazgo de R… Este acto de la voluntad de su padre, que le privaba a él de lo

más saneado de su patrimonio y daba todas las ventajas al hermano mayor, había sido la semilla de un rencor que nada lograría extinguir. Desde aquella época, cediendo a un afán irresistible de venganza, Huberto había concertado con Daniel los medios más eficaces para fomentar la desunión entre Wolfgang y el anciano barón Roderich, quien, con el deseo de dar lustre al nuevo mayorazgo proyectaba para su primogénito un matrimonio que le emparentara con una de las más antiguas familias del país. En medio de sus observaciones de los astros, había llegado a la convicción de que en su curso venía señalado este casamiento, de manera que cualquier otra elección que pudiera formar Wolfgang hubiera sido para él causa de mortal disgusto y maldición. Wolfgang, locamente enamorado, en Ginebra, de una joven de noble linaje pero sin dote, esperaba que con el tiempo llegaría a convencer a su anciano padre y lograría hacerle aprobar su casamiento secreto con la mujer adorada. Entretanto, el viejo barón, que vio en las constelaciones signos de su muerte próxima, había escrito a Ginebra para ordenar a Wolfgang que acudiera inmediatamente a su lado. Pero, a la llegada, su padre había muerto, como se ha visto en el comienzo de esta historia. Más tarde, cuando Huberto llegó a R… para arreglar el asunto de la sucesión con su hermano, Wolfgang le informó sin reserva del misterio de su casamiento, y le declaró su gozo por haber recibido el don celeste de un hijo y por poder descubrir a su esposa muy amada que el negociante «De Born», con el cual había unido su destino, era nada menos que el rico y poderoso heredero de los barones de R… Le confió también su propósito de volver a Ginebra para llevarse consigo a la Baronesa. Pero la muerte le impidió el viaje. Huberto sacó provecho de esta muerte para hacer valer su derecho a la sucesión directa en el mayorazgo, ya que nada establecía los derechos del hijo de Wolfgang; pero tenía un natural fondo de lealtad, y pronto se apoderó de su espíritu el remordimiento. Un incidente que juzgó providencial acabó de despertar en él un temor de castigo del cielo. Tenía dos hijos de doce y once años que estaban en continuo desacuerdo. Un día el mayor decía al otro:

—Tú eres un miserable, mientras que a mí me verás algún día señor de R… Entonces, mi querido hermanito, tendrás que acercarte humildemente para pedirme algo con qué comprarte un jubón nuevo.

Irritado por esta burla, el menor le asestó una cuchillada, cuyas consecuencias fueron mortales. Huberto, aterrorizado por esta desgracia, mandó a San Petersburgo al único hijo que le quedaba, el cual entró en uno de los cuerpos de ejército a las órdenes del general Suvarof. La pena que le roía el alma llevó a Huberto a serias reflexiones. Con escrupulosa solicitud recogió los fondos del mayorazgo, y bajo el nombre supuesto de un pariente del negociante De Born mandó a Ginebra abundantes socorros pecuniarios para subvenir a las necesidades del hijo de Wolfgang, muy joven todavía. En cuanto a la muerte de Wolfgang, había permanecido mucho tiempo velada por un horrible misterio, que la enfermedad de Daniel permitía por fin vislumbrar.

He aquí cómo se explicaba en la confesión de Huberto:

La noche en que iba a partir, Daniel, intentando sin duda sacar provecho de la animosidad que dividía a los dos hermanos, le había retenido en el momento de poner el pie en el estribo para hacerle ver que no era caso de abandonar de tal modo una herencia magnífica a las codicias de Wolfgang.

—¿Qué he de hacer, pues? —había exclamado Huberto, iracundo, y dándose una palmada en la frente y acompañando las palabras con un gesto amenazador de su carabina, había exclamado—: ¡Y que no haya sabido hallar la oportunidad, en medio de la confusión de una partida de caza, para hacerle tragar plomo!

—¡Felicítese de no haber cedido a tal imprudencia! —replicó Daniel, apretándole el brazo—. Pero, suponiendo que no tuviera usted la responsabilidad de los medios, ¿estaría dispuesto a recobrar la posesión de estas tierras?

—¿Cómo no? —murmuró sordamente el embravecido Huberto.

—¡Quédese, pues! —le dijo Daniel—. ¡Está usted en sus dominios, barón de R…, ya que su antecesor ha muerto anoche, aplastado entre los escombros de la torre!

El drama fatídico se realizó en esta forma: Daniel, obstinado en hacerse con una buena cantidad en dinero, sin contar las dádivas del nuevo barón, había observado que Wolfgang venía todas las noches a meditar al borde del abismo que abrió un día la caída de la clave de la bóveda de la torre. Una noche, cuando ya estaba enterado de la próxima partida de Huberto, se había apostado en un ángulo sombrío de la sala de los Caballeros, a la hora en que Wolfgang solía circular por aquel sitio; y cuando el desventurado Barón abrió la puerta de la torre, le había empujado por la espalda al abismo.

Su baja codicia alcanzaba, pues, la realización de sus anhelos, y su odio se había saciado en la venganza.

Dolorosamente conmovido por tan horribles revelaciones, el barón Huberto no podía vivir en aquel castillo cubierto por un velo sangriento. Volvió a sus tierras de Curlandia y únicamente iba a R… en la época otoñal de la caza.

Y Franz, el nuevo mayordomo contaba durante mi estancia en R… que, cuando había luna llena, la sombra de Daniel se veía vagar a través de las galerías y las amplias salas del caserón.

Tal fue la versión de mi tío-abuelo, el abogado. Yo arriesgué una interrogación acerca de Serafina.

—Primo —me dijo el buen anciano—, el destino cruel que pesaba sobre el hogar de K… no se ha apiadado tampoco de la pobre joven. Dos días después de nuestra partida se despeñó durante una salida en trineo y se rompió el cráneo. El Barón no logró consolarse de esa pérdida. Primo, no volveremos nunca más a R…

Con estas últimas palabras la voz de mi tío se anegó en las lágrimas, y me despedí de él descorazonado.

* * *

Pasaron los años. El abogado dormía en la tumba hacía tiempo. La guerra y Napoleón asolaban el Norte, y yo volvía de San Petersburgo por la costa. Al pasar cerca de la pequeña ciudad de K…, distinguí a lo lejos una llama como de luz estelar. A medida que me acercaba iba acentuándose mejor lo que parecía una hoguera. Pregunté al postillón si no sería aquello un incendio.

—No, señor —me respondió—; es el faro de R…

¡El faro de R…! El nombre despertó un torrente de recuerdos en mi alma. Veía a mi adorada Serafina rodeada de una pálida aureola. Me hice acompañar a la aldea donde había morado el Intendente del dominio, y pedí que me anunciaran a éste. Quitándose la pipa de entre los labios, un hombre que vestía la librea real, me dijo:

—Señor, el intendente de los dominios de R… ya no existe. Esas tierras pasaron a la Corona, al morir sin herederos el último barón de R…, hace dieciséis años.

Quise subir al caserón; únicamente vi allí unas ruinas. Los más ricos materiales se habían empleado en la construcción de un faro elegido sobre la roca. Un campesino que encontré en la ladera de un bosque de abetos me contó, muy impresionado, que en las noches de luna llena aparecían a menudo unas sombras que se perseguían entre las ruinas dando lamentos. ¡Alma de mi Serafina! —dije para mí—. Nunca más volveré a verte en estos sitios. ¡Dios te llamó a Él para unir tu voz a las de los coros angélicos!

Ernest Theodor Amadeos Hoffmann nació en Königsberg en 1776. Tanto su aspecto físico como su imaginación fueron calificadas de excéntricas por sus contemporáneos. Fue director de orquesta, compositor de óperas, director de teatro, severo catedrático en Dresde, bohemio desaforado en Berlín. Su vida desenfrenada le llevó a una muerte prematura en 1822. Su predilección por los temas de horror le hacen una especie de precursor de Poe y escribe impulsado por una necesidad de sublimar sus obsesiones que le emparentan con los surrealistas. La obra de Hoffmann es una increíble galería de marionetas, fantoches ridículos y personajes grotescos: mandrágoras, vampiros, salamandras, demonios y dobles. Thomas Mann reconoció en Hoffmann a uno de sus maestros y Baudelaire fue uno de sus más fervorosos lectores.